BIBLIOTECA DE AUTORES VERACRUZANOS

1

A-A.S.81



OBRAS COMPLETAS DE RAFAEL DELGADO

Volumen I

RAFAEL DELGADO

POESIAS

Ediciones de la Universidad Veracruzana
Juárez 23 Jalapa, Ver., 1953

Edición conmemorativa del Primer Centenario del Natalicio del Maestro RAFAEL DELGADO.

Prólogo General de
LEONARDO PASQUEL

Eficaz y trascendente el homenaje que contribuye a perpetuar la memoria de un hombre, cuando éste, por su obra y por su vida, es acreedor a la consagración que sólo otorga el tiempo.

Don Rafael Delgado es, en justicia, merecedor de tal distinción. Y para que ello sea posible nada mejor que la publicación de sus *Obras Completas,* que la Universidad Veracruzana —a la que por muchos años sirvió con ejemplar desinterés y profunda dedicación, cuando aún se hallaba en proceso de formación esta Casa de Estudios—, lleva a cabo, con motivo de celebrarse ahora el centenario del nacimiento del ilustre escritor y pedagogo cordobés. En esta forma ha querido, además, su Rector, el señor licenciado Ezequiel Coutiño, proporcionar a las nuevas generaciones del Estado y en general del país, la rica imagen que en conjunto ofrece la vasta producción del desaparecido enamorado de Pluviosilla.

Empeño tan loable ha sido aquilatado en su magnitud por el señor licenciado Marco Antonio Muñoz, Gobernador del Estado, quien ha otorgado todo su apoyo moral y económico para llevar a buen término, lo que parecía un proyecto de difícil realización.

Al editar la Universidad esta obra —primera de una extensa lista que formará la *Biblioteca de Autores Veracruzanos*—, con el estudio general y los particulares que ameritan cada uno de los géneros cultivados por el Maestro, no tan sólo paga al mismo, y con la mejor moneda, una deuda de gratitud y veneración a su limpia vida y reiterado esfuerzo en pro de la cultura, sino que también impide que se pierda y desconozca la totalidad de una producción, en la que se mira, como en las claras aguas de un lago tranquilo, el paisaje, las costumbres, los tipos, el ambiente en suma, de la por muchos motivos rica fisonomía del solar veracruzano. De esta manera, pensamos, se estimula a la juventud ofreciéndole un alto ejemplo digno de imitarse.

Sería injusto no dar las gracias aquí al erudito investigador de la cultura veracruzana doctor Francisco R. Vargas, quien ha proporcionado el material que ahora se publica en once volúmenes, dedicados cada uno de ellos a los distintos géneros cultivados o a sus obras de largo aliento, las novelas, su más caro anhelo y en las que alcanzó más alta cumbre, al extremo de ser considerado como uno de los más grandes, si no el mejor, de los novelistas mexicanos del siglo pasado.

Y ahora, intentaremos estudiar, de un modo breve y general, al hombre y a su obra, pero ligado a su tiempo y a su ambiente, examinando las causas y elementos constitutivos de su personalidad para explicarnos así, a fondo, el sentido y el valor de su realización literaria.

Es evidente que México vive ahora una etapa de superación. Dijérase que principia a descubrirse en una dimensión amplia y profunda. Tal se aprecia en todos los aspectos, inclusive el cultural. Esto nos permite contemplar el proceso histórico de su estructuración con una amplia perspectiva y desde una altura suficientemente eficaz, gracias al trabajo de los investigadores que procuran poner en claro los verdaderos motivos de nuestro desarrollo, con un criterio cada vez más imparcial y objetivo, que demuestra la madurez que empezamos a lograr.

Cuando Rafael Delgado nace en Córdoba, Veracruz, el 20 de agosto de 1853, el marco general que ofrece el país, para ubicar al hombre dentro de él, puede decirse que es caótico. Poco más de treinta años después de libertado del secular yugo español, México inicia su vida independiente en forma por demás azarosa. Desvinculado de su tradición precolombina por obra de un régimen colonial al que así convenía para su sostenimiento, alcanzó su libertad cuando se conjugaron los intereses de criollos y mestizos en el *Abrazo de Acatempan*. Constituidos éstos en grupos dirigentes, el choque de ideas y tendencias de unos y otros no se hizo esperar. Se canalizó, naturalmente, en la integración de partidos políticos irreconciliables: monárquicos y republicanos primero, conser-

vadores y liberales después. La lucha por el poder se inició, ya solapada, ya arrolladora. Se formó la casta militar y surgió el caudillaje. Los cerebros cultivados tomaron también partido y especialmente como consejeros sumaron su ideología a la lucha armada. El juego de la política internacional repercutió, casi imperceptible entonces, evidente a distancia. El hombre se ligaba a una tendencia y luchaba encarnizadamente. La gran masa de la población, efervescente, fué arrastrada con pasión. Infinidad de golpes de Estado y cuartelazos sumieron al país en la depresión y la angustia. Imposible la consolidación de una vida que permitiera el desarrollo y el progreso. Sobrevino el desmembramiento del territorio. Pese al esfuerzo de los patriotas que lo defendieron en circunstancias dificilísimas, cundió el abatimiento, pero aún así nunca se perdió la esperanza; una fe arraigada, una conciencia inmemorial aunque difusa reintegraba confianza en el porvenir.

A grandes rasgos este es el cuadro que había contenido la vida de sus padres, ambos descendientes de españoles, acomodados y católicos, trabajadores y avecindados en Córdoba de tiempo atrás. El jefe de la familia gozaba de posición y prestigio, de personalidad relevante en la pequeña población. Su vida política le había llevado a cultivar el trato del grupo santanista, tan fuerte en el Estado, y también el de los intelectuales lugareños que escribían en periódicos de la época y cuya obra conocía.

En el hogar privaban costumbres apacibles y moderadas, regía la autoridad paterna austera y prudente. En la ciudad se imponía su rectitud a toda prueba a pesar de los naturales enemigos que padecía, pero él no se encontraba satisfecho de la forma dictatorial en que ejercía el poder su Alteza Serenísima. Y la región daba muestras de descontento, pues los habitantes porteños, por ambiente y temperamento, incubaban en el liberalismo e influían hacia fuera a través de su comercio y de la rica personalidad de sus prohombres.

Dos meses después de su nacimiento la familia se translada a Orizaba. Su padre, afanoso de una vida tranquila, logra por fin apartarse del gobierno y se dedica, comprando una finca, al placentero cultivo de la tierra. El hijo único en que se miran sus padres —don Pedro Pablo Delgado y doña María de Jesús Sáinz Herosa— ingresa al Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. Ahí cursa parte de la instrucción prima-

ria, alternando sus estudios con la visita frecuente a la risueña y pintoresca hacienda.

En esta tierna edad de su infancia y en el recinto feliz y amoroso del hogar, reina el niño sin rivales y luce su inteligencia. El espíritu delicado y religioso de la madre tiende, no obstante ser ella profesora, en torno del hijo amado el velo tutelar de una exagerada protección. El padre frunce el ceño y advierte pensativo la deformación de carácter que puede sobrevenirle al chico. El sabe que quien va a ser hombre requiere constituirse tal, alejado de mimos excesivos. Y decide entonces, enviarlo a proseguir su educación a México, al Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe, en donde brilla como Doctoral su tío materno, el canónigo don José María Sáinz Herosa, hombre de amplia cultura, rica biblioteca y amigo de los escritores veracruzanos.

Por aquel entonces fija su atención en la Literatura, y conducido por la sapiente orientación de su tío, se consagra a la lectura, pero a leer libros de religión que se acomodaban a su alma modelada por la madre, dama de marcada proyección religiosa, creando en él un sentimiento, una postura, quizá inconsciente al formarse, pero que, poco a poco, fué arraigando hasta hacerse plenamente consciente, definitiva y absoluta —como una explicación de la propia existencia y de la armonía universal—, a lo largo de su vida de solitario que trasunta resignación cristiana.

En 1865 llegó en diligencia a la vieja Tenochtitlán que se adornaba con las pompas y boatos de una corte imperial, en jaque permanente por las fuerzas del liberalismo. A los doce años de edad, no eran suficientes para hacerle olvidar el entrañable solar paterno, los brillantes desfiles ni las solemnidades grandiosas cuando Maximiliano y Carlota llegaban a las ceremonias de la Basílica. Su espíritu infantil permaneció deprimido y nostálgico el año que duró lo que para él era un cautiverio. De su estado de ánimo entonces nos ha dejado un fiel reflejo en uno de sus cuentos, por cierto de los más hermosos, en que el hombre, ya maduro, pinta en las páginas de *La Misa de Madrugada*, el ambiente en que vivía y su angustia por regresar:

"Lejos, allá muy lejos, a muchas leguas de la gran ciudad, lejos de aquellas estériles colinas pobladas de cactos y de malezas espinosas, ha-

bía ríos de aguas límpidas y sonoras, praderas enflorecidas, montañas boscosas... Y allí estaban mis amiguitos de la niñez, mi nodriza, viejos servidores que me cuidaran como a las niñas de sus ojos, mi casa, mis padres, mi alegría, mi dicha.

"El Colegio con su aspecto monacal, con sus altas paredes ennegrecidas, con su estrecho patio, sin fuentes, sin flores, sin árboles; las cúpulas cercanas; las cuatro torres de la Basílica, siempre iguales, siempre en el mismo sitio, pesaban sobre mi alma como la losa de un sepulcro...

"¡Quién se hubiera escapado de allí, como pájaro fugitivo, para emigrar con las golondrinas, moradoras de los vetustos campanarios que a fines de septiembre, allá por el día de San Miguel, partían en bandadas rumbo al Levante, hacia la casa de mis padres!"

Esta bella descripción retrospectiva de la nostalgia que sufría el niño, nos revela que extrañaba sin posibilidad de sumisión, a sus padres, el hogar y el marco risueño, lleno de colorido y sabor de su Provincia. Ya, todo ello, había entrado muy dentro en su alma, porque sensible por temperamento sentíase henchido de las bellezas regionales, y en contraste con la sobriedad del altiplano, se le hacía más imprescindible su contemplación. Esto explica por qué, más tarde, no podría vivir fuera de Veracruz ni escribir sobre otra cosa que no perteneciera al Estado, y aclara, además, el carácter esencial de su obra, inspirada en la contemplación de la naturaleza, como más adelante se pondrá de relieve.

Resulta pues, un autor expresión plena de lo regional, que para ser estudiado requiere la constante referencia al medio que lo produjo, pero sin dejar de lado, la amplísima información cultural que alcanzó, singularmente humanística, la influencia derivada de sus ancestros españoles —santanderinos—, y la correspondiente a sus lecturas netamente literarias.

De regreso a Orizaba —la plácida, mística y melancólica ciudad que tan bien cuadra a su modo de ser, a la que amó entrañablemente como

si fuera la nativa y a la que inmortalizó cantándola con arrobo y maestría—, se encontró en la tibieza de su hogar, pero amenazado por el desastre económico que la guerra civil había causado a su padre.

Ingresa al Colegio Nacional de Orizaba que alentaba gracias al inteligente esfuerzo del gran jurisconsulto don Silvestre Moreno Cora, cuya influencia en la vida de Delgado será decisiva. En él encontró comprensión, ayuda y estímulo; se ligaron para siempre con invariable afecto que los llevó más tarde a la comunidad de ideas e impulsos y a trabajar unidos por el desarrollo cultural orizabeño.

A los ventidós años Delgado se inicia como catedrático de Geografía, Historia de México y Universal. Sólida preparación le permite a esta edad enseñar. El contenido de tales asignaturas se identifica también con sus tendencias peculiares: la observación de la naturaleza le lleva al estudio de la Geografía y del fenómeno social que se produce en sus ámbitos. Desea interpretar el desenvolvimiento histórico, el nacional y el universal, relacionándolo al medio que lo informa. Por tales meditaciones descubre la Geografía Histórica, nueva disciplina que introduce en la enseñanza.

Una vegetación exuberante que extiende su manto poético como una acuarela de variados colores, le lleva a la Botánica, materia en que logra sobresalir. Y esta correspondencia que se va integrando entre el medio y su espíritu, esta coordinación apacible, serena y amorosa que se forma entre el hombre y el ambiente, le va a permitir más tarde producir esas bellísimas descripciones que nutren sus relatos, y marcará su psicología con el tono sedante, tímido, sensible y delicado de quien se ha mantenido suspenso y absorto, captando a través de límpido cristal, los encantos todos de un panorama esplendente y magnífico.

Cuando Delgado profesa como catedrático sella definitivamente su destino. No se apartará nunca de esta actividad a la que siempre sirve con devoción y que supone el sacrificio del apóstol que debe renunciar a tareas mejor remuneradas, sobre todo en tiempos que era verdaderamente raro que le cubrieran la paga insignificante. Pero el Maestro fué congruente consigo mismo y habiendo encontrado pronto su verdadera vocación, se entrega a ella plenamente. Ya había principiado a escribir versos de juventud, románticos, amatorios, un tanto monóto-

nos, alguno de ellos dedicado al tuxteco Erasmo Castellanos Quinto, que estudia en Orizaba y a quien dice: "Mozo: si amas al arte, y es la gloria..."

La influencia del romanticismo francés y sus arrobos de juventud se advierten en *A unas flores, La última golondrina, No me niegues tu amor, A Carolina,* etc., etc.

Su vida de intelectual ha quedado decidida y su trabajo de escritor arranca con brío. El tiempo, su afán tesonero, estudioso y observador, y su evidente sensibilidad artística habrán de llevarle, a través de un callado sufrir, a las altas realizaciones del espíritu.

Un joven delgado, mediano de cuerpo, elegante y señoril, discurre por las empedradas calles orizabeñas. Su conjunto es agradable. En la cara morena arden los ojos negros del criollo; bajo la nariz regular, luce el bigotillo a la moda, en tanto el mentón saliente y enérgico acentúa voluntarioso el perfil del poeta. El joven profesor ha tenido que mantenerse al margen de la vida que hacen amigos y compañeros. Prefiere deambular, solitario, entregado a sus sueños e ilusiones de literato. Con frecuencia escapa hacia los bellos alrededores poblados de encanto, porque —nos dice después en su breve relato *Bajo los Sauces*—: "gusta el alma de la soledad de los campos y parece que encuentra en las arboledas, en las aguas, en las flores y en los pájaros, amigos cariñosos que contestan a todo con una sonrisa, que repiten dulcemente nombres amados.

"No me arredraba la distancia y frecuentemente huía yo a mi rincón querido, seguro de hallar en él algo nuevo que hasta entonces se había ocultado a mi curiosidad.

"Conocía ya todos los escondrijos del bosquecillo, todas las plantas, todos los árboles, todos los nidos y todos los pajarillos moradores de aquellos follajes. Aquel sitio era mío, sí, mío; nadie podía disputármele, y como el rico que visita sus propiedades, las sementeras, las florestas,

las tierras de labor y los prados, recorría yo aquel sitio, dándome cuenta y razón de cuanto allí tenía".

Dedicado al estudio lee con pasión a los clásicos greco-latinos, lo absorbe Shakespeare, domina la literatura castellana, aprende el italiano y el francés, se abisma y recrea en Cervantes, conoce la producción mexicana, y en las noches, de sobremesa, lee a sus padres cuadros de costumbres y especialmente autores veracruzanos: las leyendas de José de Jesús Díaz y de Pesado, antecedentes del cuento en Veracruz que se inicia con Roa Bárcena y Gonzalo Esteva; novelas de Juan Díaz Covarrubias o José Bernardo Couto, poesías de Carpio y Manuel Díaz Mirón, descripciones de José María Esteva o Marcos Arróniz.

El conocimiento de estos escritores que a menudo se referían a las peculiaridades de la vida dentro del Estado o que cantaban a su paisaje o narraban sus costumbres, constituye un antecedente en la obra de don Rafael. En esta época se afirma y extiende una preocupación de los intelectuales veracruzanos de dar a conocer su tradición, su historia, las aportaciones culturales del pasado, etc. Manuel Díaz Mirón y Miguel Lerdo de Tejada escriben la historia porteña, Rivera Cambas la de Xalapa, Joaquín Arróniz la de Orizaba. Se exhuma la memoria de los jesuítas Castro, Alegre y Clavijero; del dramaturgo Gorostiza, del poeta Carpio, etc., etc.

Cuando las guerras civiles terminan y se consolida la dictadura del Gral. Díaz, el liberalismo veracruzano organizado en gobierno y apoyado en las conclusiones del Congreso convocado por Landero y Cos, traza los postulados de la reforma educativa, que va a sacudir con nuevas inquietudes la postura tradicional de los educadores. Sería prolijo enumerar la enorme lista de intelectuales que integran el movimiento innovador. El entusiasmo cundió formando grupos en todas las poblaciones; se incrementó el estudio de las ciencias y las letras y Veracruz alcanzó a ocupar un sitio de honor y prestigio en el país.

Es dentro de este panorama que alienta Delgado. El lo estimula a ligar su esfuerzo al de pléyade tan brillante. Y su hábito de observar la realidad en que se mueve, la inmediata, la regional, al llevarlo a escribir sobre ella, lo convierte en el autor que consagra su existencia a pintar la vida veracruzana, logrando el lienzo magnífico que en conjunto son sus obras y en donde quedan impresos colorido, sabor, tipos y costumbres de esta ubérrima tierra. De este modo, Delgado resulta una síntesis de los esfuerzos y proyecciones titubeantes de sus predecesores, en quienes se advierte tal tendencia pero en formación y dispersa. El captó el sentido de la corriente y la hizo suya. Y supo realizarla con amor y fortaleza. Por ello, debe ser considerado como el padre de la literatura regionalista, ahora tan abundante y que nos permite, al conocerla en su conjunto, contemplar la fisonomía de Veracruz en todos sus aspectos hasta ser un verdadero y profundo documento sociológico. Pero Delgado, aunque limitado en su proyección, no rehusa la información del exterior. Nunca descuida meditar en los pasajes de la Biblia e incursiona en los comentarios de los Doctores de la Iglesia, que le afirman en su fe y templan su espíritu; se encuentra al corriente del movimiento literario de entonces y estudia su estilo y peculiaridades. Toma notas, cavila en el sentido de las obras, se apresta al análisis de su técnica, cierne y examina sus observaciones a la luz de la Preceptiva, muy en boga y que le era profundamente conocida. Introduce sus inquietudes en los secretos de la lingüística en relación con el pensamiento que expresa; se afana en las leyes gramaticales, y en contacto con sus colegas discute con ellos, presenta sus impresiones y su vida gira en torno de preocupaciones intelectuales que le hacen olvidar las materiales que confronta.

En 1881 Moreno Cora organiza la Sociedad Sánchez Oropeza y Delgado se encarga de la sección literaria, organizando la velada mensual en que presenta trabajos y lee sus poesías que más tarde publica el Boletín de la misma. Va dando a conocer su ingenio. Escribe en *El Reproductor*, y, por fin, lanza a la representación su primer obra teatral, *La Caja de Dulces*, drama en prosa y tres actos, a la que a poco sigue *Una Taza de Te*, proverbio versificado en un acto y ambas llevadas a escena en el Teatro Llave, por el actor español Enrique Guasp de Peris. Noche memorable en que después de la función es celebrado con un

banquete en donde recibe una corona de plata. Más tarde insiste en el género, traduciendo *El Caso de Conciencia* de Feuillet, y escribe el monólogo *Antes de la Boda* que estrenó Josefina Duclós de Figuerola. Obras todas ellas de escasa importancia, de propósito moralizador y forma discursiva, breves y sencillas en su trama, carentes de acción y fuerza dramática, pero bien escritas sobre todo las vaciadas en prosa, cuidada y solemne.

Don Rafael va alcanzando la madurez física y literaria. El cabello huye de su frente; se entristecen sus ojos; sus padres han desaparecido y ha quedado solo; sus espaldas se adivinan cansadas; apenas se distrae en comidas que él mismo prepara para sus amigos o discípulos; convertida su casa en cenáculo se anima en la conversación que le transfigura haciendo gala de su ingenio. Más integrado el hombre, cosecha el fruto de su trabajo y meditaciones. Depura su estilo y su espíritu, cada vez más sensible, capta y entrega mejor el mundo que le rodea y es más natural la transmisión de sus vivencias. El tono declamatorio se va perdiendo superado por bellas descripciones del paisaje orizabeño, o se torna melodioso y levantado en la oda al Arzobispo Labastida, *Te Deum Laudamus, Palmas*, en que, la nobleza del estilo y lo pulcro de la estructura corresponden a la limpidez y hermosura de las imágenes, para alcanzar en la *Oda a la raza latina* el tono sublime, el dominio del lenguaje y de la forma, y comunicar con fuerza su emoción traspasada de altos pensamientos que vibran como una profesía. Estos poemas y sus sonetos a *Río Blanco, Ojo Zarco, Escamela, Ojo de Agua, A Xalapa*, le revelan como alto y delicado poeta inspirado en el amor al terruño y su honda proyección al paisaje. Casi a un centenar llegan sus obras poéticas y no es por ellas que principalmente se le ha consagrado. De seguro la fama de su nombre la debe a su prosa exquisita, de factura inconfundible y en donde se refleja, a la perfección, toda la ancha dimensión de su alma.

Delgado rebasa los cuarenta. Es un solterón y por ahí se dice que tiene hijos naturales. Ha escrito mucho y la fama lo circunda. Infinidad de comentarios, que ahora se publican en sus *Obras Completas* como *Conversaciones Literarias* y *Estudios Literarios,* corren publicados ya en forma de crítica o ensayo. En ellos se ha referido a Pesado, Gorostiza, Zorrilla, Núñez de Arce, Ruiz de Alarcón, Becquer, Leopardi, Shakespeare, etc. Ha traducido a Byron, Carducci, Francois Coppée, y ha demostrado no tan sólo el conocimiento de sus respectivas lenguas, sino también su don poético para verter al castellano poesía de difícil traducción.

Literato surgido en tiempos en que imperaba el romanticismo, espíritu sensible y delicado, profesor ahora de Gramática y Literatura, estudia las nuevas corrientes del realismo que le llegan a través de las novelas de Pereda y Galdós, ambos amigos epistolares. Esta tendencia le subyuga y se acomoda a la perfección en quien ha observado de siempre la realidad que le rodea, la de esas regiones tan conocidas y siempre cantadas. Entonces adopta, definitivamente, tal postura y enfoca su atención a incorporar acuciosamente los detalles todos que informan la vida orizabeña, para entregar la imagen que recoge de ella, en cuentos y cuadros de costumbres, cuyos breves relatos acomoda en el trasfondo de sus preferidas descripciones. Cultiva el cuento con un propósito trascendente y él mismo nos dice que "...son meros apuntes de cosas vistas y de sucesos bien sabidos, consignados en cuartillas por vía de estudio, con objeto de escribir más tarde (mi sueño azul) una novela rústica y veracruzana, a la manera de *La Parcela* de mi admirado amigo don José López Portillo y Rojas; novela en que palpiten la vida y las costumbres campesinas de esta privilegiada región".

Consideraba pues, el relato breve, como un ejercicio, un entrenamiento, para prepararse a la obra narrativa extensa, que no se atrevió a intentar sino cuando se sintió ya bien dispuesto para ella. Aquí iden-

tificamos al hombre que rehuye las improvisaciones y ha seguido en lento pero constante desarrollo; proceso de maduración éste muy a tono con su psicología y que le va permitiendo acrecer en su talla intelectual, mediante el rigor de la disciplina.

La transformación que sufre de lo romántico al realismo, pasando por el naturalismo, no fué suficiente a modificar su concepción general de las obras que acometía; en este sentido es patente la supervivencia de la postura romántica que le informara.

En el fondo y aunque subjetivo, propendía a la descripción, lo que fué el punto de enlace con las nuevas tendencias literarias; entonces, se dejó ganar al realismo de Pereda que le era afín a través de lo regionalista y que le ofrecía campo propicio a la inclusión del mucho material consecuencia de sus observaciones. El fenómeno resulta natural y Delgado se canaliza por él. Pero hombre de transición, no logra abandonar completamente su enfoque primitivo. En sus obras catalogadas como realistas, el argumento es concebido románticamente aunque su desarrollo o narración, situado dentro de las descripciones, presentación de personajes, diálogo y conflicto, pertenezca al realismo, porque las incidencias y sobre todo el desenlace se perciben animadas por una mentalidad romántica.

Con este enfoque llegó a cultivar el cuento. Más de treinta escribió agrupándolos con los que él llamaba *Notas*. Hermosas en verdad estas breves narraciones, las más, espejo del costumbrismo regionalista. Evidente la influencia de Daudet y Goncourt a quienes sigue en su técnica. Evocadoras y tiernas descripciones realizadas con lenguaje sencillo, sin complicaciones; por ellas discurren tipos pintorescos conocidos de todos, pintados en sus características esenciales, identificadas en el acaecer citadino o rural. Tales se encuentran en *El Desertor*, *El Asesinato de Palma Sola*, *En Legítima Defensa*, *El Caballerango*, *Genesiaca*, *Epílogo*, etc., etc.

Delgado muestra en sus cuentos lo apacible de su temperamento, lo mesurado de su tono, el señorío de una sintaxis bien vertebrada, su evidente gusto que luce en el equilibrio de una prosa fluente y tersa, de construcción alargada y giro poético. Su vocabulario es rico, a veces arcaizante. Es ágil y cálido en el diálogo; retratista consumado en el trazo

de los personajes, que logra presentarlos llenos de vida, actuantes, inconfundibles. Por breves que sean sus relatos siempre conservan unidad y congruencia. No se dispersa aunque a veces se excede en las descripciones que llegan a interrumpir el relato. Sus obras trasuntan orden, armonía, ecuanimidad; evidencian el deleite con que las trabajaba, el primor con que las pulía, la rigorista conciencia del literato exigente y meticuloso, que una vez terminada la composición se aparta del cuadro para verlo en conjunto y darle los últimos toques. No es hasta que se encuentra satisfecho de la impresión que le causan que se decide a publicarlas en revistas y periódicos. Años más tarde agrupa su producción y lanza por fin en 1902, un tomo de *Cuentos y Notas*, editado por Agüeros en la Biblioteca de Autores Mexicanos.

Sus cuentos son documentos de lo mexicano. Cierto que su estilo, por clasicista, no se puede identificar como la forma natural de nuestro modo de pensar; tampoco lo son en su estructura, pero sí en su contenido, sobre todo en personajes y en la descripción del medio o del paisaje.

Delgado no acredita preocupaciones filosóficas. Y a pesar de referirse con frecuencia a campesinos u obreros, pintados con maestría, tales retratos son más bien de su apariencia que de su alma. No hay en sus cuentos propiamente conflicto social ni protesta hacia la desigualdad; en cambio campea ternura y piedad. En esta postura, apacible, se reconoce su modo de ser y el carácter tranquilo de la época. Dijérase que escribe para una clase media deseosa de recrearse, no acostumbrada a sufrir ni percibir los profundos conflictos humanos. Perteneciendo él también a dicha clase, pero singularizado por su obra y su cultura, se mantiene dentro de esa cómoda posición.

Con esta producción se liga a la creciente afición que se extiende por todo el país para el cultivo del cuento en que sobresalen Roa Bárcenas, Gutiérrez Nájera, Othón y Angel de Campo, amigos y contemporáneos suyos.

Delgado, que no soporta vivir en la metrópoli a donde había venido afanoso de incorporarse al mundo intelectual de entonces, vuelve a su Provincia amada decidido a no apartarse de ella. Presiente que es ahí donde su trabajo alcanzará mayor fecundidad, y ya se encuentra

preparado para intentar su verdadera obra —la novela—, a la que de tiempo atrás se siente tan atraído. El hombre, tras un largo y afanoso camino ha madurado ya. La hora solemne de su realización a fondo, ha sonado, y el escritor acude al llamado de su vocación, dispuesto y seguro para la entrega total.

Antes de estudiar a Delgado novelista, de seguro en su aspecto de mayor relieve, conveniente será dedicar algunos renglones a considerarle a través de sus discursos y en su obra de carácter docente.

En realidad, no puede decirse que haya sido un orador. Las piezas que de tal naturaleza produjo nunca fueron improvisadas. Siempre escribió sus discursos. Y debe confesarse que los leía con cierta dificultad debido a una defectuosa articulación de la palabra. Su voz no le ayudaba, su timbre no era claro ni melodioso y la pronunciación, imprecisa, hacía que a veces el auditorio perdiera el sentido de párrafos enteros. Pero aún así fué un agradable y gran conversador, que gracias a una excelente memoria y extensa cultura envolvía con facilidad a sus oyentes, comunicándoles su entusiasmo, trasmitiéndoles su emoción, embargándoles con su fina sensibilidad que llenaba de fuerza y colorido sus imágenes, salpicadas de referencias históricas, comentarios sabrosos y picantes, a veces irónicos, las más, saturados de erudición y sabiduría. Animado con el vislumbre de su poderosa imaginación se desentendía del transcurrir del tiempo, y lanzábase con magnético y galano fraseo, pulcro y castizo, a la representación hablada de sus ideas, hasta ser discursivo y convincente que también fué hábil dialéctico.

Su larga costumbre de hablar en la cátedra habíale dado claridad en la concepción, lógica, precisión de los conceptos y posibilidad de verter sus abundantes reflexiones. Amigos y discípulos quedaban prendidos de su charla interesante, pintoresca, castiza y animada. Gustábale platicar la cerveza, como él decía, y sin darse cuenta les sorprendían las frescas horas de la madrugada.

Diversos discursos se han recogido, unos cívicos, otros de crítica, ya conmemorativos o de estudio. Académico de la Lengua, correspondiente desde 1875 y de número a partir de 1892, sucede en el sillón número doce al doctor Manuel Peredo. En tal ocasión diserta con hondura y erudición sobre el género novelístico que conoce a fondo, pero cuando se remonta en soberbia pieza oratoria a cimas de enrarecida altura, es la noche del 8 de julio de 1905, cuando Orizaba celebra, en solemne velada, el tercer aniversario de la aparición del *Quijote*.

Magnífica y extensa, ática y elegante la formidable referencia que estudia, con sentido universalista, la obra cumbre de la raza. Discurso de análisis inteligente y síntesis gloriosa; panorámica del pensamiento y de la epopeya española; canto bañado de luz a la lengua que hablamos; himno de fe al género humano en el ejemplo heroico de Cervantes; sublime emoción derramada al contacto de las páginas inmortales que estremecen con sólo evocarlas. Todo ello fué el discurso leído la noche memorable. La fama de él cruzó los mares y rompió las fronteras, abrió caminos de identidad con pueblos lejanos y admiró a España la penetración de uno de sus hijos perdido en el tiempo y la distancia.

Profesor de Literatura en el afamado Colegio Preparatorio de Xalapa, es en esta pintoresca ciudad que escribe y publica, para uso de sus alumnos las *Lecciones de Literatura* que comprenden *Estilo y Composición*, primera parte de una obra que no llegó a terminar. Aparecida en 1904 fué auspiciada por el progresista don Teodoro A. Dehesa, gobernante a quien Veracruz tanto debe por su decidido y empeñoso esfuerzo en pro de la cultura. A esta obra vino a sumarse, en 1910, otra con la misma finalidad docente: *Lecciones de Geografía Histórica*, igualmente patrocinada por el Gobierno del señor Dehesa. Ambos libros sirvieron de texto durante largos años hasta que fueron cayendo en desuso, sustituidos por orientaciones más modernas. Pero ahí quedan, envejecidos y empolvados, como mudos testigos de los afanes del Maestro.

A pesar del largo y duro entrenamiento, Delgado, siempre tímido, tuvo que ser convencido por su amigo don Francico Sosa, para decidirse a publicar su primer novela, *La Calandria,* que aparece en la Revista Nacional de Letras y Ciencias, en 1889, para ser reimpresa, apenas dos años después, en Orizaba, como correspondía, ya que es ésta ciudad la que sirve de marco a la obra y la que lleva el autor en su corazón.

Unicamente por ser su primer obra novelada, nos detendremos un tanto a comentarla, pues imposible resultaría en un trabajo de esta naturaleza hacer lo mismo con las demás.

La Calandria, con sus 317 páginas, resulta la primera novela totalmente inspirada, concebida y realizada en el estado de Veracruz. El argumento es sencillo y arrancado a la quietud provinciana. Carmen, "La calandria" por su festivo cantar, es hija natural de un señor acomodado y de una pobre mujer tísica, lavandera, con cuya muerte arranca el relato. Doña Pancha, vecina caritativa en el "patio" comunal, recoge a la muchacha de quien se enamora Gabriel, mozo de oficio carpintero. Surgen los amores pero aparece la ambición de Carmen, celosa de su media hermana que vive en el lujo estimulada por Magdalena, meretriz de un leguleyo que presenta a la "Calandria" con Alberto, el joven pisaverde y calaverón que la interesa y deslumbra. El nudo de la trama se forma en las maquinaciones tortuosas del tinterillo para conseguir llevar a Carmen a los brazos del tenorio. Indecisa a casarse con el novio pobre, Gabriel se distancia de ella. Avisado el padre, interviene, y valiéndose del presbítero González la envía a vivir al próximo curato, en Xochiapan. Aquí, la soledad y la reflexión la purifican en sus tentaciones y decide pedir perdón a Gabriel. Le escribe la carta ideal que en estas circunstancias todos los jóvenes desearían recibir, y Gabriel emprende el viaje para reconquistarla, pero quiere la casualidad que la encuentre platicando en la reja con Alberto, que insiste en sus propósitos y a quien en esos momen-

tos Carmen rechaza. Desesperado Gabriel regresa a Orizaba; ella no se explica su silencio y orgullo y entonces huye en pos de la aventura, y vive como amante ocasional de Alberto que a poco se cansa de ella. Dándose cuenta de lo irremediable de la situación, se encierra en el cuartucho que le sirve de albergue y se suicida. Otra vez, quiere la casualidad que sea Gabriel el carpintero a quien se manda llamar para forzar la puerta. La novela termina, muy forzadamente, mientras el pobre Gabriel trabaja en el féretro que ocupará el cadáver de su amada.

La concepción de la trama tiene dos fases: una natural y propia, inspirada directamente en cualquier episodio de la vida real, y otra, la artificial y rebuscada que persigue un fin preconcebido: lograr el tono de exaltación dramática por obra de la casualidad —fatalismo— que se confabula en contra de los dos personajes esenciales y que se distancian para ser, nuevamente y por última vez reunidos, al finalizar la narración. Cuando uno de ellos ha muerto, el azar —es decir el autor— quiere que el otro comparezca, para causar un desenlace que en realidad es melodramático.

En tal concepción median, objetivamente, dos tendencias que se adivinan estructurando la personalidad del autor: el realismo naciente que impele a tomar cuadros de la realidad, y el romanticismo agonizante que impulsa a interponer lo fatal, como expresión sentimental de lo trágico de la vida.

El desarrollo de la obra obedece a un plan bien constituido. Se trata de un edificio levantado con método, en que todo sigue un orden, un curso preparado, pero sin que ello se advierta, pues por el contrario, *La Calandria* tiene toda la soltura y frescor de un río que transcurre mansamente sobre su lecho.

El argumento es presentado, propiamente sin división de capítulos, a través de una larga narración prolija y descriptiva, apoyada en la fuerza de un diálogo ágil, encadenado, a veces impetuoso pero que siempre se impone e interesa.

Al conflicto de la trama se va llegando a través de cientos de escenas, todas ellas tomadas, captadas de la realidad, en ambiente, costumbres y tipos. Los personajes, concebidos dentro de una meridiana unidad, todos son reales, humanos, correspondientes al tipo que desempe-

ñan y a las circunstancias en que actúan. Sin ser fuertes caracterizaciones psicológicas, cada uno muestra suficiente estructura interior para ser reconocido gracias a los trazos vigorosos con que integra sus retratos.

Descriptivo por excelencia es muy prolijo. Se refiere a detalles a veces accesorios o secundarios; se extiende páginas y páginas para preparar una escena, un encuentro, un diálogo. El estilo es acorde a su personalidad y parece un caudal de aguas mansas que resbalan limpias, fluentes, ondulantes, dentro de una correcta arquitectura en la construcción de la frase y el párrafo. Un bien decir —a veces demasiado refinado y académico, al fin catedrático de Preceptiva— pulcro, castizo, de giro alargado, con efusiones poéticas, adentra en la novela y va cobrando impulso, fuerza, expresión emotiva a tiempo que el autor se calienta, se crece para lanzar el torrente de adjetivos propios de las descripciones de entonces; pero siempre es ameno, cordial, fiel reflejo de una época pacificada, en proceso de construcción, un tanto resignada, al igual que el autor.

Desde las primeras páginas es visible lo mexicano, lo nuestro, y más adentro lo provinciano; y por el paisaje, el ambiente, los escenarios, recogemos la imagen completa de lo orizabeño. Ni qué decir tiene que es un espejo, un documento de la época, retratada con sinceridad, sin eufemismos y con buenas dotes de asimilación y representación.

Esta novela, publicada casi simultáneamente a las de Rabasa, introduce en México, junto con las de López Portillo y Rojas, la literatura realista de molde español. A ella suceden, *Angelina,* aparecida en 1895, *Los Parientes Ricos* en 1903, e *Historia Vulgar* en 1904.

Explicando sus ideas y finalidades al escribir dichas obras, Delgado asienta, refiriéndose a *Los Parientes Ricos*: "En mi plan no entra por mucho el enredo. Da interés a la novela, es cierto, pero suele apartar la mente de la verdad. Para mí la novela es historia, y no siempre tiene ésta la trama y disposición del drama escénico. A juicio mío debe ser copia artística de la verdad, algo así como la historia, arte bello. He querido que *Los Parientes Ricos* fuesen así, copia exacta de la vida mexicana".

El realismo español tiene su origen con José María de Pereda y con Benito Pérez Galdós, amigos y maestros de Delgado y que a su vez se inspiran en Balzac.

Pereda es quien constituye el molde más fiel de nuestro novelista. Paisajista y regionalista, sus *Escenas Montañesas* son un antecedente directo que inspira a Delgado. *El Sabor de la Tierruca* (1882), es una pintura real de la vida en la montaña, al igual que se encuentra en aquél, en sus relatos, de nuestra vida provinciana.

En Delgado, como ya se ha señalado, también existe en forma prolija, lo local, pero más sensible y sutil que Pereda, sus pormenores, graciosamente manejados, cobran simpatía dentro de los grandes escenarios que necesita para realizar la narración.

Galdós en cambio —a quien hasta ahora se le hace justicia— es más universal, menos tradicionalista, al fin liberal. Su estilo es más llano, vulgar, y su proyección aún más realista. De él se ha dicho que su profesión era la de buscar tipos de la vida para observarlos, estudiarlos y trasladar a sus obras su fisonomía, carácter y modalidades.

El realismo español es optimista. El ruso sombrío y torturado, y el nuestro un punto intermedio entre ambos, en el que destaca cierta propensión melodramática producto de una realidad a veces dolorosa y cruel, al propio tiempo que de la idiosincrasia mexicana, mezcla de la proverbial alegría española y de la indiferencia y tristeza autóctona, por lo menos en su apariencia actual.

Nuestra realidad —a través de otro aspecto—, debe confesarse, no ha constituido un ambiente propicio y benévolo a la procreación y desarrollo del literato. El artista, como hombre, lucha con dos tendencias: la común y corriente a toda la humanidad de satisfacer sus necesidades, y la particular y más profunda, la pasión creadora que le lleva al sacrificio. Para ello es indispensable una grandeza de alma especial, una confianza —por más que de aquí nazca un estado de angustia y duda constante—, en sí mismo, capaz de vencer las duras y diarias pruebas a que es sometida la vocación.

Delgado es, en este orden de cosas, un ejemplo. Prefirió la vida modesta del profesor y articulista para sostenerse. Supo envolver su tortura de solitario inadaptable con una buena disposición de ánimo para

los demás, escondiendo su tragedia interior, perseverando con una austera sinceridad y prodigándose como un verdadero maestro, sencillo y cordial.

En *Angelina* estamos en presencia, más claramente, del trasfondo romántico del autor. El dice que se trata de una novela "vivida". ¿Son acaso los propios amores de la juventud cuando novio de la señorita Laura Orozco soñaba dulcemente con la felicidad, en tanto ella acariciaba las teclas de su piano interpretando a Chopin, tan gustado de ambos? De cualquier manera, se trata sin duda, de un bello cuadro en que el escritor acomoda recuerdos de los años mozos y que, con ellos, concibe y desarrolla el sencillo argumento, narrado con ternura y delicadeza.

No corresponde por cierto, Villaverde, la población que encuadra la novela, a su Córdoba nativa. Se trata también de Orizaba, encubierta con maña y coquetería bajo nuevo nombre, pero reconocible a pesar de todo en la descripción de lugares y la ubicación de sitios. Pero si esto fuera discutible, no hay ya lugar a dudas cuando se descubre que Delgado escribe a la señorita Guadalupe Mendizábal, bien probada orizabeña, "villaverdina endiablada".

Los Parientes Ricos, lanzada a la luz cuando el novelista vivía en Xalapa, a donde fué llamado por don Teodoro A. Dehesa, muestra evidentemente los progresos del autor. Publicada por entregas en el *Semanario Literario Ilustrado* y en *El Orden* que dirigía en la Atenas veracruzana don Francisco González Mena, esta obra, la de mayor metraje, es, quizá, también, la mejor. Más trabajada, revela ya al estilista consagrado que la ha depurado de los errores señalados a las otras por la crítica. Delgado no interrumpe la narración con las abundantes, prolijas y largas descripciones en que tanto se recreaba. El tono es más elevado, la emoción más comunicativa, mejor armado el argumento y más profundo el enfoque general. Había llegado a superarse cirniendo sus observaciones y enriqueciendo el mundo de su experiencia. Se percibe una inquietud que merodea en torno a los conflictos sociales, una mayor hondura que rastrea en las pasiones humanas, más relieve y penetración en la psicología de los personajes y amplia perspectiva en la concepción de la obra como si se hubiera ensanchado el lente de su campo visual.

Pero tal postura, la más alta a que llega, apenas mantiene su vigor y fecundidad un corto tiempo. En *Historia Vulgar* se inicia la declinación y don Rafael lo advierte. Es la última novela que publica; su amigo don José Lama asegura que *La Huelga* y *La Apostasía del Padre Arteaga* nunca fueron escritas. Lo cierto es que por lo menos no han sido encontradas.

El fenómeno de la decadencia o involución de sus facultades, toma cuerpo en la reducida extensión que comprende *Historia Vulgar*, a la que debe añadir, "novela corta", él, que gustaba y de quien puede decirse le eran imprescindibles los varios cientos de cuartillas para volcar su representación. Pero no tan sólo la obra no es comparable a las que le habían dado fama de novelista. En ella sucumbe a la fatiga y la desesperanza; ya no logra entregar un cuadro digno de él, baja la forma, el relieve; se dispersa, y la novela resulta cansada.

Cansado se muestra él en su rítmico balanceo al caminar, paraguas en mano por las llovidas y quebradas calles xalapeñas. Su trato es más seco y él se conserva más reservado. Sensibilizado por una larga tarea artística que ha demandado esfuerzo constante, en lucha torturante por percibir las formas sutiles de la belleza, afanoso por arrancar de su ser imágenes y vivencias, tirando siempre de su mundo interior para entregarlo en realizaciones literarias, el Maestro se ha ido agotando.

Pasados los cincuenta se le hace imposible la soledad en que vive. Se descubre irritable, neurasténico y maniático. La enfermedad acecha en forma de molesto artritismo que le hiere sin piedad en los largos días de lluvia o cuando, en invierno, el norte azota en las costas y baja la temperatura en Xalapa. La ciudad se envuelve, húmeda y gris entonces, en neblina que entristece su ánimo decaído.

Don Federico Gamboa, que le visita en 1906, advierte que el escritor ha muerto, aunque años adelante aún triunfará en juegos florales con su bella *Oda a la raza latina,* o admirará con su célebre discurso en que estudia el *Quijote.*

Xalapa adorna su quieto vivir provinciano con el prestigio de tres cumbres literarias que alientan en el seno de su bellísimo panorama: Salvador Díaz Mirón, el Obispo Pagaza y Rafael Delgado. Y como si fuera poco, en su ambiente trabajan y enseñan Enrique Rébsamen, Carlos

A. Carrillo, José María Esteva, Manuel Gutiérrez, que desde la Normal o el Preparatorio contribuyen a levantar el prestigio educacional de Veracruz.

Don Rafael cultiva estrecha amistad con el bucólico cantor de Valle de Bravo y con el gran aedo de América. A uno le visita en el señorío del Obispado palaciego y al otro en el nido donde el águila fiera y combativa se torna amante esposo y complaciente padre. Con tales polos opuestos, que nunca se vieron con simpatía, departe el novelista estimado por los dos.

Al atardecer se encontraba con Díaz Mirón en el parque Juárez, donde la población paseaba dando vueltas en torno a la uniformada banda del Estado que acometía la serenata. Apacible el uno, desconfiado el otro, a poco huían de la tertulia perdiéndose por callejas sinuosas. Absorbidos en sus temas discutían con vehemencia; sonoro y rotundo el poeta que improvisaba verdaderos discursos, dialéctico y sutil el novelista se apoyaba en su erudición. Las horas pasaban anunciadas desde el alto campanil de Catedral. Las calles quedaban desiertas y sumidas en el silencio. Una suave melancolía emanaba del caserío. Los dos hombres, vibrando estimulados por sus palabras y pensamientos, ambulaban toda la noche. De repente, decía el bardo: "Rafael, es tarde, le acompañaré a su casa". Llegaban al pórtico del modesto refugio en donde vivía Delgado y la charla continuaba. "Salvador —apuntaba éste—, permítame hacerle compañía hasta la 'Quinta Rosa' ". Y bajaban hasta la verja que escondía el jardín en que mataba sus ocios el autor de *Lascas*. Y volvían a subir y a bajar, dos o tres veces más, hasta que el alba por fín, les hacía despedirse.

Delgado retorna a Orizaba para ser invitado poco después por López Portilla y Rojas, Gobernador de Jalisco, a encargarse de la Dirección de Educación en el Estado. Se instala en Guadalajara cuya ciudad le recibe con los brazos abiertos. Gusta de la población y sus gentes pero

no se acomoda a la burocracia y echa de menos su Provincia. Tan sólo unos meses soporta vivir lejos de Orizaba y renuncia para volver a sus acostumbradas tareas. Es nombrado Rector del Colegio en que estudió y profesó desde 1877. ¡Qué diferencia en el mismo hombre que llegó a servirle pleno de entusiasmos allá en los años soñadores de la juventud, con este otro que se siente acabado y vencido!

En el propio Colegio ocupa dos cuartos donde se acomoda a vivir con el solo consuelo de su biblioteca y la frecuente visita de los discípulos. La firme voluntad de otros días que le ha permitido mantenerse en rígida postura ocultando su inadaptabilidad a la vida real, se quebranta, y el hombre, desconsolado, busca en el ajenjo un estímulo que le ayude a ignorar su conciencia que le hace sufrir.

En 1914 debe ir a Xalapa al arreglo de asuntos propios de su función. Al regreso —para unos a caballo, para otros por tren— enferma gravemente de los bronquios. El final está próximo y confiesa y comulga. Pasa tres semanas inmóvil en la cama. A poco pierde el conocimiento y se inicia el estertor. Delgado agoniza agitando la cabeza, rodeado de amigos y discípulos que se turnan velándolo. Y el 20 de mayo, a la una de la tarde, se hunde en la eternidad.

La noticia embarga de tristeza a Orizaba. Llega a México y Díaz Mirón escribe en el *Imparcial*: "El alto varón murió en la fuerza de la edad, consumido por su genio como un cirio por su llama".

LEONARDO PASQUEL

Prólogo

"De seguro que para un apasionado del odioma vernáculo, así como para un cultivador de la novela, no hay ni puede haber asunto más simpático, más atractivo que éste por cuya virtud y fuerza estoy aquí, en presencia de un auditorio tan florido y tan discreto".

Así se expresaba hace ya cuarenta y ocho años, en galana prosa, en florido discurso, el distinguido literato don Rafael Delgado y Sáinz, cuya memoria es recordada en esta ocasión por el cariño veracruzano.

Y apropiándome, atrevidamente, del elegante párrafo con que comienza tal alocución —quizás la obra maestra del conocido cordobés— repito, a los treinta y nueve años de su muerte, pensamiento que antójaseme exacto para el momento.

He deseado que sea él quien llegue hasta vosotros, porque considero que debe ser su espíritu el animador en estas líneas, líneas que tienen mucho de atrevidas ya que van a descubrir algo íntimo, que el Maestro no se habría permitido exponer públicamente.

El cariño y distinción que para mí tuvo tan preclaro ingenio, oblígame a presentarle en aspectos desconocidos para la generalidad de los lectores; aunque sienta que el modesto escritor veracruzano hala impaciente de mi indumentaria, oponiéndose a mi anhelo —explicable para quienes le conocimos en la intimidad— con un dejo que tiene mucho de picardía y de travesura y no poco de ingenuidad. Excúsenme de atrevimiento tal mis enormes deseos por mostrar a los estudiosos una faceta del diamante que tan celosamente ocultaba el canto de Pluviosilla; de enseñarles un aspecto que por desconocido será nuevo para muchos, ya que el castizo escritor sólo cataba a la hora de sus triunfos a hijas predilectas de su ingenio, como lo fueron sus novelas; a impúberes pero graciosas mozalbetes, como lo son sus cuentos y sus

notas; a discretos y serios hijos mayores de su intelecto, como lo eran sus áticos discursos; a traviesillas y picarescas hijas menores, coquetas y graciosas, cual sus alígeras y encantadoras conversaciones literarias.

Olvida intencionalmente, por modestia que mucho le enaltece, reunir en el festín de su consagración, las elegantes y sencillas rimas que vuelan medrosas y avergonzadas entre las hojas perdidas de viejas publicaciones y a la que sólo se puede llegar cuando la llave de un entusiasmo abre las polvorientas páginas de vetustos infolios provincianos y en ellos vamos buscando el tesoro que contienen, con paciencia de creyente, con tenacidad de convencido.

Y de ese hallazgo quiero haceros partícipes, para que disfrutéis, con deleite, ese aspecto desconocido del insigne novelista don Rafael Delgado: su cualidad enorme de poeta.

Saborear el diálogo exquisito de sus *Parientes Ricos;* deleitarse con la elegancia de su *Discurso en el Centenario del Quijote;* admirar la exactitud de caracteres y el sabor del terruño en su *Calandria;* ensimismarse en la descripción del carmen orizabeño, como en su *Historia Vulgar;* sentir palpitar su vida romántica en su delicadísima *Angelina;* gozar y embriagarse con el néctar de sus *Cuentos y Notas;* contagiarse con el entusiasmo y devoción que el autor sentía por libros y por flores, como en sus *Conversaciones Literarias,* es placer al alcance de múltiples lectores, quienes con mayor o menor dificultad pueden haber en sus manos, ejemplares —raros por cierto— de las precitadas obras. Pero gozar del otro aspecto distinto del prosista, saborear su modalidad de poeta, no está al alcance de los asiduos lectores de nuestros clásicos y se suele olvidar, cuando de don Rafael se habla, que si fué grande como manejador de la prosa, no le fueron en zaga sus cualidades de poeta.

Del florilegio que cuidadosamente he formado a través de los años, para deleite propio y ajeno, voy a espigar para mostraros algunos cánticos de tan preclaro tañedor de la cítara mejicana.

Artista por excelencia, dió a sus rimas la misma grácil facilidad de sencillez y de gallardía que muestra su prosa galana, de la que

pudo decir el autor de *La Parcela* —su ilustre amigo y compañero en la novela mejicana— que era "elegante e impecable".

Impecable en la forma como la alcurnia castiza que bebió en la literatura del siglo de oro, supo captar la idea exacta que deseaba desarrollar y, con acierto envidiable, la vistió elegante y justamente, dando vida a versos magníficos, a brillantes poemas, con sonoridades de los cantores italianos, quienes no habrían desdeñado firmar odas como *Te Deum Laudamus, A la Raza Latina, la pronunciada el* 15 *de septiembre de* 1873 y tantas y tantas otras brotadas de su numen.

De estilo puro y de concisión esmerada, tienen entonación, grito vigoroso, grandiosidad de himno y logran el deseo del poeta: llegar al corazón de quien las oye, dejando en el espíritu sabor de vino añejo, ráfagas vigorosas de heroísmo y, sobre todo, la satisfacción de gustar de ideas altas, serenas y profundas, que abren huellas en el alma de quienes las escuchan o las leen:

"Terrible es Dios ¡ . .Indígnase
con quien le reta impío
y, heraldo de su cólera,
su eterno poderío
pregona en voz terrífica
el rayo destructor.
Rasga fulgor vivísimo
de obscura nube el seno
y, al resonar horrísono
del huracán y el trueno,
pasa entre fuegos cárdenos
su carro vencedor!
. . . . .
. . . . .

Cuán otro, si benévolo
con quien su gracia implora
o con amor solícito
rendido y fiel le adora,

cambia sus leyes rígidas
en fuentes de perdón.
Mandas, Señor y el piélago
su cólera refrena;
los vientos buscan dóciles
y humildes su cadena,
y en la ribera lánguido
se aduerme el aquilón;
.....
.....

(Te Deum Laudamus).

O las sonoras e inspiradas estrofas de su canto majestuoso *A la Raza Latina*:

"....
.....

Si alguien pregona gárrulo
que vives en la escoria,
y que tus pueblos débiles
mueren sin fe ni gloria,
bajo la clave férrea
del anglo y del sajón;
respóndele que armígera
el orbe recorriste,
y cuando entre los límites
de Europa no cupiste,
un nuevo mundo —América—
puso a tus pies Colón!
.....
.....

Escucha... Aun vibran mágicas,
como en el ancho foro,
del orador de Túsculo

las cláusulas de oro,
con resonar fulmínico
de ronca tempestad...
y aun llega de Parténope
a las tendidas playas,
entre las ondas rítmicas
del golfo azul de Bayas,
la voz del fiero Espártaco
clamando: libertad;
....."

Versifica el delicado poeta con la seguridad del que domina el idioma e imprime a sus estrofas sello de gallardía patriótica: es un cantor de la raza. Se coloca en la cúspide de los poetas épicos, escasos en nuestro medio por el peligro de caer de una alta cumbre en el ridículo espantoso.

Y con qué tono y efectividad y concisión, el poeta gallardo salva dificultades y presenta en armonía idea y forma; viste adecuadamente el grito de su numen y logra triunfos de verdadero artista.

Y no es de olvidarse esa hermosísima oda a la Muerte que con el nombre de *Canto Nupcial,* escribía en 1885 nuestro delicado trovador; en ella presiente su cercanía, su mirada amorosa y profunda y se considera listo para

"....
Rendir el escudo en la batalla
tenaz y arrulladora de la vida...,
....."

La adivina llegar hasta su "pobre lecho", "ceñida la sien de mustias flores" pero "pálida y hermosa",

"Como la adormidera de los campos
tronchada por el peso de la lluvia".

Y conforme con lo que el destino le ha señalado, el entristecido vate:

"Fiel y tranquilo tu amador espera
el venturoso instante; mas si el mundo
celoso siempre de tu amor inmenso
ha de turbar de nuestra eterna boda
el festín silencioso, derramando
en mi agotado cáliz de amargura
de su halago la miel, oye mi ruego:
como en sublime canto lo pedía
almo poeta, a tu beldad rendido,
mi triste prometida, ven callada,
como sueles venir en la saeta!"

Y cuando añorando pasadas glorias de la literatura española, el fácil rimador la emprende con la castiza forma del romance, nos deja, a la manera de los trovadores antiguos, formas bellísimas de esa clase de composiciones, en las que no sabe uno si admirar más la difícil facilidad de la versificación o la acertada elección del tema. En *Gil Pérez* recuerda con beneplácito al Duque de Rivas; gústase el sabor netamente español en ese canto:

"No lejos de Valdemosa
en lo alto de una montaña,
se eleva feudal castillo
de la llanura atalaya;
sobre la ferrada puerta
que al patio de honor da entrada,
tallado en la piedra dura
se mira un escudo de armas,
que a los viajeros indica,
ser el castillo morada
del Conde Fernán Togores,
señor de aquella comarca.
......"

Y el cuadro complementario de la gente de armas, que como corolario surge del anterior esbozo:

"De pronto se alza el rastrillo
y por la puerta almenada,
al eco de las trompetas
que tocan marcial sonata,
de dos en dos y en corceles
que el freno indómitos tascan
aparecen cien jinetes
cubiertos de acero y mallas;
....."

Y prosigue el lector entusiasmado con tanta veracidad y galanura; contempla la esperada batalla entre cristianos e infieles y surge el grito de guerra:

"¡Adelante mi mesnada
que no morir es deshonra!
.....

y los fieros lidiadores
con la vista se devoran;
ya se cruzan los mandobles
con las cimitarras moras,
ya los guerreros corceles
con rudo empuje se chocan;
ya las mazas y las picas
no permanecen ociosas,
ya se alza la Media-Luna
frente a la Cruz redentora;
ya vuelan en mil pedazos
cimeras, petos y golas,
alquiceles y turbantes,
adargas, plumas y cotas;
....."

Y la leyenda se viste también con la pluma de nuestro poeta y surge bella *Una venganza sacrílega:*

"Entre las quiebras de enriscados montes
y la extensa llanura dominando,
su majestuosa fábrica levanta
ojival y vetusto monasterio;
las mil agujas de sus altas bóvedas,
con sus aéreos ángeles, parecen
los cielos escalar, cual la soberbia
mente del hombre, cuando en loco anhelo,
rauda como las águilas que surcan
la región de las nubes y del rayo,
en su vano saber tiende las alas
y sondear intenta el hondo, eterno
e insondable arcano de la vida.
......"

Y en delicada pero atrevida forma delinea en unos cuantos versos, el drama sangriento que en el alma de Rodrigo de Albornoz se incubaba, en espera de ocasión propicia para vengar la muerte de su padre:

"—¡Venid! Dijo el romero, en pasmosa
y terrible frialdad que daba espanto.
Acercóse el Abad: bañó la lámpara
su marchitada y amarilla frente,
su negra barba y sus ardientes ojos,
de la edad juvenil últimos restos.
Y sin mirar al penitente un punto,
atónito quedó, cual si una idea
por su mente pasara aterradora.
—¡Señor de Valdemar, en esta tumba
duerme don Nuño de Albornoz, mi padre;
mírame bien y tiembla... Soy Rodrigo!

—¡Y bien!, el monje dijo: —En noche lóbrega
en tu mansión feudal tras alto muro,
sin testigo y con dolo, a puñaladas
muerte le diste tú... ¡cuentas te pido!
Señor de Valdemar, llegó tu hora,
Dios tus años contó y han terminado...
¡Pide perdón de tan inmensa culpa!"

Asomemos nuestra curiosidad a las páginas en que el poeta penetró en la filosofía de la vida; veamos con qué sagacidad va a enseñarnos el panorama humano; va a deleitarnos con sencillo diálogo entre un humilde y bondadoso cura de pueblo y una inocente niña que no conoce aún los sinsabores de la vida.

Con qué facilidad y galanura va pintando el ambiente en el que se desarrolla la tragedia. ¡Qué manera tan sutil de plantear problemas de actualidad, en los que chocan y contrastan las desigualdades de las gentes. ¡Qué exactitud en la descripción de la naturaleza y qué atingencia para aplicar el epíteto adecuado en el cuadro descriptivo o en el carácter humano que se estudia: el sabio y condescendiente sacerdote y la huérfana inquisidora y coquetuela! *En el Jardín* es delicado poema que tiene semejanzas con los del autor de las dolorosas, y cuya paternidad habría envidiado el mismo Campoamor:

"El, cariñoso, pensativo y grave;
ella con seductora ligereza;
¡ella empieza a vivir y nada sabe
él sabe todo y a olvidarlo empieza!
.....
Por las llanuras y en las verdes lomas
blanqueaba risueño caserío
como nívea bandada de palomas
posadas en las márgenes del río".

Y la brisa que acariciaba aquel rincón,

"cruzaba el valle deshojando rosas,
repitiendo en las cañas rumorosas
el plácido gemir de la arboleda.
Seguida del pastor la grey balante
bajaba en busca del redil vecino,
y atrevida y tenaz el ave errante
atajaba al viandante,
revolando a la vera del camino".

¡Qué deliciosa descripción bucólica la anterior! ¡Con qué maestría pinta en unas cuantas líneas el encanto rural de esa acuarela! Con cuánta atingencia agrega en él, como un gemido, dos renglones pequeños que son toda una tragedia:

"Y el campanil del rústico santuario
con plañidera voz tocaba a muerto".

Y el diálogo entre el "dulce y afable y bondadoso cura", que se olvida de su libro para escuchar el "charlar de la chicuela", se entabla con naturalidad y encantadora ingenuidad y belleza:

"Procura ser afable —le decía—;
dentro de poco vestirás de largo...
¿Ríes? Pues hazte cargo
de que tienes trece años, ¡hija mía!"
.....

"Me aborrecen, me tratan de tal modo
que es mi vida una vida de amargura...
ya no puedo sufrirla, señor Cura:
¡que me llaman urraca por apodo!
¡aquello es un suplicio continuado..!
¡Es imposible ya vivir tranquila!"
El santo sacerdote acongojado,
abrazaba, llorando, a su pupila.
....."

Pero el consuelo llega en cadenciosa rima, impregnado de sabiduría; de honda sabiduría que tiene la belleza de un madrigal al descubrir la obra grandiosa de la naturaleza:

"—Ven conmigo y no llores...
Dios a todo pesar brinda consuelo...
.....

El sosiega la furia de los mares,
la leve bruma del torrente irisa,
y hace cantar a la nocturna brisa
un idilio de amor en los palmares.

El cuida de la endeble trepadora
que al viejo tronco del saúz se agarra,
da luz a la lucerna voladora,
miel a la abeja y canto a la cigarra.

Grana a la mies que en el feraz plantío
en olas de oro se revuelve inquieta,
desata el arroyuelo para el río,
y corona la mística violeta
con brillante diadema de rocío".

Y en la orilla de la fuente contemplan, abstraídos en sus pensamientos:

"Junto al raudal que le besaba al paso,
soberbio de su agreste gallardía,
un lirio de los valles entreabría
su corola magnífica de raso".

Ya os habréis podido dar cuenta del derecho que tiene Delgado para ser considerado altísimo poeta; y vamos solamente a agregar otra cualidad de la que no he hecho mención, no obstante haberla prodigado en los trozos de poemas que han ilustrado estas líneas; cualidad

que acrecienta, con mayor donosura y acierto, los méritos que justifican su envidiable lugar en el Parnaso Mexicano; refiérome a su facultad descriptiva, y a su peculiar y elegante manera de manejar el epíteto; aciertos en los que solamente otro príncipe de la poesía veracruzana puede aventajarle, nuestro siempre llorado maestro y amigo, Salvador Díaz Mirón.

Contemplando durante toda su vida aquel rincón privilegiado del Estado de Veracruz, en el que Natura derramó toda la riqueza de colorido de la paleta tropical, en donde los elementos del paisaje son himno continuo que el escritor supo captar y convertir en cuadros de señorial majestad, para engarzarlos, las más de las veces, en sólo catorce renglones cortos, como son sus bellísimos sonetos de los alrededores de Orizaba, Rafael Delgado tuvo en el paisaje del terruño ejemplos vívidos de bellos panoramas y cadencias de música celestial.

Y el poeta cantó y, a la manera de Manuel José Othón, vistió las galas del ático decir y ofrendó delicados poemas que son ejemplo de acertada descripción y de musical euritmia.

¡Qué cuadros tan vivos y tan perennes los que podemos contemplar cuando a la Naturaleza se acerca! ¡Cómo crecen a nuestros ojos las bellezas del paisaje orizabeño! Y cómo se ajustan a la verdad cuando miramos con los ojos del poeta, aquel otro rinconcito tan amado por quienes abrevamos en la rumorosa linfa del Sedeño, cabe las faldas del Macuiltepetl. Preciosísima composición en la que no sabe uno qué admirar más, si la exacta aplicación del adjetivo, si la armoniosa composición de la frase, si la musical acentuación de los renglones:

"Vellón de armiño donde amor anida,
cesta de lises, columbina pluma,
en el collado tu beldad se esfuma
mientras menos visible más querida.

De níveo raso y de crespón vestida
—velo nupcial a tu esplendor de bruma—

eres flor de la niebla, flor de espuma,
por el viento del trópico mecida.

Brillas en la serena lontananza
con prestigiosa irradiación suprema,
de fuegos en manífico derroche;

y —saga de ilusiones y añoranzas—
pareces en la sombra una diadema
caída de la frente de la noche".

Quien haya contemplado a la Sultana del Macuiltepetl desde la cima de éste, no podrá pedir mayor exactitud de la que Delgado dió en su soneto, ni podrá encontrar una más elegante y sencilla manera de decirlo que la usada por el poeta.

Para los que vivimos nuestros mozos años en aquel vergel de ensueño y que dejamos prendidos pedazos del corazón en aquella inolvidable ciudad, cuánta verdad encontramos en la grácil expresión "mientras menos visible, más querida". Y cuando el viento húmedo azota sobre las faldas del Nauhcampatépetl, para reflejarse en él y romper en cendales de niebla sobre la ciudad, qué acertados nos parecen los calificativos del cordobés:

"...flor de la niebla, flor de espuma,
por el viento del trópico mecida..."

Retornemos a las tierras de Pluviosilla, donde hemos de pasear del brazo del panida y guiados por él recorramos sus alrededores; pero hagámoslo de verdad; visitemos todos los rincones del solar vernáculo, para comprender y gozar las exactas descripciones y los atinados calificativos.

Recordemos todos y cada uno de los rincones provincianos que Delgado inmortalizó en sus bellas miniaturas, en ese conjunto de sonetos que son continuación de la obra de Pesado y que la gracia de un editor me permitió publicar en pequeño pero bello librito, hace trece años.

Volad con vuestra imaginación hacia aquellos lugares conocidos y si no los conocéis imagináoslos, que la gallardía del verso os va a dar exacta visión de sus bellezas.

Quién no recuerda *El Río de Tlilapan,* que tras de atravesar la vega con apresuramiento inusitado, se remansa después y en la tranquilidad de su quietud rompe el hechizo de su espejo con la graciosa silueta de la elegante garza enmarcada en el boceto campesino:

"Al salir de la gruta, alegre coro
de arroyos mil en el tular congrega,
y desciende veloz hacia la vega
que otoño esmalta con estrellas de oro.

De opulenta heredad gala y tesoro
el cercano confín al paso riega,
en amplia curva su caudal sosiega
ancho y azul, magnífico y sonoro.

Ni ardiente abril, ni sequedad estiva
su cauce estrecha, ni estación pluviosa
enturbia su corriente fugitiva.

¡Cuán feliz en su margen pantanosa
la garza solitaria y pensativa
vive, a la sombra del saúz, dichosa!

Y cuando corriendo sobre la carretera modernizada nos desviamos de ella para contemplar las fuentes cristalinas de *Ojo de Agua,* antójasenos que la visión no ha cambiado y que los años no han llevado a ese lugar mutación de importancia.

Con qué languidez sentimos la calma que la sombra de los árboles proporcionan a la fuente de agua y soñamos, adormecidos, a la margen de su corriente leda, límpida y mansa.

"Circuída de glaucos carrizales
a la sombra de lánguida sauceda,

límpida y mansa tu corriente leda
desata silenciosa sus raudales.

Qué muelles en tu margen los gramales,
qué vívida y fecunda tu arboleda,
y qué sonora la joyante seda
del suntuoso brial de tus maizales.

En el retiro que el amor convida,
¡qué gratos el ensueño y el reposo
al borde de tu linfa adormecida,

cuando en los picos de tu monte umbroso
rasga la tarde —de carmín vestida—
la fimbria de su peplo luminoso!"

Y encaminemos ahora nuestros pasos hacia *Zoquitlán Viejo* y sintiendo con el poeta sus secretos morales, que ansían la paz para su alma dolorida, acompañémosle para ver cómo

"Brotas callada al pie de la vertiente
que, a par del pino, el plátano sombrea,
y ova crinada y bogadora ondea
en tu cauce de arena reluciente.

¡Qué tranquila que duerme en tu corriente
nítida y misteriosa la ninfea!
¡Cómo mienten las brisas en la enea
eco de aplausos y rumor de gente!

Si concediera a mi rogar el cielo
la paz que mi alma en su dolor ansía,
dichoso, sin memoria ni recelo,

a tu retiro, en venturoso día,
errante cisne de cansado vuelo,
entre tus cañas a morar vendría".

Y en aquel bello soneto que dedica a otro poeta veracruzano, *Ricardo Domínguez,* monta un hermoso pensamiento que como piedra preciosa luce todas sus galas y brinda matices insospechados al beso de los rayos de luz. Qué ejemplo de dignidad se yergue en la sencilla comparación que establece el poeta:

"Viajador fatigado que rendía
su jornada, tocando la llanura,
oyó al zentzontli en la hondonada oscura
preludiar su amorosa melodía.

Deslumbrante la luna aparecía...
y al borde de su nido en la espesura,
cantó la luz, la calma, la frescura,
y la vega su canto repetía.

En la mañana el triste peregrino
prosiguió su sendero de dolores
resignado a la ley de su destino.

Asordaban el valle cazadores,
y al trovador halló junto al camino
exangüe y aleteando entre las flores".

Y apresuremos el recorrido, ansiosos de contemplar el Albano, que alejándose de Nuestra Señora de los Puentes, corre presuroso sin importarle vegas, abismos y cañadas, para romperse en encaje irisado al saltar "al abismo en borbotones":

"Cuelga sobre tu lecho, turbio río,
sus guirnaldas la muelle trepadora,
y estridente cigarra zumbadora
alegra tus riberas en estío.

Aquí te duermes en remanso umbrío
que abril perenne placentero enflora,

allí rompes tu linfa voladora,
por entre recio carrizal bravío.

Opreso por altísimos peñones
sesgas allá tu gárrula corriente
que remontan voraces los alciones,
y el iris brota de tu espuma hirviente,
y saltas al abismo en borbotones
grande y sublime y como el mar rugiente.

¡Qué menos se puede esperar de la paleta polícroma de este pintor regional! Cuántas veces en místico recogimiento hemos contemplado desde la planicie de la cumbre que es parte en oprimir la "gárrula corriente", cómo de la tranquilidad en que se duerme "en remanso umbrío" va a romperse en recio carrizal y a desflecarse en iris cuando salta "al abismo en borbotones, grande y sublime y, como el mar, rugiente". ¡Quién no recuerda que antes de brincar en *"Barrio Nuevo"*, el mismo Albano que ha cruzado "la feraz pradera", con orgullo y siempre murmurador,

"Sonante y espumoso e irisado
al paso se le junta turbulento
caudaloso torrente desbordado,

dobla el cantil, encréspase violento
y rueda a lo profundo despeñado
con sus fragores atronando el viento".

Habéis podido comprobar y en demasía, cuán galana es la frase del poeta cuando cadenciosa muestra en cada epíteto una acertada elección. No es palabra que agrega un matiz al sustantivo y encaja la armonía de la cadencia. Es la precisa calificación que al par que engalana suple a extensa y amplia locución que redondea la idea: "A la sombra de lánguida sauceda". Dejad aparte el ritmo de la frase, la elegancia en la dicción; repetidla varias veces y es seguro que sen-

tiréis en vosotros mismos, una ansiedad infinita de guareceros en la sombra, porque el calor agobiante y que sofoca, lánguidamente os va incitando al sueño placentero que restaura.

Estudiad y seguid al río Blanco por entre los sonetos de Delgado y gozaréis la propiedad y exactitud con que el poeta os va mostrando cronológicamente su travesía: aquí "desata silencioso sus raudales"; allá "dobla el cantil, encréspase violento", y "rueda a lo profundo", después de haber atravesado "manso y murmurador", "ronco y feroz, sonante y espumoso e irisado"; allá se duerme en "remanso umbrío" y se rompe después "por entre recio carrizal bravío".

Qué sencillez, pero qué munificencia engarzó el poeta en su soneto dedicado *a la memoria de Josefa Murillo,* la delicada poetisa tlacotalpeña; en el que al referirse a sus estrofas dice:

"Vívida y áurea y grácil mariposa
rica en juegos y luces y colores,
émula de las aves y las flores,
voló tu estrofa leda y querellosa".

Y en la obra que por su seriedad y amplitud ratifica nuestro criterio sobre el poeta, *Palmas,* resurge el epíteto en magistral colocación:

Llanuras de esmeralda;
gentiles y gigantes cocoteros;
muelles nelumbios de marfil y gualda,
que indolentes dormís en los esteros;
cinta errátil de plumas voladoras,
que hacia la costa en caprichoso giro,
bogas por los espacios de zafiro,
robando su carmín a las auroras;
brisa que entre las frondas susurrantes
columpias nidos y deshojas flores;
que, del alba a los pálidos fulgores,
la sabana salpicas de diamantes;
espeso bosque, caserío agreste,

frágil barquilla, musicales palmas,
vago reflejo de la luz celeste,
templo... faro de amor para las almas;
bandada silenciosa
de blancas alas, que al nacer la luna,
bajas del cielo en ronda misteriosa
al sereno cristal de la laguna.
¿Dó está vuestro cantor?.. Pasó, cual pasa
por vuestra selva, errante peregrino,
—de la mañana entre el cendal de gasa—
rumbo a la mar, el pájaro marino.
.....

Declina el sol; tras el nevado monte,
Venus descubre su fanal de plata,
y la tarde, ganando el horizonte,
recoge ya sus velos de escarlata.
Aun alumbra el vetusto campanario
y derrama centellas en el río...
¡ya se pierde el agreste caserío
en la sombra del bosque solitario!
Enciende sus hogares la alquería,
sus luces el cocuyo... soberana
reina la noche, y a la turba pía
convida a orar en santa melodía
con devoto tañido la campana.
Duerme el viento y acalla la llanura
su triste voz... ¡Estrellas a millares!
¡Cómo brilla en el polo Cinosura!
¡Cómo cintila en Escorpión Antares!
Así de las tinieblas del olvido
al grandioso proscenio de la historia
vuelve el poeta de laurel ceñido,
bañado en los fulgores de la gloria".

Y dado que por vosotros mismos habéis podido comprobar la veracidad de lo asentado, ejemplificado ampliamente con las citas que se han hecho; entendido que pudisteis contemplar en la exposición que de sus cuadros he presentado —exposición en la que encontrasteis la trova discreta y minúscula y la oda de alta y grande envergadura—, la acuarela modesta y el óleo imponente que enmarcaron cuadros maestros y auténticos de la feraz tierra veracruzana; porque en la rima recogisteis la galana frase y el acertado calificativo que es muestra de riqueza, no podréis negar al dilecto amigo, el inconmensurable Maestro, al castizo prosista de Pluviosilla y Villaverde, el título merecido de Aedo insigne.

FRANCISCO R. VARGAS

Poesías

A Río Blanco

(En el Salto de Tuxpango)

A mis buenos amigos los Sres. D. Francisco de Muñoz y D. Manuel Blanco.

CUELGA sobre tu lecho, turbio río,
sus guirnaldas la muelle trepadora,
y estridente cigarra zumbadora
alegra tus riberas en Estío.

Aquí te aduermes en remanso umbrío
que Abril perenne placentero enflora,
allí rompes tu linfa voladora
por entre recio carrizal bravío.

Opreso por altísimos peñones
sesgas allá tu gárrula corriente
que remontan voraces los alciones,

y el iris brota de tu espuma hirviente,
y saltas al abismo en borbotones,
grande y sublime y como el mar rugiente.

1886.

En las Montañas de Tlilapan

A Gracián Mena.

TODO lo enerva la pesada siesta;
en el maizal el céfiro reposa;
y busca la cerúlea mariposa
el húmedo frescor de la floresta.

Al terminar la campesina fiesta,
que en contorno cien pueblos alboroza,
en pintoresca procesión piadosa
sube la gente la empinada cuesta.

Cesa el petardo de atronar el viento,
acalla el campanario su alegría
en el fondo del valle soñoliento,

y repitiendo va la serranía
el son del tamboril pausado y lento,
y el llorar de la triste chirimía.

1886.

Ojo Zarco

A la memoria de Pesado.

UN tiempo aquí, bajo el pinar añoso
que fecundas con plácida corriente,
de altísimo poeta, clara fuente,
resonaba el acento deleitoso.

Hoy nada más en tu retiro umbroso
y entre los surcos del maizal crujiente,
arrulla triste la torcaz doliente,
chilla en las cañas el gorrión medroso.

Rápidos vientos, al mediar el día,
mecen tus ahuehuetes colosales
con música de leda melodía,

y al sonoro correr de tus raudales
parece que repiten todavía,
de tu cantor los versos inmortales.

El Salto de Barrio-Nuevo

A mi buen amigo AGUSTÍN PORTAS A.

CRUZA el Albano la feraz pradera,
gala de las dehesas y plantíos,
manso y murmurador en los planíos,
ronco y feroz en quiebras y ladera;

pompa genial de alegre primavera
prodiga entre los álamos sombríos
que al aire dan en deltas y bajíos
las crenchas de tu parda cabellera.

Sonante y espumoso e irisado
al paso se le junta turbulento
caudaloso torrente desbordado,

dobla el cantil, encréspase violento,
y rueda a lo profundo despeñado
con sus fragores atronando el viento.

La Fuente de Zoquitlán Viejo

BROTAS callada al pie de la vertiente
que a par del pino el plátano sombrea,
y ova crinada y bogadora ondea
en tu cauce de arena reluciente.

¡Qué tranquila que duerme en tu corriente
nítida y misteriosa la ninfea!
¡Cómo mienten las brisas en la enea
eco de aplausos y rumor de gente!

Si concediera a mi rogar el cielo
la paz que mi alma en su dolor ansía,
dichoso, sin memoria ni recelo,

a tu retiro, en venturoso día,
errante cisne de cansado vuelo,
entre tus cañas a morar vendría.

El Río de Tlilapan

AL salir de la gruta, alegre coro
de arroyos mil en el tular congrega,
y desciende veloz hacia la vega
que otoño esmalta con estrellas de oro.

De opulenta heredad gala y tesoro
el cercano confín al paso riega,
y en amplia curva su caudal sosiega
ancho y azul, magnífico y sonoro.

Ni ardiente abril, ni sequedad estiva
su cauce estrechan, ni estación pluviosa
enturbia su corriente fugitiva.

¡Cuán feliz en su margen pantanosa
la garza solitaria y pensativa
vive a la sombra del saúz dichosa!

La Cruz de Hierro

(En la Cima del Borrego)

"¡ENSEÑA de perdón, cruz protectora,
sobre campos de muerte levantada,
de una vida inmortal prenda sagrada,
álzate de los siglos vencedora!"

Si eres de la tormenta destructora
y del fuego celeste respetada,
¿seráslo acaso de la turba airada
que niega a Cristo y su bondad no implora?

Así depuesto el victorioso acero,
al enclavarte con piadosa mano,
supo pedirle a Dios soldado austero,

y aquí serás contra el orgullo humano,
signo de eterna paz para el guerrero,
de eterna salvación para el cristiano.

La Ceiba

(En el Camino de Nogales)

A Juan B. Delgado.

¡CUÁN próvida, a la vera del camino
de opulento follaje coronada,
grato frescor y sombra deseada
brinda tu regia copa al peregrino!

Perdure tu benéfico destino
luengos años —honor de la cañada—
y del hombre y del cielo respetada,
vence la gloria del excelso pino.

A tu alcázar de frondas, lisonjeros,
traigan de abril los vientos gemidores
oropéndolas, mirlos y jilgueros;

y de brumoso invierno en los rigores,
a tus frutos de púrpura postreros
orquídea montaraz junte sus flores.

Escamela

(Lluvia Otoñal)

A Juan B. Delgado.

I

ESPLENDE Ocaso en púrpura radiante,
incendia el sol pradera y caserío,
y en el césped cuajado de rocío
es cada gota trémulo diamante.

Raudo, a través del cafetal sonante
huye el turbión con ímpetu bravío,
y en los cantiles, desbordado el río,
se despeña rugiente, amenazante.

En los espinos pródigos de aroma,
querellosa la tórtola zurea,
iris risueña en el Oriente asoma,

céfiro blando la campiña orea,
y, airón gentil de la cercana loma,
el bambú sus penachos balancea!

Ojo de Agua

II

CIRCUIDA de glaucos carrizales,
a la sombra de lánguida sauceda,
límpida y mansa tu corriente leda
desata silenciosa sus raudales.

¡Qué muelles en tu margen los gramales,
qué vívida y fecunda tu arboleda,
y qué sonora la joyante seda
del suntuoso brïal de tus maizales!

En el retiro que al amor convida,
qué gratos el ensueño y el reposo
al borde de tu linfa adormecida,

cuando en los picos de tu monte umbroso
rasga la tarde —de carmín vestida—
la fimbria de su peplo luminoso.

1903.

Ocaso

ROJO declina caluroso día:
llanos y bosques tíñense de grana,
y de la costa en la extensión lejana
semeja el mar candente argentería.

Hacia los lagos por la selva umbría
la turba acuátil la ribera gana,
mientras en grave acento la campana
llora a los muertos quejumbrosa y pía.

¡Oh voz de los que fueron! Para el alma
eres reclamo y bienhechor consuelo
que del dolor las tempestades calma...

¡Cómo despiertas misterioso anhelo!
¡Cómo prometes victoriosa palma
y eterna luz, hablándonos del Cielo!

Pluviosilla, a 24 de agosto de 1900.

Crepúsculo

CON tristezas de muerte corre la tarde;
friolento vientecillo sopla en la vega,
y en el ponto cerúleo rauda navega
nube que hace de remos pródigo alarde.

El sol tras los picachos huye cobarde
—náufrago que sucumbe y en vano brega—,
y en la sombra que montes y valle anega
con tremular de cirio fulgura y arde.

En el saúz plorante la brisa juega.
De piedad y consuelos haciendo alarde,
el campanil distante solloza y ruega.

Melancólico Vésper apenas arde...
Con tristezas de muerte corre la tarde,
con mortales tristezas la noche llega.

Río Blanco, 20 de diciembre de 1904.

Canciones

XII

DICEN que es vana, altiva, caprichosa,
que busca de las fiestas el estruendo
para hacer palpitar su pecho helado,
desierto altar del dios del sentimiento.
¡Envidia!... ¡Ligereza!...¡Si supieran
cuánta ternura duerme en ese pecho,
en espera de una alma soñadora
que la despierte del profundo sueño!

XIII

Te amé, me amaste tú, con fuego intenso
nos amamos los dos,
teniendo a cada sol, a cada aurora
una nueva ilusión.
Un extranjero la nupcial corona
a tu frente ciñó!
Y ornada con el velo de las vírgenes
¡Sacrílega irrisión!
ante el altar de Dios, en cambio de oro,
juraste eterno amor:
hoy pasas a mi lado indiferente,
¿feliz?... ¿dichosa?... ¡No!

No se puede comprar con la riqueza
la paz del corazón.
Cuando a mi lado cruzas, deslumbrante,
me miras con horror,
y un insulto se agita en esos labios
que mi labio estrechó.
¿Qué crimen cometí para que guardes
así tanto rencor?
—¡Hacer sentir a tu alma de demonio
los goces del amor!—

XIV

Bajo la nave de arruinado templo
vagaba yo con ella cierto día...
¡*Ella* a quien tanto amé! ¡que me amó tanto!
¡*Ella* que dió a mis manos una lira!
Veíamos con tristeza aquellos muros
donde su inspiración grabó el artista;
los atrevidos arcos de la yedra
sus floridos festones descogía.

Nunca las santas preces del creyente
a llenar el recinto volverían,
ni a detener sus nubes el incienso
ante el cristal de la calada ojiva!
Al dejar el santuario, el postrer rayo
del sol, que iluminaba la colina,
la frente iluminó de aquella joven
que fue en un tiempo el sueño de mi vida.
La vi tan bella!... Palpitó mi pecho
con el amor de los pasados días!...
Quise hablarle de amor! mas tristemente,
sintiendo humedecerse mi pupila,
dije quedo, muy quedo: ¡"Nunca! ¡Nunca!
También mi corazón es una ruina!"

No me Niegues tu Amor

BIEN sabes, amor mío, cuánto te adoro,
que es tu amor mi ilusión y mi esperanza,
que por verte feliz daría contento
todo lo que ama con pasión el alma.

Sí, tú sabes muy bien que eres mi sueño,
que la vida me das con tus miradas;
y no obstante, mil veces me las niegas
y crudamente el pecho me desgarras.

¿Por qué así me atormentas, por qué quieres
hacerme padecer, prenda del alma?
di, ¿por qué tus miradas apacibles
así niegas a mi alma apasionada?

¿No te basta ser dueña de mi vida
y tener en tus manos mi esperanza,
y saber que de ti, casta paloma,
depende mi ventura o mi desgracia?

¡Ah! tú sabes también que te idolatro,
y que es mi luz la luz de tu mirada,
y un destello divino de ventura,
la leve huella de tu leve planta.

Sí, tú me has de querer, has de quererme
cuando mires que te amo con el alma,
que quisiera ser Dios, para adorarte,
como un Dios a otro Dios, tierno, adorara.

. . . . .

Sí, tú has de ser mi guía, mi sombra misma,
mi arcángel tutelar, mi ser, mi alma,
ángel que ría mirando que yo río
y al mirarme llorar seque mis lágrimas.

. . . . .
. . . . .

No me niegues tu amor, niña querida,
no me niegues tu amor, porque me matas.
Tu amor, bien de mi vida, no me niegues
como sueles negarme tus miradas.

Junio 12 de 1872.

Presentimientos

YA el Otoño llegó... densa neblina
envuelve el prado, el valle y la colina
como blanco crespón...
Lánguidas y sin vida caen las cañas,
lanza el viento en las verdes espadañas
gemidos de dolor.

El árbol se despoja de sus hojas,
no se ven en el cielo nubes rojas,
nieblas, sombras nomás.
Presuroso el alción en raudo vuelo
se dirige cruzando el ancho cielo
en dirección al mar.

Y al expirar el sol, la última brisa
hace temblar la hoja que indecisa
mañana ha de caer,
y el viento de la noche con sus alas,
despojará de sus brillantes galas
el bosque y el verjel.

Moribunda la flor pliega su broche,
tal vez expirará cuando la noche
extienda su capuz,
y en su seno que aromas atesora,
ya no caerá el rocío, ni de otra aurora
le alumbrará la luz.

¿A dónde van las nieblas que ligeras
de los montes se alejan pasajeras?...
¿A dónde, a dónde van?...
¿A dónde va la flor pálida y rota,
que en su furor el aquilón azota,
a dónde, a dónde va?...

¿Dónde los restos de la erguida caña,
irán? ¿al monte, al valle, a la montaña
o al turbulento mar?
Ayer junto a la fuente do crecía
del céfiro a los besos se mecía.
¿Ahora a dónde está?

El alígero alción y la gaviota,
huyen hacia la mar y en playa ignota
van acaso a morir,
abandonan sus hijos y sus nidos;
oíd, oíd los tétricos gemidos
que lanzan al partir.

Son los gemidos ¡ay! de un alma herida.
¡Desgraciado de aquel que ve perdida
la paz del corazón!
¡Ay de aquel a quien rudas decepciones
robaron las más bellas ilusiones
de su primer amor!

¿A dónde va la flor, dónde la brisa,
y el ave, y la hoja que indecisa
va del monte al vergel?...
No lo saben, ignoran su camino.
¿Sabéis dónde las lleva su destino?
A la nada tal vez...

Todo pasa o se va, todo termina,
hacia la tumba todo se encamina
como el arroyo al mar.
Así como las lágrimas al suelo,
como el perfume de la flor al cielo
y el alma... *más allá.*

¡Ay! mañana tal vez, yo que amo tanto
veré trocado mi placer en llanto
y mi dicha en dolor...
Hoy miro la ventura en lontananza,
tal vez mañana pierda la esperanza
que alienta el corazón.

Y morirán mis bellas ilusiones
como al soplo de rudos aquilones
las flores del Abril.
Y por la mar inquieta de la vida
mi nave sin piloto irá perdida:
¡Qué oscuro porvenir!

Y las flores de mi alma tan divinas
morirán y tan sólo las espinas
guardará el corazón.
Y vagaré llorando por el mundo,
sin encontrar en mi penar profundo
alivio a mi dolor.

.....

.....

Huíd, negras visiones del alma acongojada,
no así turbéis la dicha del mísero mortal;
huíd, presentimientos de mi alma enamorada,
que allí entre aquellas flores vi el rostro de mi amada
y el viento me ha traído su voz angelical.

Noviembre 3 de 1872.

Composición

TU el arcángel de paz, tú que presides
las fiestas del hogar y que derramas
el gozo y el contento en la familia,
dame la inspiración, cubre mi frente
con tus alas tan blancas como armiño
y mi canto será tan dulce y tierno
como el beso materno
en la frente purísima del niño.
Dame la inspiración para que cante
esta niñez tan bella y tan querida,
este blando arrebol que en lontananza
anuncia esplendoroso
su alborada de una era bendecida,
la salida del sol de la Esperanza.

Yo el poeta seré que entusiasmado
celebre esa niñez cándida y pura,
delicias del hogar, límpido lago
de linfas puras, y dormidas olas
que es el prado cubierto de amapolas
que acarician las auras con halago.

Mirad esa niñez: ella en un día
dejando triste el maternal regazo
marcha temblando con incauto paso
por la espinosa senda
que al templo de las ciencias conducía.
Dejó los dulces juegos de la infancia,
en su frente llevando aún impresos
de una madre adorada y bendecida
los celestiales, sacrosantos besos;
dejó volar tranquila en la pradera
la fugaz y pintada mariposa,
por ir tras la esperanza lisonjera
de cortar del saber, junto a la fuente,
un laurel que ciñera
esa frente tan pura y tan hermosa.

Mirad esa niñez, ved esa turba
de niños, que contenta y bulliciosa
viene ahora, gozosa,
a recibir el premio merecido
por su dedicación y su talento.
Hoy es tórtola tímida y medrosa
que apenas quiere levantar el vuelo,
pero mañana fuerte y poderosa,
como águila caudal subirá al cielo
e irá a perderse rauda en el espacio
entre nubes de gualda y de topacio.

Hoy su adorada y cariñosa madre
le ha dicho con tierno y dulce acento:
"Vé, hijo de mi amor; vé, mi lucero,
a recibir tu premio, yo te espero".
Y el niño volverá amante y tierno
al doméstico hogar, y de rodillas
ante su casta y amorosa madre,

de quien es el placer y las delicias,
recibirá entre besos y caricias
la bendición sagrada de su padre.
E irá a depositar como una ofrenda
del cariño filial, esa corona
que el saber ha ceñido en su alba frente
como emblema de gloria refulgente.

También un tiempo, niños, los que ahora
premian vuestros desvelos y fatigas,
vinieron cual vosotros a este templo
a recibir el premio destinado
al genio y al talento.
También como vosotros con el pecho
henchido de esperanza y alegría,
volvieron a su hogar, y hoy son la gloria
y la esperanza de la patria mía.

Sigue, sigue, niñez, por esa senda,
donde hoy recoges los primeros lauros
aunque el camino es áspero y penoso,
sembrado está de palmas y de flores.
¡Prosigue sin cesar y así tu nombre
se escribirá en el libro de la historia;
sigue adelante, sigue, que la ciencia
te abre desde hoy las puertas de la gloria!

Enero 6 de 1873.

Lejos de Ti...

(Impromptu)

EN vano, niña, mis ojos
te buscan por donde quiera,
y el labio débil se atreve
a murmurar una queja;
que lejos de mí no escuchas
mis amorosas querellas,
ni como ayer mis miradas
con tus miradas se encuentran.
¡Cuán amargas, vida mía,
son lejos de ti las penas!
¡Cuán tristes y dolorosos
los recuerdos en la ausencia!
Ayer, todavía, a mi lado
te miraba amante y tierna,
y tus palabras dulcísimas,
y tu sonrisa halagüeña,
daban a mi alma ardorosa
alivio dulce en su penas.
Todavía siento en mis labios
tu mejilla suave y tersa,
y el eco dulce de un beso
en mis oídos resuena;
y hoy triste y acongojado
lleno de duelo y tristeza,

me hace sufrir el pasado,
el presente me atormenta,
y en el porvenir incierto
sólo veo sombras y nieblas.

Llega la noche, tendiendo
su manto sobre la tierra,
y trémulas e indecisas
van llegando las estrellas
entre las sombras buscando
cada cual su compañero;
el ave vuela a su nido
do su amante la desea;
el céfiro calla y corre
y se oculta en la arboleda,
a decir quedo, muy quedo,
su secreto a la gardenia.
Todo calla y enmudece,
el amor todo lo lleva
y si alguna voz se escucha
"Amor" repite la selva,
todo a las castas delicias
de aquesta pasión se entrega;
y sólo yo, desgraciado,
hundido en honda tristeza,
lejos del bien que idolatro,
dulce causa de mi pena,
veo deslizarse las horas
de tedio y tristeza llenas.
En vano tiendo mis ojos
que el llanto del alma quema
a mi derredor, pensando
que tú amorosa te acercas,
que oigo tu voz argentina,
y siento tus manos tersas,

que juegan con mis cabellos
cariñosas y traviesas.
Porque sólo ven mis ojos
las sombras de la arboleda,
y brillar de cuando en cuando
melancólica lucerna.
Y fatigado, abatido
por mis ansias y mis penas
busco en el inmenso cielo
nuestra estrella predilecta,
esa estrella refulgente,
a cuya luz pura y bella
he gozado, vida mía,
de tus caricias tan tiernas.
Tal vez en este momento
también tú ese astro contemplas
y por eso es más hermosa
su luz mística e inquieta,
tal vez suspiras y sufres
y en tu pobre amante piensas,
que lejos de ti no puede
decirte el mal que le aqueja.
¡Quién fuera, al menos, la nube
vaporosa y pasajera,
que blancas cintas de gasa
extenderá en tu cabeza;
para contemplarte al paso
por un momento siquiera!
Ella, alma mía, si la miras
te contará mi tristeza,
te dirá cuán dolorosas
lejos de ti son las penas
y cuán amargos y tristes
los recuerdos en la ausencia.

Córdoba, Octubre 4 de 1873.

A una Joven

(Imitación de un poeta sudamericano).

CUANDO el sol esplendoroso
tras de la montaña expira
y el arroyuelo suspira
y parece sollozar:
¡No has sentido tu pupila
por dulce llanto nublada?
"¡No te has sentido tentada
de arrodillarte y orar?"

Cuando un rumor misterioso
se alza del valle y del monte,
y su cerco el horizonte
va estrechando sin cesar;
cuando las aves viajeras
en busca de pan y abrigo
se acogen al techo amigo
de la ermita del lugar;

cuando las aguas del lago
se tiñen de oro y de rosa
y la garza presurosa,
busca su nido y su amor;

y encienden su luz incierta
en la sombra los *cocuyos,*
y en columpios y en arrullos
duerme el céfiro a la flor;

cuando al establo vecino
tornan las reses cansadas
y regresan en parvadas
las aves al palomar;
y los niños juguetones
con la dulce y tierna esposa
esperan frente a la choza
al padre que va a llegar;

cuando las galanas flores
que en las sombras de la noche
despliegan el casto broche,
se comienzan a entreabrir;
cuando la palma sus hojas
inclina lánguida al suelo
y en su perezoso vuelo
se oye la brisa gemir;

cuando como blancas perlas
de un collar despedazado,
a la falda del collado
se ven las tumbas blanquear;
y precursor de la noche
viene el astro vespertino,
y a su luz el peregrino
se detiene a descansar;

cuando el labriego dichoso
reposa ya en su cabaña,
y han cesado en la montaña
los golpes del leñador;

y como de un incensario
el humo se alza en las chozas,
y de las tempranas *rozas*
se aviva el rojo fulgor;

cuando solemne, sagrado,
como un eco misterioso,
en el santuario ruinoso
se oye el toque de oración;
y la luna, entre celajes,
asoma allá en el oriente,
y una plegaria ferviente
tiene toda la creación;

en estas horas supremas
de grata melancolía,
¿qué ha sentido, vida mía,
tu alma pura y celestial?
¿No has sentido en ese instante
de dulcísima tristeza
inclinarse tu cabeza
por una dicha ideal?

¿No has sentido ante ese cuadro
de indefinible hermosura,
de emoción y de ternura
tu corazón rebosar?
¿No has sentido tu pupila
por dulce llanto nublada?
"¿No te has sentido tentada
de arrodillarte y orar?"

Enero de 1874.

A Carolina

BENDITA, bendita seas,
niña de la frente pálida,
cuya apacible sonrisa,
cuya inocente mirada,
me hacen olvidar mis penas
y enjugar mis tristes lágrimas.
Hay en tu serena frente
yo no sé qué para mi alma,
que me recuerda un amor
candoroso de mi infancia
un amor todo ventura,
todo flores y esperanzas,
tan puro como los besos
de mi madre idolatrada.
Las flores de quince abriles
coronan tu frente blanca,
y mirando por doquiera
imágenes encantadas,
visiones color de rosa,
y cefirillos y hadas,
este mundo de amargura
pisas con incierta planta.
Dios te haga dichosa, niña,
y cuando tu pecho entreabras
a ese amor cuyos encantos
hoy te acarician y halagan,

cual yo he llorado no llores
tan tristes y amargas lágrimas.
También yo amé en otro tiempo
con todo el fuego del alma,
pero mis alegres días
pasaron ¡ay! como pasa
la sombra de la gaviota
en el espejo del agua.
Murieron mis ilusiones,
murieron mis esperanzas,
y lágrimas y días tristes
sólo dejaron a mi alma.
No, que aún me queda el recuerdo
de la mujer adorada,
porque la púdica virgen
que amé al salir de la infancia,
como las mariposillas
que de los niños escapan,
dejan sus dedos teñidos
de bermellón y de plata,
me dejó así su recuerdo
para que no la olvidara.
Bendita seas, Carolina,
conserve el cielo tus gracias,
y te dé un amor dichoso
y esperanzas realizadas.
Corre en pos de la ventura.
¡Quién sabe lo que te aguarda!
Corre mientras que yo vuelvo
y mi tristeza y mis lágrimas.

La Ultima Golondrina

Al Sr. Felipe A. Correas.

Ah! c'est triste de voir partir les hirondelles!
V. Hugo.

AVE ligera y errante
de la alegre primavera,
¿adónde tiendes el ala?
¿adónde vas?... ¿por qué dejas
este cielo tan azul,
estos valles y estas selvas?

Las flores que a tu venida
brotaron en la pradera,
sobre sus tallos marchitas
ya se doblegan enfermas,
y el viento en vez de perfumes
lleva nomás hojas secas.
¿Adónde vas, golondrina
de la alegre primavera?

Todo se viste de luto;
los sauces de la ribera
se envuelven al caer la tarde
en sus sudarios de niebla;
calla el cristalino arroyo
encanto de la floresta,
y pájaros silenciosos

de pluma pesada y negra,
vagan tristes en las ramas
de la desnuda alameda.
¿Adónde vas, golondrina
de la alegre primavera?

Vas en pos de tus hermanas,
huyendo de la tristeza,
y dejas nuestros hogares
que con tu presencia alegras.
Pronto los cierzos helados
arrancarán a la selva
la pobre hojilla que pálida
y sola en la rama tiembla.
¡Adiós, limpios horizontes!
¡Adiós, mañanas serenas!
¡Adiós, postrer golondrina
de la alegre primavera!

Vas en busca de la vida,
mientras la muerte nos cerca,
ya tus hermanas partieron,
vuela, golondrina, vuela.
Cuando la estación florida
vuelva a este valle risueña,
y tornes a ver tu nido
que frío y desierto dejas,
la campana de la ermita
adonde tu nido cuelgas,
tal vez su adiós me habrá dado
al verme dejar la tierra;
y acaso en mi tumba broten
las primeras azucenas.
¡Adiós, adiós, golondrina
de la alegre primavera!

Noviembre de 1875.

Ultimo Amor

YA no puedo callar... decirte quiero
que has despertado en mi alma dolorida
las ilusiones de la edad florida
y que te adoro y que de amor me muero.

Ultimo amor, profundo y verdadero,
que renueva en la tarde de la vida,
como espléndido sol en su caída,
fuegos y luces del albor primero.

Amor que junta en su anhelar vehemente
noble respeto y plácida confianza
con el soñar de la pasión naciente,

y que su dicha a comprender no alcanza
si logra ver en tu mirada ardiente
un rayo de ventura y esperanza.

1876.

Al Partir

JAMAS te olvidaré! Como en la nube
el rojo sol, cayendo tras el monte,
de su espléndida luz deja un reflejo,
así en las sombras de mi triste vida
queda de tu belleza soberana
misterioso fulgor y el venturoso
dulce recuerdo de tu amor primero.

¡Adiós... Cubre de rosas y de mirtos
la prora del bajel y entre cantares
de admiración y lisonjero aplauso,
cruza ese mar entumecido y fiero
que guarda las regiones encantadas
de ese mundo feliz que presentías,
y corre en pos de la ilusión risueña
que en el silencio de la insomne noche
te mostró compasiva la Esperanza.

No temas: peregrino afortunado
nunca recuerda al término del viaje,
la humilde flor que al despuntar el día,
a orillas del camino le brindaba
aroma grato, entre la hierba mustia
de la heredad segada... sí, no esperes
en el rico salón y entre los giros
de arrebatado vals que los espacios
llena de fugitivas armonías,

recordar al que tímido y dichoso
y mudo de emoción puso a tus plantas
gloria y amor. . .¡cuanto le diera el mundo!

¡A qué llorar? No mires que a mis ojos
de supremo dolor el llanto asoma. . .
Mi amor, como la rauda procelaria
que vuela fiel tras el veloz navío,
te seguirá doquier. . . ¡Ay! que te llevas
¡sueños, lauros y fe!

Como yo sabes
que es el pesar seguro mensajero
de la ventura que a nosotros vuelve,
y que las horas al pasar se llevan
hasta el mismo dolor. ¡Tal es la vida!

Torne otra vez la risa bulliciosa
al encendido querelloso labio. . .
Te espera un nuevo amor. . . Parte, no pienses
que para el alma que el dolor desgarra
como saeta emponzoñada sea.

Aquí, olvidado, en el feliz retiro
de mis montañas, y en tu amor soñando,
contigo viviré, y al fin del día,
al declinar de tarde luminosa
que en el confín lejano de los valles
finge azulado mar que riza el viento,
irá a buscarte mi alma en el postrero
rayo de luz, como si aún vivieras
para mí nada más. . . eso me basta.

Nada podrá tu olvido. Airado Noto
puede apagar la lámpara, mas nunca
extinguirá con su capuz la noche
el astro que fulgura en lo infinito.

1876.

A la Bella Señorita Susana López

Ton regard dit: Matin, et ton front dit. Printemps.
Il semble que ta main porte un lis invisible.
Don Juan te vois passer et murmure: "Impossible!"

V. Hugo.

VERSOS?... ¡ay! el alma mía
vive llena de tristeza,
sin que un astro de consuelo
ilumine sus tinieblas.
Ni un canto, ni una armonía
el arpa tiene en sus cuerdas,
sólo quejas dolorosas,
sólo suspiros le quedan.

Cuando vi desvanecerse
mis ilusiones primeras,
cambié sus gasas azules,
de dulce ilusión emblema,
por tristes velos de luto,
símbolo de la tristeza.

Y en la sombra del crepúsculo,
en la llanura desierta,
canté a la flor que se muere,
a la hoja marchita y seca,
y a la pobre golondrina
que nuestros hogares deja.

¿Cómo quieres que mi arpa,
niña candorosa y buena,
cante los tiernos placeres
de la alegre primavera?
Mas... no, secaré mi llanto,
dejaré mi noche eterna,
y sonora melodía
arrancaré de sus cuerdas.

Eres tan bella, tan pura
como el lirio de la selva,
que a los fulgores del alba
se abre derramando esencias;
en tu pudorosa frente
derrama la primavera
los colores de sus rosas,
encanto de la floresta.

Cuando pasas por el mundo,
ese mundo que me aterra,
te contemplan y te admiran,
te adoran y te respetan.
Me parece que en tus manos,
cual santo talismán llevas,
una azucena invisible,
emblema de la inocencia.

Flor que el alba tornasola
y que los céfiros besan,
ángel sin alas que el cielo
a los mortales recuerdas,
sé feliz; que la ventura
sea siempre tu compañera.

Córdoba, abril 25 de 1876.

En el Album de

Enrique Guasp de Péris

¡ARTISTA! Cuando el viajero
que deja extrañas riberas,
y a quien aguarda impaciente
en el mar nave velera,
dice adiós a sus amigos
que su partida lamentan
y a cuyo lado ha pasado
horas de ventura llenas,
suele cortar una flor
que oculta entre la maleza
ni la columpiaba el aura
ni el rocío le daba perlas;
una flor pálida, triste
sin aroma y sin esencia
que de todos olvidada
vegetaba en la pradera;
y entre las hojas del libro
de sus memorias más tiernas
como un recuerdo querido
de aquel país la conserva.

Artista, guarda esta flor
de amistad sencilla ofrenda
que en las hojas de tu libro

dejó gratitud sincera.
Ella traerá a tu memoria
nuestras vírgenes florestas,
nuestras risueñas montañas
y nuestras aguas parleras.
Ella te recuerda, artista,
que en esta bendita tierra
de sonantes platanares
y de gemidoras ceibas
hay amigos que te admiran,
y tu partida lamentan,
y al darte el último abrazo
en tu venida ya piensan.

Orizaba, septiembre de 1878.

Pálida, Deshojándose

A.....

PALIDA, deshojándose, marchita,
guardo, niña, en mi libro predilecto
aquella rosa que invisible mano
para mí desprendió de tus cabellos.

Aún conserva suavísimo perfume
de su mustia corola entre los pétalos,
que agotarlo, mi vida, no ha podido
el abrasante fuego de mis besos.

¡Te acuerdas? Deslizóse de tus trenzas
y bajó temblorosa por tu seno...
Allí tu mano sorprendióla ansiosa
para que no rodara por el suelo.

A mi ruego benigna, sonrojada,
con voz más dulce que el rumor del céfiro,
guárdala... —me dijiste— y aún escucho
el cadencioso ritmo de tu acento.

Y tu labio calló; pero tus ojos
con expresión divina me dijeron
algo que a las tinieblas de mi noche
trajo fulgores de la luz del cielo.

Algo que hizo temblar el alma mía
como al rumor de apasionado beso,
promesa cariñosa de ventura,
miel en mi cáliz de ventura lleno.

¿Cuándo el secreto que guardaste entonces
oiré feliz de tu amoroso acento?
¿Cuándo tu labio me dirá, bien mío,
lo que entonces tus ojos me dijeron?

Enero 4 de 1879.

A la Niñez

NIÑEZ, que pisas apenas
el sendero de la vida,
para ti alfombra florida
esmaltada de azucenas;
que de dulce afecto llenas
un hogar tranquilo y santo,
a ti mi acento levanto,
al son de olvidada lira,
tú eres, niñez, quien inspira
las estrofas de mi canto.

Eres, niñez inocente,
perfume, luz, armonía,
lampo rosado del día,
cristal de límpida fuente,
lirio de cáliz turgente
que acaricia el viento vago,
que con seductor halago
columpia el aura amorosa,
cuando riza caprichosa
la superficie del lago.

Es un poema tu vida!
Apenas pisas el mundo
y ya el cariño profundo

recibe tu alma adormida.
Ni un abrojo, ni una herida,
ni un solo dejo de hiel...
que por ventura, fiel,
de una madre la ternura
todo el acíbar apura
para dejarte la miel.

Naces, y luego en sus brazos
te recibe cariñosa,
para colmarte afanosa
de caricias y de abrazos,
y cual nudo de esos lazos
que no romperá el dolor,
en el nombre del Señor
pone en tu frente de armiño,
un beso que es para el niño
un sacramento de amor [1].

Y tierna, sencilla, santa,
llena de amoroso empeño,
vela amorosa tu sueño
y al pie de tu lecho canta;
cuando su acento levanta
y entona su himno sentido,
como un jilguero a su nido
baja hasta la blanca cuna
un rayo tibio de luna
que baña al niño dormido.

Es un poema tu vida!
Juguetes... dulces y flores...
y pajarillos cantores,
y una madre que te cuida;

---

[1] Lacordaire.

dél la estrofa más sentida
es la que con ritmo vario,
del hogar en el santuario,
entre besos y cariños,
cantan alegres los niños
deletreando el *silabario*.

Es el arte de la aurora
que anuncia el sol de la ciencia,
clara luz que la existencia
con sus fulgores colora,
es la antorcha brilladora
que ilumina todo el mundo,
que hace al hombre sin segundo
entre los seres creados
y por Dios privilegiados
con un cariño profundo.

Para vuestra madre amada,
niños, un triunfo es la gloria;
la página de su historia
en letras de oro trazada.
Vuestra frente sonrosada
tendrá mil besos amantes,
cuando lleguéis anhelantes
y sonrientes y ufanos,
a colocar en sus manos
vuestros laureles brillantes.

Os estrechará amorosa
con insólita alegría,
por un mundo no daría
la ventura en que rebosa,
como la aurora a la rosa

gala del prado y del río,
en su loco desvarío,
al contemplaros de hinojos,
vuestro laurel de sus ojos
bañará con el rocío.

¿Hay mayor triunfo? ¿Hay acaso
más amor y más ventura?
Ni una gota de amargura
deja este triunfo a su paso;
muere el sol en el ocaso,
y del césped en la alfombra,
cae la flor bajo su sombra
cuando el vendabal la hiere...
sólo este triunfo no muere,
florece si se le nombra.

Guarda, niñez, esas flores
que conquistara tu empeño,
dulce realidad del sueño
que te arrulló en sus albores;
de la vida a los rigores
no perderán su color,
si las consagra el amor
de una madre venerada,
que es su bendición sagrada
la bendición del señor!

Para un Album

VERSOS me pide la amistad, y creo
que son para una niña, y muy hermosa,
porque un álbum, lector, es una cosa
que no se ofrece nunca al sexo feo.

Pero lo más curioso de este caso
es que no me sospecho *quién es ella,*
y no sé si sus ojos *son de estrella,*
ni si tiene los *párpados de raso.*

Si en achaques de versos no eres ducho
me dirás que esto no es muy importante;
mas te equivocas, y sin ser un Dante,
pronto comprenderás que importa mucho.

Un álbum, a mi ver, es... un espejo
mentiroso y falaz —lo que es muy raro—
que del cariño de su dueña avaro,
adulándola vive hasta que es viejo.

Como límpido lago en la llanura
un cielo azul en su cristal retrata,
con sus celajes de arrebol y plata
y su atmósfera clara y siempre pura;
mas si en horas de sombras y de duelo

el lago copia el entoldado cielo,
el espejo —digo álbum—, complaciente,
copia siempre cabellos juveniles,
rostro risueño de catorce abriles,
ojos brillantes y serena frente.

Pero esto no es lo más... tú muy bien sabes
que todo el mundo dice que un poeta,
aunque suele cantar como las aves,
miente todos los días como escopeta...

Y como mentirosos se nos llama,
oídos dando a la embustera fama,
que sin chispa y talento
quebranta así el octavo mandamiento,
proceder procuramos con gran tino,
temiendo cometer un desatino.

Y por ver si logramos algún día
calumnia tan atroz al cabo cese,
hemos dado, lector, en la manía
de decir la verdad pese a quien pese;
y ante un busto de Homero,
formales —como nuevo diputado
al tomar posesión— hemos jurado
nunca jamás mentir —¡morir primero!—

Por eso temerosa
tiembla mi humilde pluma, y tengo miedo
que en un arranque lírico hacer puedo
la *verdad sospechosa*.

Terrible es el aprieto —¡Dios me valga!—
Del amigo cumplamos el deseo,
aunque mi rima salga
más llena de defectos que Tyrteo.

Señorita, perdón! Pienso que bella
seréis como las rosas invernales
y que envidia será de alguna estrella
la luz de vuestros ojos virginales.
Si negros los tenéis, pensad que os digo
que fuego son; si azules, que el poeta,
de la violeta pudoroso amigo,
los compara con tímida violeta.
Si verdes —con permiso de Hermosilla,
que si viviera se pondría furioso—,
llenando de papel una cuartilla
diría, cual Bécquer, en cantar donoso,
que algo tienen del álamo frondoso
donde anida inocente tortolilla.

Pensad que, a conoceros, os diría
cuanto creyera yo que os halagara,
y a la gallarda flor os comparara,
gala de la risueña pradería.

Que sois un ángel de ternura creo,
y os miro en mi entusiasmo tan hermosa
cual la mujer que adora misteriosa
en su afán imposible mi deseo.

Que es vuestra voz, la voz del arroyuelo
que quiebra en riscos su cristal sonoro;
que sois de las mujeres el modelo,
y de gracia y amor sois un tesoro.

Pensad también que con sentido acento
os diría acaso que rendida, loca,
a vuestros pies de hinojos... ¡Chitón boca!
Señorita, perdón... si digo, miento!

Enero 14 de 1880.

Una Venganza Sacrílega

Leyenda

I

ENTRE las quiebras de enriscados montes
y la extensa llanura dominando,
su majestuosa fábrica levanta
ojival y vetusto monasterio;
las mil agujas de sus altas bóvedas,
con sus aéreos ángeles, parecen
los cielos escalar, cual la soberbia
mente del hombre, cuando en loco anhelo,
rauda como las águilas que surcan
la región de las nubes y del rayo,
en su vano saber tiende las alas
y sondear intenta el hondo, eterno,
e insondable arcano de la vida.
La tempestad con ímpetu potente,
cual si Satán su soplo dirigiera,
rompió la cruz de la calada torre,
aquella cruz que al infeliz romero
por sobre el arbolado, prometía
descanso, pan y chispeante lumbre
que animara sus miembros ateridos.
El triste y amarillo jaramago,
señor de las ruinas, sus festones

Biblioteca "AMERICA" Universidad DE SANTIAGO ESPAÑA

había colgado en ojival ventana,
prendiendo sus flotantes ramilletes
en las pardas estatuas, que, cubiertas
con sus mantos de piedra, parecían
esperar sin temor al fiero embate
de los helados cierzos invernales.
¡Grandioso monumento! ¡Excelsa gloria
de aquella edad de fe! ¡Obra sublime
de portentoso artista que encerraba
en su anchuroso templo, y en sus claustros,
y en sus preciados vidrios de colores,
de las artes cristianas los prodigios!
Sagrado asilo do llegar no pueden
los rumores del mundo; donde encuentra
paz el que sufre, alivio el que padece,
pan el hambriento, el desvalido amparo,
apoyo el débil, la orfandad abrigo.
Convento solitario donde moran
santos hombres de Dios, ayer valientes
nobles guerreros de gentil figura,
terror del agareno en el combate,
encanto de la dama en el torneo,
y hoy, convertidos en humildes monjes,
desceñida la espada vencedora,
visten tosco sayal, y allí, entregados
a la oración y a las humanas ciencias,
pasan la vida para dar al mundo
tesoros de saber, grandes ejemplos
de fecunda enseñanza y de virtudes.

II

Venía la noche. En el espeso bosque
húmedo viento sacudía las frondas
con extraño rumor, en los abetos

remedando quejidos y sollozos,
y las aves del monte amedrentadas
temblaban en sus nidos; más obscuras
y más veloces de las altas cumbres
las sombras descendían; trueno distante
anunciaba a lo lejos la borrasca
y el anguloso rayo entre las nubes
la tempestad creciente descubría.
Por el estrecho atajo pedregoso
y en su muceta obscura rebozado
bajaba lentamente un peregrino.
Iba quizá camino del convento
y rumbo a Compostela. Vacilante
al través de la sombra caminaba,
ansiando por llegar a la abadía.
Rugían los vientos, retemblaba el monte
y anunciando la lluvia y la tormenta
a caer principiaron gruesas gotas.
Entre la densa sombra, más horrible
que el alma de infelice parricida,
no sabía distinguir el peregrino
un árbol de una roca, ni siquiera
dónde poner la vacilante planta.
¿Adónde ir sin rumbo? En la espesura
podía perderse... los hambrientos lobos
le asechaban tal vez... ¿qué hacer, y cómo
hallar de nuevo la extraviada vía?
Horrible trueno conmovió la selva,
hondo silencio sucedió, y oyóse
la esquila del convento que sonaba
como la campanilla del cordero
que, perdido en el bosque, busca en vano
el redil y el pastor.

Maquinalmente

alzó el romero la mojada túnica

y asió el pomo de la oculta espada,
y como gamo a quien lebrel persigue,
dió en la llanura, y en veloz carrera
al convento llegó.
Era espantosa
aquella intermitencia de los vientos
que azotaban furiosos los olivos
de la santa heredad de la abadía,
muda dejando a ratos la arboleda
con el triste silencio de las tumbas.
Jadeante llegó: compuso ansioso
la desgarrada túnica, apoyóse
de la tallada puerta en los umbrales
y el frío de aquella piedra heló su mano,
llegó a su alma y la llenó de miedo.
¡Valor! —dijo— y a tientas y sin tino
buscó la cuerda, y de pavor convulso
hizo sonar del claustro la campana.
cuyo eco clamoroso por las bóvedas
se perdió resonando.

III

Oyóse a poco
rechinar el cerrojo y entreabrirse
sin ruido la pesada celosía,
y decrépita voz dijo piadosa:
—¡Bendito sea el Señor! —¡Bendito sea!,
murmuró el peregrino, y la ancha puerta,
en sus mohosos gonces rechinando,
dió libre paso al mísero viajero.
—Avisad al Abad que un penitente
que de lejanas tierras ha venido,
no sólo pide pan, sino suplica
que le oiga en confesión en este instante.

Poco después el tenebroso claustro
cruzaban el Abad y el peregrino,
haciendo resonar con sus pisadas
las macizas paredes. Y la lluvia
azotaba con furia las vidrieras
y deshojaba en el vecino huerto
del triste otoño las postreras flores.
Estallaba en los aires el relámpago,
iluminando con su luz las blancas
y erectas esculturas de los nobles
y santos fundadores del convento,
que en dos hileras, en rasgados nichos,
o de pie en las arcadas, con la mano
en la desnuda espada, parecían
guardar aquel recinto, y con sus ojos
sin pupila y sin luz, en la penumbra
veían pasar al monje y al romero
con siniestras miradas recelosas.
Bajaron la magnífica escalera,
que iluminaba antorcha vacilante
con indecisa claridad, y luego
como unas sombras en el templo entraron.

IV

Desierta estaba la anchurosa nave,
y aún no apagado de las santas preces
el grave murmurar, del alto coro
todos los frailes sin rumor salían.
Reinaban las tinieblas soberanas,
y amarillenta luz, brillando incierta,
ante el altar del Sacramento, en vano
con las espesas sombras del recinto
luchaba sin cesar; el ronco trueno
azotaba los vidrios; el relámpago

con su cárdena luz iluminaba
las columnas, los arcos y los muros,
y a su instantáneo brillo, en los altares
y en las marmóreas tumbas parecía
que se animaban las estatuas todas.
De la cornisa en las talladas piedras,
santos, demonios, ángeles y grifos,
entre las anchas hojas del acanto
y los blasones de real linaje,
como que se movían arrebatados
en loca danza o intrincada lucha.
El ruido de los pasos en el mármol
del rico pavimento, do la planta
hacía crujir la arena que los vientos
de la montaña al templo habían traído,
erizaba el cabello, y en la mente
despertaba esas lúgubres visiones
que los delirios de la fiebre crean,
y como en ronda que el hechizo agita,
en confuso tropel pasan ansiosas
ante el enfermo que, abatido y mudo,
cierra al sopor los inyectados ojos.
—Venid, hermano..., murmuraba el fraile,
oremos al Señor. —Seguidme, hermano,
dijo el romero, y se perdió en la sombra,
arrastrando tras él al sacerdote.
En dorada capilla, y en un trono
de terciopelo azul, al fulgor tenue
de alabastrina lámpara, la dulce
madre de Dios aparecía radiante
como creciente luna en limpio cielo
tras negra noche sonrosada aurora.
Junto al altar, como la muerte lívida,
sobre marmóreo lecho reposaba
una estatua yacente; era un anciano

de pesada armadura revestido,
la diestra armada de tajante acero,
la pluma leve del arnés caída
sobre blanco almohadón, que no de piedra
sino de muelle pluma parecía.
—¡Venid! Dijo el romero con pasmosa
y terrible frialdad que daba espanto.
Acercóse el Abad: bañó la lámpara
su marchitada y amarilla frente,
su negra barba y sus ardientes ojos,
de la edad juvenil últimos restos.
Y sin mirar al penitente un punto,
atónito quedó, cual si una idea
por su mente pasara aterradora.
—Señor de Valdemar, en esta tumba
duerme don Nuño de Albornoz, mi padre;
mírame bien y tiembla... ¡Soy Rodrigo!
—¡Y bien!, el monje dijo. —En noche lóbrega,
a tu mansión feudal tras alto muro,
sin testigo y con dolo, a puñaladas
muerte le diste tú... ¡cuentas te pido!
Señor de Valdemar, llegó tu hora,
Dios tus años contó y han terminado...
¡Pide perdón de tan inmensa culpa!
—¡Perdón! ¡Perdón!, el monje murmuraba
ante el romero que impasible y mudo
desnudaba el acero. —Piensa, conde,
que violas el santuario y que los cielos
espantoso castigo te aparejan.
—Juré matarte de su tumba al lado
y de cumplirlo trato. Desde niño
mi buena madre alimentó en mi pecho
odio feroz por ti... bajo la tumba
paz no tendrá mi padre mientras viva
quien a traición, con vergonzoso insulto

viéndole desarmado le dió muerte...
Pide perdón al compasivo cielo...
¡Señor de Valdemar, reza, que aguardo!
—Yo le maté, en verdad; pero mi crimen
ha tiempo llevo ya; deja que alcance
el perdón que los cielos aún me niegan,
pues en la sombra de mi celda oscura,
en la alta noche, cuando todos duermen,
de tu padre el espectro ensangrentado
cuenta me pide de su muerte. —¡Calla!,
con voz ahogada murmuró el romero,
el Señor te castiga; él a tu culpa
concederá perdón si te arrepientes;
pero vas a morir... —Hiere; mas oye:
miente como villano quien ha dicho
que a traición le maté; murió en mi casa
y a mi mano, doncel, y sin justicia,
mas lidiando murió. —Voy a matarte
con esa espada que en pasadas guerras
fuera terror del bárbaro agareno,
con esa espada que esgrimió gloriosa
en mil y mil combates, que hoy parece
sobre su tumba misteriosa símbolo
de su esplendente gloria. Ten la mía
si quieres defenderte, que no quiero
indefenso matarte. —No te pido
perdón, pues no te temo; y si lo quieres,
al despuntar el sol, en la llanura,
de Dios en juicio lidiaré; mas piensa
que violas el santuario. En este sitio
no lidiaré jamás, ¡nunca en mis días!
No temo tu valor, ¡hiere! —Menguado,
el doncel replicó, ¿quieres matarme
como a mi padre, desarmado? ¡Nunca!
No mueras sin defensa; ten mi espada,

y cuida de tu vida. Y acercándose
a la yacente estatua, presuroso
arrancó el hierro que tenía en la diestra,
y a las plantas del monje vacilante
tiró su espada con horrible estruendo.
—Toma mi espada o morirás al punto
cual mísero lebrel; ¡lidia, cobarde!
Irguióse altivo el religioso, un rayo
en sus ojos brilló, bajó la frente,
y, dominando su impetuoso brío,
crispó las manos y le dijo: —¡Mata!
Mátame sin temor; haz lo que quieras...
Aquí no lidiaré... ¡nunca en mi vida!
Rugió el doncel y levantó la espada
cuando terrible trueno resonando
estremeció las naves. El silencio
por doquiera reinó. Oíase sólo
el aliento del joven y del fraile
que se escapaba apresurado y seco.
Como roca de lo alto desprendida
que rodando desciende, y vacilante
al borde del abismo se detiene
para caer después en lo profundo,
así el doncel detúvose un momento
y con furia satánica y rugiente
dió sobre el monje que, lanzando un grito,
cayó al instante en las marmóreas losas
bañado en sangre, exánime y sin vida.

Volvió el romero los ardientes ojos
al guerrero de piedra. —¡Padre mío,
con alegría exclamó, estás vengado!
Con ruido extraño, sobre el blanco lecho
se levantó la estatua, y con terrible
colérico poder, potente golpe

descargó sobre el mísero mancebo
que cayó sobre el monje moribundo
sin aliento también.

El nuevo día
vino a alumbrar el monte; a sus fulgores
cantaron las alondras en los trigos,
tendiendo el vuelo a la región celeste,
y el alto campanario dió a los vientos
que oreaban las campiñas y las selvas
la sonorosa voz de las campanas.

Febrero 12 de 1880.

Ven

EL carmín de tu labio sonriente
y la pasión de tus rasgados ojos,
esa morena y pensativa frente
que orna el pudor con sus claveles rojos;

la dulce vaguedad de tu mirada,
lánguida a veces y otras soñadora,
y esa movilidad encantadora
de una flor por las brisas columpiada;

todo, todo revela, vida mía,
de un alma ardiente la ideal ternura,
un alma virginal que todavía
no ha probado una gota de amargura.

Crisálida que piensas ruborosa
lucir la pompa de tus ricas galas,
y cambiada en brillante mariposa
tender al sol las incansables alas,

desplégalas, mi bien, y tiende el vuelo
en pos de la soñada venturanza;
ven a mí, que te ofrece la Esperanza
en mi constante amor, de amor un cielo.

Mayo de 1880.

Eres Tú

DESDE muy niño, sonriente, pura,
inseparable, misteriosa y vaga,
llevo de una mujer la dulce imagen
en el fondo del alma.

¿Dónde la conocí? —no sé. Tan sólo
puedo decir que en la nocturna calma,
como una estrella al declinar el día
surge distinta y vaga.

Y en aurora se tornan las tinieblas,
y con el fuego de la edad pasada
dentro del corazón, que ya sucumbe,
se agita la esperanza.

Huye el dolor y vuelve la sonrisa,
pronta a brotar detiénese la lágrima
y parece que el alma soñadora
va a desplegar las alas.

No sé quién es. Su nombre no ha podido
una forma encontrar en mi palabra;
pero algo tiene del cantar del río
y del gemir del arpa.

Existe. No lo dudo. De mi mente
entre las sombras, indecisos, vagan
los recuerdos de un mundo donde fueron
nuestras almas hermanas.

¡Eres tú! —Me lo dice el alma mía
que se estremece al roce de tu falda,
cuando me miras encendida, y trémula
ante mis ojos pasas.

¡Amame! Confundamos en eterno,
en infinito amor nuestras dos almas,
cual se funden al nacer dos notas,
dos besos y dos llamas.

Julio 17 de 1880.

Gil Pérez

I

NO lejos de Valdemosa
en lo alto de una montaña,
se eleva feudal castillo
de la llanura atalaya;
sobre la ferrada puerta
que al patio de honor da entrada,
tallado en la piedra dura
se mira un escudo de armas,
que a los viajeros indica
ser el castillo morada
del conde Fernán Togores,
señor de aquella comarca.

Apenas tiñe el Oriente
con suaves tintas de nácar
el nuevo sol que despunta
de entre las salobres aguas,
y ya en lo alto de la torre
que del homenaje llaman,
una bandera flamea
a las matutinas auras.
De pronto se alza el rastrillo
y por la puerta almenada,
al eco de las trompetas

que tocan marcial sonata,
de dos en dos y en corceles
que el freno indómitos tascan,
aparecen cien jinetes
cubiertos de acero y mallas;
del sol naciente los rayos
hacen centellear las lanzas,
y el estandarte del Conde,
destrozado en mil campañas,
empuña el paje Gil Pérez,
el de apostura gallarda,
el de los cabellos de oro,
el de la ardiente mirada;
detrás del paje, el señor
lentamente cabalgaba,
sofrenando la impaciencia
de briosa yegua africana;
su coraza damasquina
atraviesa roja banda
y sobre el dorado yelmo
se agitan tres plumas, blancas
como su barba de nieve
que noblemente contrasta
con su semblante tostado
por el sol de las batallas;
su frente en un tiempo altiva,
hoy parece doblegada,
más que al peso del almete,
a las tormentas del alma,
porque el Conde, casi anciano,
casóse con Doña Blanca
cuando apenas la doncella
diez y ocho abriles contaba,
sintiendo como un mancebo
de amor la férvida llama,

amor que el pecho no siente
de la gentil castellana;
que mal se avienen las rosas
que primavera derrama,
de Otoño con las tristezas,
de Invierno con las escarchas...
Tendióse por la llanura
la guerrera cabalgata,
y el Conde, torciendo el freno
a la yegua que montaba,
dirigió el adiós postrero
a la hermosa Doña Blanca
que en un calado ajimez
muda, temblorosa y pálida,
fijaba su vista ansiosa
en Gil Pérez, que al mirarla
llevóse al pecho la diestra
sobre la férrea coraza,
como queriendo decirla:
—*"¡aquí te llevo en el alma!"*

y entre una nube de polvo,
trasponiendo la montaña
perdióse entre los pinares
el Conde en pos de sus lanzas;
perdiéronse, y mientras tanto
en la morisca ventana,
llena de amarga congoja
rompió a llorar Doña Blanca.

II

Don García de Toledo
rige la hueste española,
que en Africa sueña altiva
pedir renombre a la historia.

La innúmera y fuerte escuadra,
bravas y lucidas tropas
arroja, como un torrente,
en las playas arenosas,
bajo el abrasado rayo
de aquella cálida zona;
no más ardiente que el ansia
de conquistar nuevas glorias.
La morisca apercibida
a defender patria y honra,
tendida espera en batalla
el resonar de la trompa.
Del sol los vivos reflejos
se quiebran en las garzotas,
en los blancos alquiceles,
en las cimitarras corvas,
en las ricas armaduras,
en las toledanas hojas,
en las banderas de Cristo,
en la enseña de Mahoma.
Aquellas razas soberbias
antiguos odios evocan,
nacidos en Guadalete,
crecidos en Covadonga.
De Tarif y de Pelayo
las nunca aplacadas sombras
irritan en los dos campos
la mutua sed de victoria.
El recuerdo de Granada
aún vive en la gente mora,
y en el cristiano aún alienta
doña Isabel la Católica.

Estalla de los clarines
la marcial y aguda nota

y suenan los atabales
con voz destemplada y ronca.
A este punto entrambas huestes,
con fragor que el cielo asorda
y hace retemblar la tierra,
a lid y muerte se arrojan:
allí los tercios invictos
en las campañas de Europa;
allí los rudos corsarios,
peste y terror de las costas.
—*¡Alá!* —¡Santiago y España!
claman con voz estentórea
los combatientes, y el eco
lleva este grito a la flota
que, dando al viento las velas
y al mar las tajantes proras,
vomita hierro y estrago
sobre las infieles hordas.
Estallan los arcabuces;
lanza la ballesta pronto
mil dardos que, con el humo
entenebrecen la atmósfera.
Se precipita el avance
y la distancia se acorta,
y los fieros lidiadores
con la vista se devoran;
ya se cruzan los mandobles
con las cimitarras moras,
ya los guerreros corceles
con rudo empuje se chocan;
ya las mazas y las picas
no permanecen ociosas,
ya se alza la Media-Luna
frente a la Cruz redentora;

ya vuelan en mil pedazos
cimeras, petos y golas,
alquiceles y turbantes,
adargas, plumas y cotas;
ya el genio de la matanza
sus fieros golpes redobla,
y saltan por mil heridas
torrentes de sangre roja.
Siega el disputado campo
la muerte dominadora,
y alcanza, quien cae sin vida,
de los héroes la corona.
Siete horas de cruenta lucha
valor ni constancia agotan,
bajo ese sol africano
que ya el Poniente colora,
hasta que, al fin, el alarbe,
cual desangrada leona
que aún reta brava y rugiente
al cazador que la acosa,
palmo a palmo se retira,
y con prevista maniobra
gana su campo, y da frente
tras de sus defensas sólidas.
—¡Sus! ¡Al asalto! —Es el grito
que al aire lanzan mil bocas,
y el ejército cristiano,
con rapidez impetuosa,
tres veces avanza airado
como gigantesca ola,
y otras tres el agareno
le resiste como roca.

En este apurado trance
un caballero de nota,

a juzgar por la armadura
que defiende su persona,
—*¡Adelante mi mesnada*
que no morir es deshonra!—
a los suyos, que le cercan,
grita con voz tronadora.
Y empuñando un estandarte,
aquija su yegua briosa
y parte a escape, seguido
de aquella mesnada heroica.
Casi junto a él se ve un paje
cuya cabellera blonda,
roto el acerado yelmo,
en rizos mil se desborda.
Lleva a sus ardientes labios
con expresión amorosa,
blanco lienzo, tal vez prenda
de quien el alma le roba.
Lanza al cielo una mirada,
como quien ayuda implora,
y requiere de la silla
el hacha de armas, filosa.
Ya, entretanto, el caballero
las fuertes defensas toca,
entre una nube de dardos
que en su coraza se embotan.
Con la rienda entre los dientes,
espada en mano, y en la otra
levantando el estandarte
que a sus valientes convoca,
hinca la espuela a su yegua,
que salta como una corza,
cayendo, rauda centella,
sobre la morisma absorta.
Su acero vibrante esgrime,

y con furia asoladora,
terrífico cual la muerte,
aquí mata, allá destroza.
La turba infiel se revuelve,
con su número le ahoga,
y el filo de una gumía
la noble yegua destronca.
A pie firme el caballero
el nuevo peligro afronta,
al punto que su mesnada,
con la fuerza de una tromba
llevando a su frente al paje,
aquel de melena blonda,
a botes y cuchilladas
parte en la refriega toma.

Un fiero tajo del yelmo
las férreas lazadas corta,
y el paladín invencible
muestra su frente animosa,
su cabeza, que el invierno
con sus escarchas corona,
y su mirada profunda,
candente y dominadora...
...De un alfanje damasquino,
relampagueando la hoja,
sobre la inerme cabeza
va a abatirse, cuando rota
se encuentra la chusma impía,
que al noble guerrero agobia,
por la fuerza incontrastable
del corcel que el paje doma.
En las manos del mancebo
gira el hacha destructora,
todo en derredor hundiendo,

de sangre, hasta el mango roja.
Los moros, desconcertados
por la hazaña valerosa,
cejan un punto, entretanto
que mesnaderos y tropas,
siguiendo tan alto ejemplo,
ambicionando tal gloria,
cierran con férvido empuje
sobre los hijos de Mahoma,
que, al ver entrado su campo,
se pronuncian en derrota,
huyendo por todas partes
ante la hueste española. . .

Del sol ya ocultan el disco
las mediterráneas ondas;
y a sus últimos reflejos
que color de sangre toman,
don García de Toledo,
por hacer al paje honra,
lo arma, al punto, caballero
sobre el campo de victoria,
y luego, el pendón invicto
que la Santa Cruz blasona,
pone en su mano, diciéndole
con voz firme y poderosa:
"*mancebo de tal jornada*
mucha prez y honor le tocan;
del moro en el roto adarbe
la sacra insignia tremola".
La empuña el doncel bizarro,
mostrando la faz radiosa
y clava el asta ferrada
y el lienzo en los aires flota;
mas, a este tiempo, silbando

perdida flecha, traidora,
hiere en la garganta al paje,
y a mares su sangre brota.
Como una palma altanera
que el cierzo iracundo troncha,
al pie del pendón de España
el infeliz se desploma:
—¡*Blanca!*... suspira su labio;
los ojos al cielo torna;
—¡*Adiós!*... murmura el anciano,
y su vida se evapora...
...Ya nublan cielos y tierra
las crepusculares sombras;
ya se extienden los ropajes
de la tiniebla incolora;
de la reina de la noche
la cándida faz asoma
y sus primeros reflejos,
con luz pálida y medrosa,
iluminando la escena
como lámpara mortuoria,
bañan, con tristeza augusta
que viva al alma impresiona,
la figura de un anciano
que suspira, gime y ora,
junto al cuerpo de un valiente
de larga guedeja blonda,
que duerme el último sueño
de esta vida transitoria
bajo la inmortal enseña
del Santo Mártir del Gólgota.

III

Triste declina la tarde
y al Poniente nubes negras
velan del sol moribundo
las claridades postreras.
Viento arrasante las frondas
y los caminos orea,
y a lo lejos va la lluvia
como en pos de la tormenta.
Tímida y amedrentada,
del murallón en las grietas,
su cuello de nieve asoma
la paloma entre las hierbas.
Y el castillo de Togores
empavesado y de fiesta,
más que celebrar victorias
parece llorar tristezas.
Es de mirar el contraste
que el viejo alcázar presenta,
frente al nublado horizonte
y la llanura desierta.
Pesadas flotan en lo alto
adamascadas banderas,
y en barandas y ajimeces
húmedos tapices cuelgan.
Mientra en patios y explanada
en confusión pintoresca,
se mezclan pajes y monjes,
grandes, arqueros y dueñas,
aquí en el patio murmuran,
allí en el puente comentan
desastres de la morisma
y de Castilla proezas.
Allá, bajo las arcadas,

en corro que el vino alegra,
atezados mesnaderos
sus aventuras recuerdan.
Allá dueña melindrosa,
tan agria como indiscreta,
celos terribles del Conde
a los arqueros revela.
En su camarín dorado
doña Blanca gime y reza;
palomica quejumbrosa
que desventuras espera.
Y en sus salones el Conde,
tigre que amor encadena,
baña sus frescos laureles
con llanto que el rostro quema,
cual suele huracán terrible
arrasando la floresta,
tomar en muerte y estrago
bellezas de Primavera;
así la noble morada
apercibida a la fiesta,
en vez de zambra y saraos
tiene recelo y tristeza.

•

Hasta en su mismo furor
sublime por la grandeza,
el Conde con lento paso
en el camarín penetra.
Como la tímida corza
que hambriento león acecha,
la infelice castellana
al ver a su esposo tiembla.
Y con voz dulce y sentida,
que más que reñir requiebra,

así dice cariñoso
trémulo de amor al verla:
—"Señora, cuando mañana
el nuevo sol aparezca,
camino en un monasterio
estaréis ya; tras sus rejas
llorad, si llanto tenéis,
vivid en paz si se encuentra
paz en la triste memoria
de un amante y de una ofensa.
Yo también sayal humilde
voy a vestir, y una celda
abrigo dará a mi llanto,
a mi amor y a mi vergüenza.
Vivid en paz; mas sabed
que en mi soledad austera
os amaré mientras viva,
y el sol de vuestra belleza
dará luz con sus fulgores
hasta el fin de mi existencia".

•

Al despuntar de la aurora,
que valles y monte alegra
con el cantar de las aves
que a la mañana celebran,
dos cortejos del castillo
rumbo contrario se alejan...
Dos vidas van a morir
para el mundo en una celda.

Orizaba, 1881.

Manuel

A Francisco López Carvajal.

Canto Primero

ERA Manuel un chico de talento,
Y de imaginación acalorada,
Y de alma enteramente dominada
Por eso que llamamos sentimiento.
Era pobre, muy pobre, parecía
Que en cambio de su clara inteligencia
Quiso la Providencia
Darle no más el pan de cada día.
Siempre que hablo de él pienso que veo
Aquel su negro pantalón sin brillo,
Aquel gabán tan deformado y feo,
Amigo inseparable del cepillo;
Y aquella hermosa y despejada frente,
Donde brillaba inspiración divina,
Oculta por un hongo reluciente
Que olía los domingos a bencina.

Era su rostro pálido; apacible
El hermoso mirar de su pupila,
Y en su frente tranquila
Se marcaba el afán de lo imposible;

Ese afán del deseo
Que sueño nace y se hace devaneo
Y que si las espinas torna en flores
Y en palacio las ruinas,
En la felicidad halla dolores
Y en el jazmín y la violeta espinas.

Era Manuel tan pobre como bueno;
Ni por terrible agravio
Tuvo nunca su labio
Frases de hiel y chistes de veneno.
Y eso que siempre al paso
El infeliz Manuel hallar solía
Quien de bondad y de talento escaso
De su poca elegancia se reía,
Y al mirar su figura
No faltaba malévolo estudiante
Que con frase punzante
Derramara en su pecho la amargura;
Pero él siempre callaba
Y su dolor profundo sofocaba,
Y dominando, humilde, sus enojos,
Cambiando en risa su irritante duelo,
Decía una broma, al enjugar sus ojos,
Jugando con la punta del pañuelo.
Muy pocos estudiantes le querían,
Muy pocos sus virtudes estimaban,
Todos de su modestia se mofaban
Y a cada paso y sin cesar le herían;
Mas siempre, bondadoso,
Pagaba noblemente tanto daño
Repitiendo las clases cariñoso
A los que habían cuajado todo el año.
Cualquiera que le oyera
Y escuchara su charla divertida,

Pintoresca y ligera,
Erudita, profunda y atrevida,
Habría dicho al momento
Que mi amigo Manuel tenía talento,
Y aun hubiera añadido,
Al ver el brillo de su mente inquieta,
Que aquel pobre muchacho desvalido
Era —sin duda alguna— un gran poeta.
Mil veces en el monte le encontraron
Como extasiado, al declinar el día,
Y otras tantas le hallaron,
Hablando solo en la arboleda umbría,
Y aun creo que faltó poco
Para que le tomaran por un loco,
Al verle conversar entre el follaje
Con la flor, el insecto y el celaje;
Pero si a mí me hubieran preguntado,
De seguro que hubiera contestado
Que el infeliz Manolo
Un loco no era porque hablaba solo,
Sino que como el ave y el riachuelo,
Al ver en la pradera tantas flores,
Y tan azul y tan hermoso el cielo,
Sin contener su anhelo,
A pesar suyo murmuraba amores.
Sabíamos que era pobre y a porfía
Procuramos saber de qué vivía,
Y tanto y tanto hicimos
Que una ocasión al fin lo descubrimos:
A la luz de una vela
Toda la noche se pasaba en vela,
Encuadernando libros a montones,
Y haciéndose pedazos los pulmones,
Para ganar retribución mezquina
Con que pagar la mesa y el casero,

Tomar sopa y puchero,
Café con leche y agua cristalina.
¡Pobre Manuel! Después de que pasaba
Las veladas así, de día estudiaba,
Y a veces escribía
Versos llenos de amor y de poesía;
Mariposas brillantes, vocinglera
Turba de pajarillos cantadores,
Cefirillos de amor, arrulladores
De la primera flor de Primavera.

Era tan soñador y candoroso,
Que me decía sincero
Que un día sería banquero
Y alabado y feliz y venturoso.
Y soñando con eso el pobre chico,
Y fingiéndose rico,
Conversaba en plural con el criado
E imitaba los tonos respetuosos
De esa turba de pillos y de ociosos
Que van siempre detrás del potentado.
Y delirando amores y alegrías,
Y sin pensar que la ilusión engaña,
Se pasaba las noches y los días,
Y las semanas y también los meses,
En eso que los pícaros franceses
Llaman hacer castillos en España.

Al despuntar el sol, una mañana
Toda llena de aromas y fulgores
Vió un par de pajarillos cantadores
Que anidaban al pie de su ventana.
Y se quedó embebido
Al ver la enamorada golondrina,

Y tuvo la ocurrencia peregrina
De hacer como los pájaros un nido.

¡Inquieta fantasía,
Que a tu hermoso soñar no pones tasa,
Quien te llamó locuela de la casa
¡Supo lo que decía!

¡Loca imaginación que desatada
Vives de la ilusión y la quimera,
Piensa que a mitad de la jornada
Quebró su cantarillo la lechera!

Canto Segundo

Era Clara una niña tan hermosa
Como naciente rosa,
Blonda como los trigos otoñales,
De ojos azules como flor de lino,
Y de acento argentino
Envidia de los coros celestiales,
Junto a su rica y deslumbrante cuna
La pródiga Fortuna
Paró benigna su incansable rueda,
Dióle dicha, belleza e ilusiones,
Perlas, diamantes, rumorosa seda,
Y sobre todo, y lo mejor, millones:
Mas dice una conseja
Que ciertos maldicientes me confiaron
Que al bautismal festejo no invitaron
A cierta hada vengativa y vieja,
Y bien —no es cosa rara—
Vino siempre al bautizo
Y con maligno y cauteloso hechizo
Hizo de roca el corazón de Clara.

Y fué tan rencorosa
Que, sin oír razones,
Robó a la niña hermosa
Aquello con que se hacen los sermones.
Y la niña creció, y era un portento;
Pero, eso sí, sin pizca de talento.
Y pasaba una vida regalada,
Pensando en sombrerillos y en encajes,
En bailes y modistas y carruajes,
Es decir —buen lector— en no hacer nada.
De esta gentil doncella
De la turba pollil límpida estrella
Se enamoró Manuel; piensen ustedes
Lo que al cabo pasó. Ya lo veredes.
La caprichosa polla (que lo era
Según dice la historia verdadera)
Supo en aciago día
Que era dado Manuel a la poesía,
Y quiso que el poeta
Le escribiera siquiera una cuarteta.
Y tal modo se dió la muy mañosa,
Que al fin Manuel, de la beldad prendado,
Hizo además del verso deseado
Una formal declaración en prosa.

Me diréis: —No era tonta ¡eso es un cuento!
Eso nos prueba que tenía talento—.
Es que el diablo, señores,
A los que son más tontos que unos peces
Suele darles a veces
Algún talento para hacerlos peores.

Se enamoró Manuel —y no estudiaba
Ni como antes de noche trabajaba,
Y se pasaba el día,

Pensando en Clara que rabiar le hacía
Y como don Quijote con la idea
De aquel amor tan puro e inocente,
Era casi un demente
Al hablar de su hermosa Dulcinea.

●

Tenía Clara un primito
Elegante, pillastre, muy bonito;
Pollo precoz con ínfulas de gallo,
Admiración de todos a caballo.
La niña caprichosa
Que con el alma de Manuel jugaba,
A solas con el primo, cariñosa,
Besos de ardiente amor dejarse daba.

●

Al salir de una fiesta
—Sencilla como ésta—
Donde el pobre Manuel había leído
Unos versos que todos admiraron,
Que personas muy doctas celebraron,
Y que a mí me dejaron sorprendido;
Cuando Manuel gozoso
Con aquel triunfo se creía dichoso,
Y pensaba que Clara
Con aquella ovación aún más le amara,
Se encontró con el primo que altanero,
Al mirarlo le dijo: —Caballero,
Ayer noche he sabido
Que ama usted a mi prima. —No han mentido
Quienes dijeron tal. —Desde hoy le advierto
Que en vigilante suyo me convierto;
Y sepa el mentecato

Que, aunque soy su enemigo,
De igualarme no trato
Con quien es de mis criados el mendigo.

Cual se tiñe la nieve si la baña
El rayo purpurino de la aurora,
Cuando el naciente sol apenas dora
La cumbre de altísima montaña,
Tal se puso Manuel; quedóse mudo,
Y, tornando la cara,
Sonriente y feliz devolvió a Clara
Dulce, expresivo y plácido saludo.
El primo se encendió y ardiente en ira
Agregó amostazado:
—Sepa usted de una vez que la he besado.
—Y Manuel ronco contestó: —¡mentira!
Y sin poderse contener, saltando,
Como león, rugiente,
Al punto el rostro le azotó, agregando:
¡Es usted un villano y miente y miente!
Calmóse el pollo y dijo: —Es muy sencillo...
Y sin mirar de frente al buen poeta
Introdujo la mano en el bolsillo
Y le alargó temblando una tarjeta.

¡Triste destino de la vida humana!
Duelo la dicha de hoy será mañana;
Los brillantes laureles
serán mañana abrojos
Que punzarán el corazón crüeles
y llenarán de lágrimas los ojos.

Canto Tercero

Era nuestro colegio al otro día
Un torrente de loca algarabía.
La turba estudiantil, siempre ligera,
Formando corro, con calor hablaba
Del triunfo de Manuel, y caprichosa
A veces le elogiaba bondadosa
Y otras con gran crueldad le censuraba.
Y en apropiarle apodos
Para burlarle se ocupaban todos.
Y —no creáis que miento—
En cierto sitio que nombrar no intento
Ni mucho menos de pintaros trato,
Cierto imberbe pintor, aquese día,
Ocupó su inspirada fantasía
En hacer con colores su retrato.
Dióle figura asnal, puso en su frente
El laurel codiciado de la gloria
Y escribió al pie: Memoria
De cierto triunfo que asombró a la gente.
Manuel lo vió, y, al calce y al momento,
Escribió con muchísimo talento
E infinita bondad: —"La experta mano
De este pintor cosechará laureles,
Darán gloria a la Patria sus pinceles,
Será el orgullo de su padre anciano".
¡Virtud heroica que cantando muere,
A quien ni ofensa ni baldón abruma,
¡Y que así como el sándalo perfuma,
El implacable acero que le hiere!

•

Manuel estaba triste y conmovido;
Aparte me llamó, y en voz muy baja,

Toma —dijo— esta caja;
Voy a morir, el cielo lo ha querido.
Conserva estos papeles que contienen
De mi vida infeliz toda la historia...
Son mis versos, los sueños de mi gloria,
Que apenas al nacer ocaso tienen.
En duelo acaso moriré mañana;
No olvides nunca a tu infeliz amigo;
Tú de mis desventuras el testigo
Sé firme apoyo de mi madre anciana.
Va declinando ya; árbol vencido
Al peso de la edad, quizá sucumba
En tan cruel dolor. ¡Yo había querido
Secar su llanto al borde de la tumba!
Amala como yo, vela por ella,
Llorando te lo exijo.
Procura que no sepa la querella
Que va a causar la muerte de su hijo.
Dile también a Clara que la adoro
Con todo el corazón, y que si muero
Es sólo porque quiero
Defender como bueno su decoro.
¡Tengo miedo!... ¡Me asombra
Este temor de mi alma estremecida,
Cuando sé que es la vida
El misterioso paso de una sombra!

En mi existencia oscura
Hallé no más vejamen y dolores,
Y eternos sinsabores
Derramaron en mi alma la amargura.
Bendigo a Dios y su bondad acato,
A nadie guardo encono...
¡Yo le podría matar y no le mato!
¡Que me perdone Dios... yo le perdono!

Voy a morir, de fijo:
No olvides a mi madre desvalida;
Calma su pena y su existencia cuida,
Ocupa mi lugar, ¡sé tú su hijo!
.....

En la tarde murió. La pobre anciana
Engañada vivió, y fué acabando
Como agotada lámpara, soñando
Con el regreso de Manuel ufana,
Y tranquila y dichosa,
Con los santos consuelos del cristiano,
Apoyada en mi mano,
Deseando descansar bajó a la fosa.

•

Y la gentil doncella
Sigue mimada y bella,
Pensando en sombrerillos y en encajes,
En bailes y modistas y carruajes;
Y amada por sus padres con profundo
Y cuidadoso amor, dice coqueta,
Si por acaso se habla del poeta,
¡Que haya un cadáver más qué importa al mundo!
Cuando recuerdo de Manuel la historia
Y sus sueños de gloria,
Y pienso en su clarísimo talento
Que ninguno estimaba,
Y en aquel corazón que desbordaba
Amor y sentimiento;
Me he preguntado ya si ese infinito
Y arrebatado anhelo
De amar y de saber es don del cielo
¡O abominable y sin igual delito!

La Línea Recta

AUN tiemblo de emoción y en mi pupila
de profundo dolor queda una lágrima
y el labio sollozante apenas puede
murmurar a tu oído una palabra.

Te miro y pienso que mi mente sueña,
te escucho y creo que la ilusión me engaña,
y me parece al estrechar tu mano,
ilustre artista, que la siento helada.

Como flor por el viento combatida,
te vi temblar, por el espanto pálida,
cuando a tu labio de la muerte el genio
para cubrirte desplegó sus alas.

Te miré presa de dolor sublime
y en angustia moral de aliento falta;
vi apagarse tu vida en un sollozo,
y desprenderse tu alma en una lágrima.

¡Horrible delirar! ¡Ay! ¿Qué sería
si en verdad este sueño se trocara?
¿Qué sería de la lira del poeta?
¿Qué sería de la escena mexicana?

Muerta la inspiración, con tristes notas
entre gemidos se rompiera el arpa
y vibraran crespones enlutados
la lira de Peón y de Sor Juana.

Sin la vestal en el altar del numen,
sin alimento moriría la llama
y en el proscenio las dolientes musas
cruzarían como sombras desoladas.

¡Horrible delirar! Mas no: aún alientas,
aún alienta en tus sienes sonrosadas
la inspiración divina con que animas
las creaciones magníficas del alma.

¡Vives! Como al través de las tinieblas
de la tumba temida brilla clara
la luz del Infinito, de los cielos
brillante aurora que la sombra espanta.

Así tras esa muerte que de pena
ha llenado un momento nuestras almas,
un rayo de la gloria deslumbrante
viene a bañar tu frente soberana.

Omenage

ANSY como en trovas donosas, discretas,
vos dieron valencia los gayos dottores
vos facen agora los nuesos poetas
onor con cantigas é lauros é flores.

No son sus raçones de grand eloquencia
é assaz artizadas, graciosas, polidas,
qual d'altos engenios de sçenica sçiencia
las ricas guirnaldas, las voçes devidas.

Son flores é frondas del prado estivoso
que offresce Auliçaba qual palma é memoria
d'Apolo a la fija que es nome glorioso
que fúlgido brilla é asciende la estoria.

Sus ritmos é trovas a vos acomiendo,
demandovos gracia é gracia crecida,
vos ruego acordedes subgloria cumplida
su canto é loores por buenos aviendo.

Noviembre

A Gilberto Galindo.

HUYERON con septiembre los celajes
que orla de fuego el moribundo día,
y los soles de octubre ya no vieron
palidecer las rosas.

Apenas en el prado hallarse pueden
algunas margaritas, que la virgen,
la viuda y el pobre huerfanillo,
condolidos acaso, no cortaron
para adornar de la reciente tumba
la tosca cruz y la movida tierra;
flores caducas que tan sólo aguardan
para morir, que el aterido Invierno
aparezca en las cimas y que broten,
entre la yerba seca de los surcos,
las flores amarillas.
Parece que han robado las montañas
su crespón a los cielos, y que ahora
apresuradas su cabeza envuelven
con los velos de gasa, desgarrados
en los agudos picos de la cumbre.
Por el tendido lomerío no se oye
de la paloma el arrullar, y mustios,

se ven saltar en las inquietas hojas
del carrizal sonoro los jilgueros.
Con los primeros cierzos, la laguna
huéspedes recibió, viejos amigos
que agradecidos a sus aguas vuelven
pensativos y siempre melancólicos
¡desterrados al fin!
Bajo el árbol desnudo, cabizbajo
cuenta el anciano los pasados días,
mientras el joven que sucumbe al fuego
de irremediable mal, ve con tristeza,
al través del cristal de su ventana,
las hojas que se van, y resignado,
al secar una lágrima importuna,
piensa que acaso Dios quiere que vea
tornar las golondrinas y las rosas.

Cuando llega la noche y de las cumbres
bajan las sombras y el silencio viene,
helado viento por los valles lleva
la plañidera voz de la campana
que por los muertos llora, y que repiten
colinas y montañas, recordando
que es nada más el paso de una sombra
la humana vanidad, que el hombre es tierra
y ha de volver con su soberbia al polvo. . .

¡Qué dulce encanto para el alma tienen
las profundas tristezas otoñales!
La llanura desierta; la arboleda
sin rumores, sin nidos, sin verdura;
el silencioso arroyo que en Verano
llenaba la floresta de alegría;
el cielo gris y el horizonte obscuro;
el viento frío y la pajiza grama;

todo contrista el corazón... mas todo
tendrá su primavera; por los campos,
alegres cantarán los labradores;
con su amante reclamo el pajarillo
animará las frondas; murmurante
cruzará por el prado la corriente;
perfumarán el llano las violetas;
tendrá la tarde arreboladas nubes,
y el horizonte azul, sus nimbos de oro.

A la memoria vienen los recuerdos
de la inexperta edad, en que cantando
tímido amor, al mundo indiferente
revelamos incautos lo que a pocos
debiéramos contar; en que ceñida
la ardiente sien de rosas embriagantes,
en el festín ruidoso, entre el estruendo
de sensual confusión, frente a las copas
que rebosaban el fragante vino;
en nuestro loco delirar volcábamos
el ánfora sellada de la vida
para mirar su fondo en un momento,
antes que el nuevo sol iluminara
pálidos rostros contemplando tristes,
secas las copas y las flores muertas.

¡Cómo contrista el corazón el fruto
que, olvidado en la rama, cae sin ruido
bajo su propio peso! ¡Y cómo alegre
palpita si pensamos que al Invierno
sucederá fecunda Primavera!

¡Esperanza bendita! Así el destello
imperceptible y tenue de tu rayo
anima el corazón y llena el alma.

Si alguna vez de sin igual perfidia
el golpe nos abate,
si nos halaga tentadora duda
rebelde e indomable, o recatándose
pasa el Dolor por nuestra humilde puerta
como buscando nuestro hogar, entonces
la Fe, tu compañera cariñosa,
nos habla de tu amor, y estremecidos
vemos rasgarse la nocturna sombra
y aparecer tu luz, siempre divina,
mientras huye en girones el nublado.

Noviembre 24 de 1881.

Diciembre

A Rogerio Hernández.

CON tristes ojos el labriego mira
secarse la corriente que bajando
de la empinada sierra fecundaba
la vecina heredad, y que represa,
cabe ruinoso muro, de albas flores
el linde salpicaba, y verdes cañas
haciendo renacer, dulces avenas
para el pastor y para el viento liras.

De igual manera al transcurrir los años,
al mediar la existencia, labradores
de un campo de dolor, entristecidos
empobrecer miramos los veneros
de una vida infructuosa, cuyas linfas
estancadas ahora se consumen
en cenagosa charca dando abrigo
entre las cañas secas a los ánades,
y al taciturno alción que en noche horrenda
arrojó despiadada a las montañas
la lid sublime de la mar y el Noto.

¡Inútil anhelar! ¡Todo fue en vano!
¿De qué sirvió el afán cuando festiva

animaba los campos Primavera,
cuando en el viejo portalón piaban
de la fiel golondrina los polluelos
y de acianos y mirtos coronados
mozos y mozas al hogar volvían?

Unos recuerdan el lagar teñido
de purpúreo color, otros el campo
donde la mies dorada centellea,
oyendo aún de la gentil zagala
el plácido cantar, alegre siempre
como la pandereta bulliciosa.

Y miro en tanto la encumbrada cima
blanqueando ya con la temprana nieve,
sin flores la llanura, desolada,
sin frondas la arboleda;
y mientras el tuero por doquier hacinan
para encender el reanimante fuego,
a cuya luz en la callada noche
se contarán historias y leyendas,
pienso, temblando, que mi hogar se apaga
para siempre tal vez, sin que el cariño
su grata lumbre reanimar alcance.
. . . . .
. . . . .

¡Adelante! ¡Valor! Que si sucumbo
a la mitad del viaje, bondadoso
alguno me dará cristiana tumba
entre las zarzas que dejé sangrientas,
al borde del camino.

Diciembre de 1881.

En la última página de la "María" de Jorge Isaacs

A don VICTORIANO AGÜEROS.

ROBANDO a la floresta colombiana
la voz de sus palmares gemidores,
al colibrí sus múltiples colores,
y su espléndida luz a la mañana,

a la encendida rosa su galana
corona de diamantes tembladores,
y a la desierta pampa sus rumores,
y sus tormentos a la mar lejana,

con lágrimas del alma palpitante
por el dolor supremo todavía,
cantó el poeta de su fiel amante

el infinito amor y la agonía,
y con él, admirado y sollozante
lloró el mundo la muerte de María.

Desaliento

HORRIBLE tempestad turba mi vida
y en lucha desigual con el tormento,
siento desfallecer el pensamiento
y el alma siento de dolor transida.

¿Es que la fe, mirándose vencida,
apellida su suerte desaliento,
y exhalando tristísimo lamento
cae como el ave por el dardo herida?

No; que animoso el corazón aún late
con doble fuerza, y luchador ardiente
ante el error, ni cede ni se abate.

¡A luchar y a vencer! ¡Que omnipotente
puedo llevar a término el combate
si fiel doblego ante la Cruz mi frente.

Mayo de 1882.

El Botánico

A Gracián Mena.

I

POR el confín de enmarañado bosque,
a la primera luz de la mañana
un sabio, por la edad encanecido,
iba afanoso colectando plantas.
Aquí y allá se detenía atento,
en la flor o en el fruto procuraba
hallar los indicados caracteres
de una yerba tan bella como rara.
No es ésta —se decía— y en busca de otra
iba entre espinas y punzantes zarzas...
¡ni ésta! ¡ni ésta tampoco! Acaso vive
lejos de la llanura, en la montaña.

II

Cuando llegaba el sol a medio cielo,
fatigado, perdida la esperanza,
en la alta cima de empinado monte,
de su herbario las plantas revisaba.
No es ésta, no —decía— porque ésta tiene
punzante espina en su leñosa rama;

ésta luce sus múltiples colores,
pero el perfume sin igual le falta.
Y entristecido contempla el cielo,
la llanura feraz, y muy lejana
la ciudad estruendosa, cuya gloria
y ardiente aplauso conseguir soñaba.

III

Y prosiguió subiendo entre peñascos,
entre cactus estériles y zarzas,
y a la región llegó donde la nieve,
los picos cubre de brillante plata.
¡Mas todo en vano fué! Siente que el aire
a sus pulmones fatigados falta,
y vacilante, por quebrada senda,
falto de aliento a la llanura baja.

Todo el día caminó: llegó la noche,
y a la puerta llamó de una cabaña,
y hospedaje le dieron los labriegos
para seguir el viaje a la mañana.
Ofrecióle al partir la campesina
de su huerto las flores más galanas,
silvestres flores cuyo grato aroma
perfumaba la rústica morada.
Mas orgulloso con su ciencia, el viejo
vió con desprecio las humildes plantas,
y con otras cortadas en el monte
las arrojó revueltas en su caja.

IV

Meses después, en rico gabinete,
santuario de la ciencia cortesana,

estudiaba con otros compañeros
las flores en el viaje colectadas.
Cuando de pronto un sabio dijo: *¡Eureka!*
¡He aquí por fin la yerba codiciada!
Mirad, esta es la flor; pero no encuentro
ni las hojas, ni el fruto, ni las ramas.
—¡Extraña flor!— ¡Hermosa como el día!
—¡A buscarla otra vez!... ¡Oh suerte infausta
—exclamó el viejo— acaso desdeñoso
corté la flor sin arrancar la planta!

V

¡Volvió al valle y al monte, pero en vano!
Y aún al morir, con ella deliraba...
En el valle no estaba ni en el monte...
¡Estaba en el jardín de la cabaña!

Julio 25 de 1882.

A Ricardo Domínguez

VIAJADOR fatigado que rendía
su jornada, tocando la llanura,
oyó al zenzontli en la hondonada oscura
preludiar su amorosa melodía.

Deslumbrante la luna aparecía...
y al borde de su nido en la espesura
cantó la luz, la calma, la frescura,
y la vega su canto repetía.

A la mañana el triste peregrino
prosiguió su sendero de dolores
resignado a la ley de su destino.

Asordaban el valle cazadores
y al trovador halló junto al camino
exangüe y aleteando entre las flores.

Orizaba, 1883.

Rosas Pálidas

A Federico Jens.

ALLA en mis alegres días,
casi al salir de la infancia,
cuando el dolor y la pena
mi frente no marchitaban,
amé a una graciosa niña
tan inocente y tan blanca,
como el nenúfar de nieve
que se columpia en las aguas.

Era rubia, soñadora,
y en su lánguida mirada
brillar parecía el reflejo
de otro mundo y de otra patria.
En los juegos infantiles
era la reina, y gallarda
cruzaba el alegre corro,
rindiendo todas las almas.

Al verla en veloz carrera,
suelto el cabello a la espalda,
al viento dando sus rizos
y su vestido de gasa,

pensábamos en los ángeles
de pie breve y leves alas,
que el sueño de la inocencia
durante la noche guardan.

. . . . .

Vagábamos cierto día,
de un jardín por la enramada,
buscando entre los rosales
fresas que tiñó la grana.
Alegre, feliz, dichosa,
iba llenando su falda,
saludando cada fruto
con festiva carcajada;
cuando de pronto detúvose
de un rosal frente a las ramas,
y mostrándome unas flores
que en mil festones colgaban,
me dijo —"¿Ves esas rosas
melancólicas y pálidas,
que cuando el viento las mece
al instante se desgajan?
¿Sabes por qué están así,
por qué están siempre tan pálidas?
Es porque mueren de amor
y tienen enferma el alma".

Al decir esto la niña,
las tristes flores besaba
y en sus ojos de violeta
brotó temblando una lágrima.

. . . . .

Pasaron meses y meses
y enfermó la niña pálida,
que tan alegre otros días
buscaba fresas de grana.
Se puso pálida y mustia
como aquellas flores blancas,
que según ella tenían
enferma de amor el alma.

Una tarde de verano,
limpia, serena, dorada,
a la luz de cuatro cirios
dormía envuelta en su mortaja.
Habían cerrado los ángeles,
al nacer la luz del alba,
aquellos ojos tan bellos
que el firmamento copiaban.
Junto a su lecho de muerte
solamente se escuchaba
el crujir de las antorchas
de roja y trémula llama.

Y yo, solo, silencioso,
burlando la vigilancia,
penetré, quedo, muy quedo,
hasta la mortuoria sala,
para dar mi último adiós
a aquella niña, que rauda,
dejó el fango de la tierra
para volver a su patria.

Y como triste memoria
de nuestra dicha pasada,
puse, ahogando mis sollozos,
entre sus manos heladas
un ramo de aquellas rosas
que tenían enferma el alma...
Desde entonces nunca corto
esas flores perfumadas,
que tímidas y medrosas
al abrirse se desgajan;
desde entonces me entristezco
cuando veo las rosas pálidas.

A Rosa Palacios

CON las primeras brisas de alegre primavera,
torna al callado bosque el ruiseñor gentil.
Canta, y su voz repiten el monte y la pradera;
gime, y de amor suspiran los céfiros de abril.

Aquieta sus columpios la rumorosa palma,
sus anchas hojas pliega el verde platanar,
su cáliz abre el lirio y el mundo alado en calma,
enamorado escucha su mágico cantar.

Viene la aurora y tornan rumores y alegría,
aljofaradas brillan las ramas del laurel,
y remontando el vuelo, saluda al nuevo día
la bulliciosa alondra a la mañana fiel.

Se alegra la llanura y en la arboleda umbrosa
el roble se estremece lo mismo que el saúz,
y la corriente plácida despéñase estruendosa
en lluvia de diamantes bañada por la luz.

Tú sabes las estrofas del ave matutina
y el himno del amante, nocturno trovador;
al par para nosotros, gloriosa peregrina,
eres feliz alondra y triste ruiseñor.

Orizaba, marzo 16 de 1884.

“ . . . . . ”

EN lo alto de la roca, sollozante
me abrazaste diciendo:
—“¿Ves el río
cómo aquieta sus ondas murmurante
y se adormece bajo el sauce umbrío?

Así la sombra del olvido, el duelo
mitigará de mi pesar profundo,
y cruzaré riendo por el mundo
como esas aguas retratando el cielo.

Pero también como él, que en el estrecho
cauce quebrado su furor oculta,
con torpe risa que el dolor insulta
sofocaré mi amor dentro del pecho”.

Al levantar la frente estremecida,
en mí clavaste tus rasgados ojos
y un beso —todo el fuego de tu vida—
bebí sediento entre tus labios rojos.

Eras de amor en los ignotos mares
desvelada barquilla que se hundía...
¡Pobre niña inocente! ¿Todavía
piensas que son eternos los pesares?

De otra mujer entre los brazos preso,
tu virginal cariño di al olvido;
pero mi corazón quedó vencido:
¡murió esa tarde al fuego de tu beso!

Octubre 10 de 1884.

Canto Nupcial

Dulce mori miseris...
CORN GALLO.—*Eleg.*

PRESIENTO tus caricias y tus besos,
mi casta prometida. ¡Cuántas veces
he sentido en la sombra tu mirada
que amorosa y profunda me atraía!
¡Cuántas la brisa de apacible tarde,
cuando pálido sol hunde sus fuegos
del éter en el piélago sin límites,
me ha traído en sus alas rumorosas
el soplo ledo de tu aliento frío!

Mi pensamiento en las amargas noches
de pesaroso afán, brioso empuje
recobró de tu amor con el recuerdo;
y el ánima ya pronta
a rendir el escudo en la batalla
tenaz y arrulladora de la vida,
se alzó de nuevo vigorosa y fuerte,
como el atleta en las arenas de oro
al estruendo glorioso del aplauso.

Presiento cómo hasta mi pobre lecho
has de llegar un día, la sien ceñida
de mustias flores, pálida y hermosa

como la adormidera de los campos
tronchada por el peso de la lluvia.

La mente que el dolor ha emponzoñado,
que de la Gloria la embriaguez olvida,
y que tu tierno amor nomás enciende,
sueña en la tibia y constelada noche
que a nuestra boda ofrecerá sus velos...

En tanto que se apagan de las nubes
los últimos reflejos, de la vega
fulgura en las lejanas alquerías
alegre lumbre que placer pregona;
y el ave se recoge a los peñascos,
y el viejo bosque su rumor esparce;
de la fecunda Madre siempre joven,
el seno nos dará plácido abrigo.

Nupcial antorcha prestarán los cielos
a la noche feliz, con sus cohortes
de brillantes e innúmeras estrellas,
y el Angel del Olvido, protegiendo
el silencioso tálamo, al curioso
cansado viajador que cerca pase,
dirá, poniendo el dedo sobre el labio:
—Calla, respeta, y sigue tu camino.

. . . . .

Acaso de esa noche el hondo sueño
no tenga despertar; pero, ¡qué importa!
si en tu seno, mi tierna desposada,
encuentro paz y bienhechor descanso.

Ven, que mi amor te espera. De tus besos
el eco ya resuena en mis oídos...
Estréchame en tus brazos... ¡Es tan dulce
el primer sueño del amante esposo!

.....

En el confín de las ignotas playas
donde tu amor me aguarda, de una vida
se aquietará el oleaje tumultuoso;
en sus tinieblas calmará su furia
de las pasiones el fatal torrente
nunca domado en su correr bravío;
acabarán afanes y dolores,
el anhelo ardoroso que envenena,
la fatiga incesante que aniquila,
y el ansia perdurable del deseo
que el corazón hambriento nos devora.

.....

Fiel y tranquilo tu amador espera
el venturoso instante; mas si el mundo
—celoso siempre de tu amor inmenso—
ha de turbar de nuestra eterna boda
el festín silencioso, derramando
en mi agotado cáliz de amargura
de su halago la miel, oye mi ruego:
como en sublime canto lo pedía
alma poeta, a tu beldad rendida,
mi triste prometida, *¡ven callada,*
como sueles venir en la saeta!

1885.

Composición

SECA un punto, Patria mía,
tus ojos que nubla el llanto,
que la voz de tu quebranto
parece voz de agonía.
¿Por qué en tan dichoso día
has de llorar angustiada?
Tiende alegre tu mirada
por el ancho firmamento,
y escucha, Madre, mi acento
con la frente levantada.

Puso el Señor en tu cielo
miríadas de astros lucientes;
entre dos mares rugientes
levantó tu fértil suelo;
ornó con pródigo anhelo
tus dilatadas praderas;
puso eternas primaveras
entre tus bosques sombríos
e hizo brotar grandes ríos
de tus altas cordilleras.

Dió a tus erguidas montañas
por corona eternas nieves,
regó mariposas leves

por tus floridas campiñas;
bordó de lirios y cañas
el río, serpiente de plata,
que las estrellas retrata
y chocando en dura peña,
turbulento se despeña
en sonante catarata.

Y como el don más preciado
de tu bondad, Patria mía,
dió a tus hijos hidalguía
y corazón esforzado;
a la mujer el agrado,
la pureza del armiño,
la belleza y el cariño,
y al hombre clara razón,
el orgullo del león
y el sentimiento del niño.

¿Por qué gimes, por qué lloras,
presa de profundo duelo?
¿Por qué de tu hermoso cielo
palidecen las auroras?
¿Por qué tan tristes las horas
cuentas en honda aflicción?
De tus hijos la ambición,
provocando eterna guerra
inunda la patria tierra
con sangre del corazón.

Guerra que baldón ha sido
de tu vida independiente,
en que hemos villanamente
tu decoro escarnecido;
en que hemos crueles ceñido

a tu frente majestuosa
la corona dolorosa
de martirio prolongado,
y hemos tu cuerpo enclavado
en una cruz afrentosa.

Perdónanos, Patria mía,
y cese tu amargo duelo,
que ya en tu bendito cielo
despunta la luz del día;
misteriosa melodía
la saluda en lontananza...
Madre, ten fe, ten confianza,
mira nacer en Oriente
rosado y resplandeciente
crepúsculo de esperanza.

Feliz despierta a la vida
una juventud lozana,
que por tu dicha se afana
y que te adora rendida;
que medita conmovida
en tu destino y tu suerte,
y al verte pálida, inerte,
sin brazo que te sostenga,
jura salvarte aunque tenga
que combatir con la muerte

Esa ardiente juventud
busca ansiosa, con el alma,
en el trabajo tu calma
y en la ciencia tu salud:
que el ideal de tu virtud,
del hijo bueno y honrado
no es el hierro ensangrentado

que el bien arranca de cuajo,
sino el constante trabajo
con el libro y el arado.

No quiere guerra, no quiere
ensangrentados blasones,
al fulgor de los cañones
la luz del hogar prefiere;
al que conquistando muere
lauro de triunfo estruendoso,
prefiere el sabio que ansioso
encerrado en su aposento
estudia en el firmamento
el orden maravilloso.

Al eco de las montañas
que al hombre rústico aterra,
cuando rumores de guerra
repercuten sus entrañas,
prefiere de las cabañas
las canciones lastimeras,
las cadenciosas playeras
del errante pescador
y el canto del sembrador
en las rubias sementeras.

Desgraciada Patria mía,
enjuga tu amargo llanto,
que la voz de tu quebranto
parece voz de agonía.
Ya despunta claro día
bañando en luz la llanura,
ya en el Oriente fulgura
entre rosados crespones
el sol de tus ilusiones,
el astro de tu ventura.

Al mediar el medio día,
envidia de las naciones,
flotarán tus pabellones
entre brisas de alegría,
y cantarán a porfía
de paz los santos placeres
hombres, niños y mujeres,
y a sus cantares sencillos,
responderán los martillos
redoblando en los talleres.

Y en vez de campos cubiertos
de humanos, tristes despojos,
prados verán nuestros ojos
en los eriales desiertos,
y en vez de estragos y muertos
cada noche y cada aurora,
irresistible y sonora,
verás con grato embeleso,
mensajera del progreso,
pasar la locomotora.

Esa juventud ardiente,
a tu dicha consagrada,
te hará grande y respetada
de uno y otro continente,
y de Levante y Poniente
la fama, rasgando el viento,
dirá con heroico acento
que repetirá la historia,
que eres patria de la Gloria
del Trabajo y del Talento.

A Joaquín Artau

(*En la corrida a beneficio de los huérfanos del Asilo*).

POR tu destreza y tu arrojo
en la arena, escuchas palmas;
y la admiración coronas
de triunfo arroja a tus plantas.

Cuando en la *suerte suprema*
tu seguro estoque mata,
y va rodando la res
mientras la turba te aclama,

¡Cómo tu espíritu goza!
¡Cómo tu orgullo se ensancha!
si te saludan los *doctos*
¡y se emocionan las damas!

Bien cumples en la *faena;*
ora *al quite* con la capa,
ora elegante en el *quiebro,*
cual se acostumbra en tu patria.

¡Salud al *diestro* español,
al que adquiere limpia fama,

y es honra de *matadores,*
y de cumplir hace gala!

. . . . .

Hoy su guirnalda mejor
para tus sienes prepara
pueblo que los brazos tiende
a cuanto es noble: ¡Orizaba!

Porque si el *diestro* español
desde el coso lo entusiasma,
más lo enajena y obliga
consolando las desgracias.

Y te aplaude, y te bendice,
aunque tu rasgo no extraña;
que *en corazones sin miedo*
jamás la nobleza falta.

. . . . .

Para el torero español
y *diestros* que le acompañan;
y para quienes secundan
acciones dignas y santas;

tiene aplauso el laúd
que rasgos nobles ensalza,
y el huérfano agradecido,
todo su amor. . . y sus lágrimas.

Orizaba, Ver. Enero 20 de 1889.

Te Deum Laudamus

Al Ilustrísimo Señor Arzobispo
de México.

AL cielo en dulce cántico
levántate, alma mía,
la gloria del Altísimo
cantemos este día;
al Dios que entre relámpagos
y truenos dió su ley.
¡Quién como El! Dilátase
sin límites su imperio...
A su poder humíllanse
uno y otro hemisferio,
los siervos y los próceres,
el súbdito y el rey.

¡Terrible es Dios! Indígnase
con quien le reta impío
y, heraldo de su cólera,
su eterno poderío
pregona en voz terrífica
el rayo destructor.
Rasga fulgor vivísimo
de oscura nube el seno,
y al resonar horrísono

del huracán y el trueno,
pasa entre fuegos cárdenos
su carro vencedor.

¡Cuán otro sí, benévolo!
con quien su gracia implora,
o con amor solícito
rendido y fiel le adora,
cambia sus leyes rígidas
en fuente de perdón!
Mandas, Señor, y el piélago
su cólera refrena,
los vientos buscan dóciles
y humildes su cadena,
y en la ribera lánguido
se aduerme el aquilón.

¡Cuán altas y miríficas
tu gloria y tu belleza,
ya en el Sinái fulmíneo
ostentas tu grandeza,
ya en el Tabor tu fúlgida,
incomparable luz!
Mas nunca como viéndote
nacer en pastoría,
llorar amargas lágrimas
por la ciudad judía,
y perdonar magnánimo
en afrentosa cruz.

¡Señor! ¡Señor! Tu Espíritu
el Universo llena;
tu nombre en coro armónico
magnífico resuena
del Auster hasta el Bóreas,
del átomo hasta el sol.

Dón de tu mano próvida,
de noches coronada
luce tu pompa espléndida
la noche constelada,
la flor su regia clámide,
el alba su arrebol.

Doquier que tus apóstoles
anuncian tu ley santa,
doquier tu cruz vivífica
sublime se levanta,
iris de paz y símbolo
de amor y de salud;
allí de bienes pródigo
almo saber germina,
dócil acata el bárbaro
tu blanda disciplina:
se libra el siervo mísero
de férrea esclavitud.

Monarcas y repúblicos
congréganse a millares
contra tu ley, sacrílegos
derriban tus altares,
tornando ruina lóbrega
la casa de su Dios.
Iglesia santa, alégrate:
es tu dolor fecundo;
tuyos serán los límites
y términos del mundo,
corriendo va tu ejército
de la victoria en pos.

De los desiertos líbicos
a Hibernia nebulosa
sigue legión innúmera
tu enseña victoriosa,

y el indio, el nubio, el tártaro
dobléganse a tu ley.
Nave de rotos mástiles
y destrozada prora,
¿a qué regiones gélidas
no llevas triunfadora
el invencible lábaro
de tu befado Rey?

Canta con voz de júbilo
al Dios de tierra y cielo;
ante sus aras póstrate,
y suba en raudo vuelo
al trono del Altísimo
tu férvida oración.
El por la mar indómita
tus mensajeros guía,
da pan al niño huérfano,
al mísero alegría,
puerto seguro al náufrago
y a la impiedad perdón.

Dios de mis padres, árbitro
supremo de las almas,
Tú que del hondo piélago
las tempestades calmas,
derrama en los espíritus
un rayo de tu luz.
Torna en aurora plácida
el porvenir sombrío;
de tu Justicia sálvanos,
y bondadoso y pío
no apartes del Anáhuac
la sombra de tu cruz.

Orizaba, Diciembre de 1889.

Palmas

(*En el centenario de Carpio*).

¿En dónde?

—Allí.

El moribundo día
incendiaba los términos del cielo
y la pálida tarde revestía
manto de gualda y purpurino velo.
En ocaso, entre cúmulus de plata,
cimas nevadas y lejanos montes,
de fuego y luz radiante catarata
que inunda los inmensos horizontes;
en Oriente, y en zonas desiguales,
van las nubes marinas,
al soplo de las auras vespertinas,
fingiendo esquifes y ondulantes chales.
Rumoroso el juncal, en raudo vuelo
de alas y trinos el vibrante coro;
flores sobre las aguas y en el suelo,
y alta cimera del palmar sonoro;
en el azul espléndido del cielo
plumeros jaldes y penachos de oro.
Próximo linde a la feraz llanura

el templo, la heredad del caserío...
Y en su lecho de arena que fulgura
el caudaloso y *resonante río*
que da a Cosamaloapan su hermosura.
La casa del Señor... Un techo amigo,
un manantial de amor y de belleza...
Puerto seguro, en el dolor abrigo,
luz y perdón, alivio y fortaleza.
La heredad... El trabajo, el sueño breve,
el noble anhelo que el cariño inflama,
el fruto pingüe y el vellón de nieve
que a tonsa oveja su valor no debe
y ardiente clima sazonó en la rama.
La ribera, el agreste caserío,
el huerto umbroso, el florecido prado,
y en las radiantes noches del Estío
la bandola y el canto prolongado
que une su estrofa al murmurar del río.

. . . . .

¿En dónde?
—Aquí en la margen donde mora
el alción pensativo y taciturno,
donde, cantando, en barca mecedora,
echa su red el pescador nocturno.
Por otoñales lluvias desbordada,
la corriente bravía
arrastró entre sus ondas la morada
donde nació *como ave en la enramada,*
donde tranquilo en su niñez vivía.
Ni ruinas, ni escombros. ..Un gemido
parece el eco del palmar cercano...
¡Qué raudas van las aguas del Oceano!
¡Qué rápidos los hombres al olvido!

. . . . .

Llanuras de esmeralda;
gentiles y gigantes cocoteros;
muelles nelumbios de marfil y gualda
que indolentes dormís en los esteros;
cinta errátil de plumas voladoras
que hacia la costa en caprichoso giro
bogas por los espacios de zafiro,
robando su carmín a las auroras;
brisa que entre las frondas susurrantes
columpias nidos y deshojas flores,
que del alba a los pálidos fulgores
la sabana salpica de diamantes;
espeso bosque, caserío agreste,
frágil barquilla, musicales palmas,
vago reflejo de la luz celeste,
templo... faro de amor para las almas;
bandada silenciosa
de blancas alas, que al nacer la luna
bajas del cielo en ronda misteriosa
al sereno cristal de la laguna;
¿Dó está vuestro cantor? Pasó cual pasa
por vuestra selva, errante peregrino,
de la mañana entre el cendal de gasa,
rumbo a la mar el pájaro marino.

. . . . .

Ni un lauro, ni una flor de la floresta
donde nació, cuando en brillante fiesta,
tras largos años de feliz memoria,
a coronar Tenochtitlán se apresta
su alta virtud que sublimó la gloria...
Y vivirá por siempre en las riberas
que asiento dieron a su hogar natío,

en el dulce gemir de sus palmeras,
en los remansos de su amado río.
Y en el Señor también, en la fe pura
del Cristo vencedor de las edades,
que resiste las fieras tempestades
de la maldad, firmísima y segura;
en la Cruz triunfadora que le inspira
que fué a su vida codiciada meta,
raudal de inspiración para el poeta,
música de los cielos de su lira.

•

Declina el sol tras el nevado monte,
Venus descubre su fanal de plata,
y la tarde, ganando el horizonte,
recoge ya sus velos de escarlata.
Aún alumbra el vetusto campanario
y derrama centellas en el río...
¡Ya se pierde el agreste caserío
en la sombra del bosque solitario!
Enciende sus hogueras la alquería,
sus luces el cocuyo... soberana
reina la noche, y a la turba pía
convida a orar en santa melodía
con devoto tañido la campana.
Duerme el viento y acalla la llanura
su triste voz... ¡Estrellas a millares!
¡Cómo brilla en el polo Cinosura!
¡Cómo cintila en Escorpión Antares!
Así, de las tinieblas del olvido
al grandioso proscenio de la historia,
vuelve el poeta de laurel ceñido,
bañado en los fulgores de la gloria.

Orizaba, 4 de abril de 1891.

A un Amigo

ESTABA entre las flores escondida
la serpiente falaz y tentadora...
Entró en tu corazón fascinadora
y con su aliento emponzoñó tu vida.

¡Qué tremenda y profunda la caída!
¡Con qué dolor tu juventud la llora,
y cómo, triste y desolada, implora
tu alma de niño la quietud perdida!

Pobre amigo: ¡valor! Busca en ti mismo,
en tu virtud que gime vacilante,
vigor y fortaleza y heroísmo;

Vuélvete a Dios con ánimo pujante,
y del oscuro y pantanoso abismo,
en alas de la Fe surge triunfante.

Orizaba.-1892.

A la Srita. Clara Hernández Jáuregui

ESCUCHA, hija mía, diciembre ha llegado,
fecunda los valles la bruma invernal
y cuelga en las ramas, desnudas y tristes,
sus velos de gasa, sus mantos de holán.

Ni lirios ni rosas esmaltan el suelo,
ni hay trinos ni arrullos en bosque y vergel;
dormido el arroyo y calla la fuente,
e impera en los campos glacial aridez.

En mi alma el invierno esparce sus nieblas,
y cierzo y escarcha parecen decir:
—"La vida se acaba, se acerca la noche,
muy pronto la nieve vendrá para ti!"

Te veo, y en tus ojos —espejo del día—,
de abril y de mayo encuentro la luz. . .
Yo soy el invierno doliente y sombrío,
feliz primavera y alegre eres tú.

Alfombran tu senda gardenias y salmos,
irradia tu frente celeste esplendor,
y en tu alma de niña su canto de alondra
preludia vibrante risueña ilusión.

Con ráfagas de oro disipas las brumas
que velan, a veces, mi frente y mi faz;
y plácida tornas en dulce sonrisa
mis hondas tristezas, mi angustia mortal.

Conviertes mis sombras en pálida aurora;
en mi alma eres rayo de espléndido sol,
arroyo parlero, rosa florecida,
el himno de bodas de alado cantor.

¿Qué anhelas? —¡quién sabe— ¡El cielo bendiga
tus sueños azules, tu afán juvenil!
¡Paloma que apenas despliegas tus alas,
no dejes tu nido, no salgas de aquí!

1896.

En el Jardín

28.—...*Considerate lilia agri quomodo crescunt: non laborant, neque nent.*

29.—*Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis.*

San Mateo. Cap. VI.

Canto Primero

ERA en el mes de mayo: el sol caía
de colores y fuego haciendo alarde,
y al morir, tras la vasta serranía,
juntaba el esplendor del nuevo día
a las hondas tristezas de la tarde.

Por las llanuras y en las verdes lomas
blanqueaba risueño caserío
como nívea bandada de palomas
posadas en las márgenes del río.

La brisa de la noche, tibia y leda,
cruzaba el valle deshojando rosas,
repitiendo en las cañas rumorosas
el plácido gemir de la arboleda.

Seguida del pastor, la grey balante
bajaba en busca del redil vecino,
y atrevida y tenaz el ave errante
atajaba al viandante,
revolando a la vera del camino.

El pueblo de las sombras ya despierto
descendía del bosque centenario,
y el campanil del rústico santuario
con plañidera voz tocaba a muerto.

De la casa cural frente al sencillo
y florido jardín que perfumaban,
en grata unión, jazmines y tomillo,
un viejo y una niña conversaban.

Él cariñoso, pensativo y grave;
ella con seductora ligereza;
¡ella empieza a vivir y nada sabe!
¡él sabe todo y a olvidarlo empieza!

Dulce y afable el bondadoso cura,
olvidando la mística lectura,
escuchaba el charlar de la chicuela,
gozando al ver en la mirada pura
de aquellos ojos, que a la flor del lino
robaron su color, el peregrino
claro fulgor que la virtud revela.

—"Procura ser amable —le decía—;
dentro de poco vestirás de largo...
¿Ríes? Pues hazte cargo
¡de que tienes trece años, hija mía!

"¡Eres ya una mujer!... Es necesario
que aprendas pronto a gobernar la casa...

y ya ves lo que pasa...
¡Niña! ¡que me deshojas el breviario!"

—"¿Que vestiré de largo? ¡quién lo duda!
y que me compraréis trajes mejores:
uno rosa, otro azul, de mil colores...
¡Negros ya no, porque parezco *viuda*!"

—"¿Y quién te ha dicho tal?"
—"Clara y Lucía;
y Carmela me dijo el otro día,
porque no quise darle unas madejas,
que vos me dabais las sotanas viejas
y con sotanas viejas me vestía".

—"No te apenes, chiquilla, con ternura
y con cariño su maldad corrige...
¿Qué respondiste tú?"

—"Pues yo les dije
¡que tenéis una sola, señor Cura!
¿que no me apene?... ¡De dolor me lleno!
Y sufro mucho y mi tormento crece
cuando veo a Carmela que parece
un figurín. ..¡Pues vaya si me apeno!"

—"No te aflijas, chiquilla;
mira que me torturas con tu pena,
y una muchacha como tú, tan buena,
debe vestir así, siempre sencilla".

—"Yo, señor, me resigno... pero veo
que me desprecian y me llaman *viuda*..."
—"¿No es nuevo este vestido?" —"Sí, sin duda...
es nuevo, sí señor, ¡pero muy feo!"

—"Con humildad y con paciencia mira
la saña de esas niñas imprudentes;
diles que vas de luto y que las gentes
del pueblo, saben bien que no es mentira".

—"Me aborrecen, me tratan de tal modo
que es mi vida una vida de amargura...
Ya no puedo sufrirlas, señor Cura,
¡que me llaman *urraca* por apodo!
¡Aquello es un suplicio continuado!...
¡Es imposible ya vivir tranquila!"...
El santo sacerdote, acongojado,
abrazaba, llorando, a su pupila.

Con infantil terneza
Reclinó la chiquilla su cabeza
del noble anciano sobre el pecho amigo;
en lágrimas bañada sonreía,
y su rostro, encendido, parecía
el ababol, presente de la aurora,
que entre los surcos del dorado trigo
deja caer la triste espigadora.

—"Ven conmigo y no llores...
Dios a todo pesar brinda consuelo,
y como habla en los vívidos fulgores
que incendian ese cielo,
suele también hablarnos en las flores.

"Estrellas mil en gigantesca gama
pregonan su grandeza en el vacío,
y en la brizna, en el nido, en cada rama
canta una voz su eterno poderío.

"El sosiega la furia de los mares,
la leve bruma del torrente irisa,

y hace cantar a la nocturna brisa
un idilio de amor en los palmares.

"Él cuida de la endeble trepadora
que al viejo tronco del saúz se agarra,
da luz a la lucerna voladora,
miel a la abeja y canto a la cigarra.

"Grana a la mies que en el feraz plantío
en olas de oro se resuelve inquieta,
desata el arroyuelo para el río,
y corona la mística violeta
con brillante diadema de rocío".

El pensativo anciano
con noble majestad bajó la frente
y como lazarillo, de la mano
llevó a la niña al borde de la fuente.

Junto al raudal que le besaba al paso,
soberbio de su agreste gallardía,
un lirio de los valles entreabría
su corola magnífica de raso.

Haciendo corte al rey de la llanura,
bajo el híspido muro de la enea,
columpiaba indolente la ninfea
sus estrellas de nítida blancura.

Y bañada en la luz esplendorosa
del sol occiduo que incendiaba el cielo,
ostentaba la flor de oro y rosa,
clámide regia y vaporoso velo.

Acercóse a la fuente el buen anciano,
y, apartando los juncos con la mano,

y mostrando la flor a la chiquilla,
exclamó con acento soberano:

—"¡Mira qué hermosa flor! ¡qué maravilla!
ni el mismo Salomón en su realeza
tuvo tan rica veste
como esta flor de rústica belleza,
que olvidada y oculta en la maleza
luce en sus galas el fulgor celeste;
no habrá randas en preciado lino,
ni teje seda y oro,
y su manto real es un tesoro
de las bondades del poder divino.

"Oye a esas niñas con paciente calma,
y otras galas más ricas ambiciona,
que el Dios de las violetas, a tu alma
otorgará magnífica corona".

—"Sí; mas tened en cuenta..." —la chicuela
contestó contrariada. —"¿Qué, hija mía?"
—"Que la modesta flor no va a la escuela;
ni sufre los agravios de Carmela,
ni la burla implacable de Lucía.
Decidme, señor Cura:
¿Por qué el Señor, tan justo y providente,
al decorar con nítida blancura
los lirios de la fuente,
dió al jilguero tan negra vestidura?
Padre mío, decid: ¿Por qué la vida
para Carmen es bella y venturosa,
y ella es rica y dichosa
y yo soy pobre y vivo entristecida?"

Quedó el cura aturdido
con aquellos conceptos tan extraños...
¡Qué preguntar aquel tan atrevido!
¡Si era una volteriana de trece años!

El anciano, con triste desconsuelo,
como buscando a Dios, fijó los ojos
en la cohorte de celajes rojos
que esmaltaba los términos del cielo;
y como si al oído recibiera
docto consejo de la errante brisa,
con infantil sonrisa
a la huérfana habló de esta manera:

—"No lo sé; pero Dios es justo y sabio;
reparte por igual bienes y males,
y da lo que conviene a los mortales...
¡No hagamos nunca a su bondad agravio!
Olvida de esas niñas los rencores,
que así te quiero yo, que así te quiero...
Tendrás trajes mejores,
y, coronado de silvestres flores,
cesto de lirios, seductor sombrero".

"¡Gracias!" —clamó la niña con terneza,
reclinando gozosa la cabeza
en el amante pecho de su amigo.
El anciano lloraba de alegría
y su frente inclinada parecía
copo de nieve sobre rubio trigo.

.....

En un rincón del estrellado cielo
aún brillaba del sol la luz de grana,
y a la oración llamaba la campana,
brindando paz y bienhechor consuelo.

Canto Segundo

Y por otra parte, tampoco es posible
satisfacer a todos.
"Imitación de Cristo".

MIRANDO la corriente fugitiva
que gárrula cantaba en la espesura,
pensaba, gravemente, el señor cura
que la mayor virtud es relativa.

Que en verdad nada vale la riqueza;
que el oro es cieno y despreciable escoria,
y que no todos, por ganar la gloria,
han de comer el pan de la pobreza.
Que si el Señor no dió rico vestido
del bosque a los nocturnos trovadores
(que envidia son de célebres tenores)
les dió cantar sabroso y no aprendido,
y en cambio de su estúpido graznido
vistió al pavón de espléndidos colores.

—"Sabia compensación en todo advierto:
vive el armiño en medio de la nieve,
y la palmera del oasis bebe
el abrasado soplo del desierto.

"La pobre huerfanilla
con sus galas se tiene por dichosa...
¿Por qué la multitud se maravilla
de verla tan alegre y tan hermosa?

"Ayer era la *viuda*,
y hoy pasmadas están de su belleza;
mas contra la maldad nada la escuda
y dicen que parece una *marquesa*.

"Y dicen... ¿Quién da oído
a las murmuraciones de la gente?
¡Es la murmuración como serpiente
que acecha a los polluelos en el nido!"

Así filosofaba el buen anciano,
presa de singular melancolía,
mientras con débil, distraída mano
deshojaba un capullo que se abría,
ebrio de vida, en el rosal cercano.

Era la siesta: en la enramada umbrosa
de aquella larga y plácida arboleda
la araña, diligente y afanosa,
tramaba cautelosa
su tenue malla de invisible seda.

El cura con mirada dolorida,
la miró y exclamó: —"¡Así es la vida!
¡Por doquiera maldad! ¡Doquiera muerte!
¡Siempre la eterna lucha aborrecida!
¡Siempre el débil vencido por el fuerte!"

.....

De pronto oyó a su espalda,
con rumores de brisa y aleteo,
doliente lloriqueo
y el *fru-fru* sonoroso de una falda.

Era la huerfanilla. ¡Cuán hermosa!
¡Qué noble exuberancia de belleza!
¡Qué donairosa y núbil gentileza!
Mísera juventud, ¡y cuán llorosa!

—"¿Quién turba tu alegría?"
abrazándola dijo: —"¿Qué te apena?
¿Por qué lloras así? Dime: ¿quién llena
tu dicha de amarguras, hija mía?"

La huérfana lloraba,
y con el brazo trémulo ocultaba
de sus tempranas lágrimas el brillo.
Así en la débil rama,
en negra noche, cuando el viento brama,
con el ala se cubre el pajarillo.

—"¿Qué tienes, pobre niña?...
¿Acaso alguna riña
con esa Carmelita tan traviesa?...
Dime, por Dios, qué pasa,
que tu congoja el corazón me abrasa.
Vamos a ver: ¿qué tiene la *marquesa?*"

—"¡Y vos también, señor! ¡Eso no es justo!
¿Qué falta he cometido?
¿Es pecado llevar este vestido,
para que así me cause tal disgusto?

"Si oyerais lo que dicen... Esa anciana
a quien dáis vuestro pan cada mañana,
y con quien soy amable y cariñosa,
me dijo, entre cortada y quejumbrosa,
que soy una chiquilla casquivana;
que todo el mundo, y con razón, murmura

que dilapido yo vuestros dineros;
que no cuadra en la huérfana de un cura
tanto lujo de trajes y sombreros;
que cuanto yo, en un día,
sé malgastar en sedas y cintajos,
la salvaba de penas y trabajos
y a socorrer cien pobres bastaría;
que esperaba que pronto, y con dureza,
severo el Arzobispo os castigara,
pues si en el pueblo la miseria es rara,
no falta la pobreza;
que fuera yo modesta desde niña;
que la modestia es llave de la gloria;
que debíais recordar... no sé qué historia...
(que no entendí)... de un bronce que retiña..."

.....

La pobre huerfanita sollozaba
en brazos del anciano cariñoso,
mientras éste, sombrío y silencioso,
con paternal amor la acariciaba.

—"¡A traición y con dolo te han herido!"
el párroco exclamó con voz quejosa.—
"¡Así logra la sierpe ponzoñosa
sorprender a la tórtola en su nido!
Recobra tu alegría;
contra tanta maldad mi fe te escuda..."

—"¡Volveré a ser la *viuda*,
volveré a ser la *urraca*..."
—"No, hija mía:
quien dió al brillante colibrí sus alas,

y regio manto al lirio de la fuente,
y blondos rizos a tu pura frente,
a tu risueña juventud dió galas.

"Tendrá pan la pobreza
porque el Señor es justo y bondadoso...
y ese mundo envidioso
que te siga llamando la *marquesa!*

"No es fácil en la vida transitoria
a todos agradar... ¡tal es la suerte!
Este es un mundo de combate y muerte
y la felicidad está en la Gloria.

"Sé buena y compasiva;
ampara al pobre y su dolor consuela;
y perdona las burlas de Carmela,
y socorre a esa anciana mientras viva.

"Por igual a los míseros mortales,
con mano providente,
reparte Dios los bienes y los males;
embelleció los lirios de la fuente,
mas los hizo crecer entre juncales.

"Corona de brillante pedrería,
rosa gentil y cándida violeta...
¿Has pensado, chiquilla, qué sería
un jilguero vestido de etiqueta?"

•

Por la voz de su amigo consolada
rompió la niña en loca carcajada.
El cura la miraba enternecido,

y en sus cabellos níveos irradiaba
el resplandor del cielo prometido.

. . . .

Entretanto, a la margen de la fuente,
cuya rauda corriente
deshojaba nenúfares al paso,
soberbio de su agreste gallardía,
un nuevo lirio abría
su corola magnífica de raso.

1898.

A la grata memoria de la inspirada poetisa tlacotalpeña Josefina Murillo

VIVIDA y áurea y grácil mariposa,
Rica en juegos y luces y colores,
Emula de las aves y las flores,
Voló tu estrofa leda y querellosa.

Cual zurear de tórtola llorosa
Aún vibra en los manglares gemidores,
Y ora lamenta penas y dolores,
Ora canta feliz y deleitosa.

¡Qué mucho que a la voz de tus hermanos,
Présago numen cariñoso y pío
Junte en tu fosa, con fraternas manos

A las ofrendas de tu hogar natío
Con las palmas gloriosas de tus llanos
Los pálidos nelumbios de tu río!

Aquí fue Troya

AQUI fué Troya! —¡Al fin, al fin, en tierra
Yace de Bedriñana la manzana!
¡Aquí "El Clavel" —en cena soberana—,
Comió y bebió con ánimo que aterra!

¡Aquí José Manuel eterna guerra
A las gatas movió tarde y mañana!
Y aquí Agustín, vencido, en furia insana,
Contra Silvestre, trémulo se aferra!

Dicen que a media noche, solo y triste,
De Landerito ante el horrendo estrago,
(Que a desastre tamaño no resiste)

¡Vióle alguno, a quien dijo, en noble halago:
—"¡Cuenta que, como a Mario, aquí me viste,
Llorando en las ruinas de Cartago!"

Diciembre 20 de 1899.

A Erasmo Castellanos

MOZO:
si amas el arte, y es la gloria
meta feliz de tu afanar ardiente;
si aspiras a vivir de gente en gente,
y perdurar del mundo en la memoria,

no finques idëal en ilusoria
extraña novedad, que, sonrïente
vanos aplausos seductora miente,
dorando, artera, despreciable escoria.

Clásico numen tu labor dirija;
a más alta región levanta el vuelo,
y en ella triunfos y victoria fija.

Enlaza en limpio, cariñoso anhelo,
aquesta edad, de turbulencias hija,
con la perennidad —hija del Cielo.

Pluviosilla, abril 1o. de 1900.

¿.....?

En el album de la Srita. GUADALUPE MUÑOZ.

ES el vivir larguísima jornada:
la tierra hostil; el cielo indiferente,
la humanidad soberbia e inclemente,
y en nuestro daño siempre conjurada.

En llanto la niñez crece anegada;
la juventud felicidades miente;
la madurez lamenta su presente,
y la vejez suspira desolada.

Si en vano el alma —eterna dolorida—,
rotas las alas de su noble anhelo,
nunca dichosa y por doquier vencida,

se agita y lucha en incesante duelo,
¿Por qué la vida amar, cuando es la vida
lloro y engaño y queja y desconsuelo?

Pluviosilla, a 29 de abril de 1900.

Epístola Moral

A Enrique Guasp de Péris.

¿Y no habrá soledad ni apartamiento
en donde el alma de sufrir cansada
encuentre paz y plácido contento?

¿Qué ni en calle distante y apartada
podré vivir sin que hasta allí me siga
del gran galeoto la feroz mirada?

De sus sañas no temo la enemiga;
temo la que risueña y chispeante
muerde y desuella a título de amiga.

Gaste mejor su garra de diamante
en destrozar, severa e iracunda,
cuanto digno de oprobio está delante.

El vicio por doquiera nos inunda:
la mocedad en lupanares mora,
y huye y desprecia la nupcial coyunda.

Y mientras la virtud proscripta llora,
triunfante la maldad priva e impera,
de jóvenes y viejos vencedora.

Por todas partes se desliza artera
para imponer su infame señorío,
cínica, descarada y altanera.

Y no temas su franco desafío;

témela cuando, hipócrita y paciente,
a ti se acerque con anhelo pío.
Dulces bondades cautelosa miente,
como sirena seductora canta,
y arrulla como tórtola doliente.
Se llega a ti con hábitos de santa,
te acaricia con brazo cariñoso,
y luego como sierpe se levanta.
¡Qué zalamera cuando en fin doloso
la ves orar humilde y afligida
del templo bajo el dombo misterioso!
Tu protección será, será tu egida;
como amada leal fina te abraza
de todos tus pesares condolida;
entonces no hay a sus dulzuras plaza:
te estrecha lisonjera, y, lentamente,
te ahoga, te revienta y despedaza.
Y ¡ah mísero de ti si de repente
el antifaz le quitas!... De seguro
que serás el escarnio de la gente.
¿Y por qué, si te ves en tal apuro,
no has de oponer al enemigo artero
fuerza y verdad, no hisopos ni conjuro?
Nadie en tu acorro acudirá ligero;
todos escaparán, y... tus amigos,
por hacerte favor se irán primero.
¿No es mejor que a tus anchas, sin testigos,
mires pasar los meses y los años,
ya de suyo fatales enemigos?
Pero ni así te librarás de daños,
que a tu retiro llegarán silentes
mañana y tarde amargos desengaños.
Allí te buscarán los maldicientes,
el gratuito rencor del envidioso
y las murmuraciones de las gentes.

¿Por qué, ya que se muestra tan celoso
de la virtud el Mundo, no se ensaña
contra el logrero altivo y codicioso;
contra el que a diario la pureza empaña;
contra quien hace inmunda mancebía
del lecho conyugal; contra el que amaña
arañuelos de infamia y de falsía
para el mísero huérfano y la viuda,
y para la honradez que en él confía?
¿Por qué no dice la verdad desnuda
a quien debe a domésticos secretos
lucros y medro y marital ayuda?
¿Por qué tiene loores y respetos
para el avaro vil cuyo tesoro
en borracheras gastarán sus nietos?
¿Los nietos? —No; los hijos, sin decoro,
darán a desgreñadas meretrices
llanto de pobres transmutado en oro!
¿No merecen llevar las cicatrices
del hierro mundanal los que dejaron
a la ley con un palmo de narices?
¿Los que con torpe adulación lograron
alcanzar el poder, y hasta él subieron,
y pobres al subir ricos bajaron?
¿Los que a cien pobres socorrer pudieron,
y, del arcón celosos guardadores,
injurias al mendigo sólo dieron?
¿Y el periodista —flor de escribidores—,
que debió a sus amigos el talento,
y hoy debe a la costumbre suscriptores?
¿Y el burgués engreído y opulento,
que por sus maritornes azotado
corre al mesón en busca de aposento?
¿Y el sabio suelto, en cánones graduado,
que sin entrar en aulas supo todo,

y está de sus saberes tan pagado?
¿Y la exúbera niña que en el lodo
noche a noche al amor rinde sus flores,
y sigue virgen... por extraño modo?
Bien merecen del Mundo los rigores
mil y mil, y no el pobre que rendido
busca en su hogar alivio a sus dolores;
que de vanos afectos desprendido
busca en el Arte pan, descanso y calma,
y por suerte fatal no encuentra olvido.
No anhela triunfos ni gloriosa palma,
y sólo pide bienhechor sosiego
que es dicha y venturanza para el alma.
Dejadme en paz aquí; aquí me entrego
a sondear el corazón humano
del Dolor y del Mal eterno juego.
Ni amo ni temo el insondable arcano
del más allá... ¡Dejadme aquí tranquilo,
y no traigáis a mi distante asilo
todas las fetideces del pantano!

Pluviosilla, a 19 de mayo de 1900.

Biblioteca "AMERICA" Universidad DE SANTIAGO ESPAÑA

Al Sr. Lic. Agustín Portas Ariza*

DIOS te otorgue santo fin,
Agustín;
Y al decir, del cielo *ad portas,*
—"Portas!"
Diga Pedro:— "Pase aprisa,
Ariza!"
Y devoto, y como en misa,
Libre de infernal naufragio,
Cante el eterno trisagio,
Agustín Portas Ariza!

---

[1] Notario Público, Marqués de la Facundia Irrestañable, señor del Largo Hablar, Asistente al Solio Pontificio, etc., etc., etc. (Agosto 23 de 1900).

A Jalapa

VELLON de armiño donde Amor anida,
Cesta de lises, columbina pluma,
En el collado tu beldad se esfuma,
Mientras menos visible más querida.

De níveo raso y de crespón vestida
—Velo nupcial a tu esplendor de bruma—,
Eres flor de la niebla, flor de espuma,
Por el viento del trópico mecida.

Brillas en la serena lontananza
Con prestigiosa irradiación suprema,
de fuegos en munífico derroche;

Y —saga de ilusiones y añoranza—,
Pareces en la sombra una diadema
Caída de la frente de la noche.

1902.

Al gastrónomo Agustín Murillo
(Murillote)

En un banquete.—Año de 1902.

ERES voraz, infatigable, nada
resiste tu famélica energía
y tus hechos la misma Andalucía
los tuviera por cosa exagerada.

Al sentarte a la mesa, tu mirada
brilla como carbunclo y sin valía
son para ti un torreón de carne fría
y un baluarte de rica bacalada.

Son los tamales para ti, piñones;
un guajolote, colibrí ligero
y dos cuartos de toro, dos pichones.

Puedes comerte un elefante entero
y beberte de un trago diez porrones
de aguardiente refino del Potrero.

Un Soneto Desconocido

SOBRE las olas, lánguida y esbelta
lentamente deslízase la barca
y en ella boga soñador Petrarca
dando a los aires la melena suelta.

En la enramada de vecino delta
brillante flor sobre la inmensa charca—
una flámula flota y fija y marca
linde a la ansiosa multitud revuelta.

Y al acercarse en el confín salvaje
de la tierra y del mar oscuro limbo
al infecto pantano y al ramaje,

de los nautas desgránase el corimbo,
yérguese el trovador, y en el celaje
irradia envuelto en victorioso nimbo.

La Nave del Rey

EN el bajel vetusto de la vida
como galeoto arrastro mi cadena,
y es para mí la suerte fiero cómitre,
rudo, tenaz y firme en su tarea.

Desde que apunta el sol y tinto en sangre
rompe las nubes negras,
hasta que oculta en cenagal pestífero
su máscara siniestra,
fijo en el banco, en medio de la turba
que vomita blasfemias,
brego sin esperanza, y a la cólera
del Ponto pido fuerzas.

Al empuje de todos junto el mío
y avanza la galera,
sin recelo de sirtes ni de ráfagas,
en pos de las tinieblas.

Si desfallece el corazón, y el remo
en mis brazos flaquea,
¡guay!— grita el capataz, y vibra el látigo
en mi espalda sangrienta...

¡Cómitre! ¡No desmayes ni perdones,
ni compasión me tengas!
¡Chasca el rebenque! ¡Mátame!
¡Y... acaba tu faena!

Himno a Nicolás Bravo

Coro

Si en peligro se mira la patria
y a luchas heroicas nos llama el cañón,
tremolar la bandera de Iguala
y hagamos del pecho broquel y bastión.

Estrofas

I

Sufre la patria mísera
el yugo del esclavo,
y de los montes vírgenes
surge animoso Bravo,
y a combatir apréstase,
gritando: ¡Libertad!

En mil batallas épicas
su acero centellante
fue como lumbre cárdena,
terrible y fulminante,
que anuncia en noche lóbrega
furiosa tempestad.

II

En el combate, indómito;
en el sufrir, paciente;
en el dolor, magnánimo;
en el poder, clemente,
otro varón tan ínclito
el mundo no hallará.

A los destellos fúlgidos
de perdurable gloria,
orgullo de la América,
asombro de la Historia,
como nevada cúspide
ingente vivirá.

A unas Flores

FLORES que ayer cubiertas de rocío,
a los destellos de la luz primera,
fuisteis de venturosa primavera
don y presagio para el huerto mío:

Hoy que a vosotras cariñoso fío
dulce recuerdo en carta mensajera,
repetid a la niña que os espera;
que encadenó mi suerte y mi albedrío.

Decidle, si su frente se arrebola
en leve tinta del carmín huída
o robada al color de la amapola,

que a su virtud mi voluntad rendida
guardo en el corazón para ella sola
todo el amor de mi alma y de mi vida.

Orizaba, 1904.

La Onda Fría

A mi amigo Leandro Iturriaga.

De ciertas frases al uso
que cualquiera —buen cristiano,
heterodoxo o pagano,
de ingenio vivo u obtuso—,
tiene a mano,
una se debe a la ciencia
de la Metereología,
que de Job acabaría,
sin duda, con la paciencia:
la Onda Fría.

Nos la sirve *El Imparcial*
en sus columnas a diario,
y pronto en el calendario
hará su entrada triunfal.
Ella es tal,
y de valor tan notorio,
que no sabemos qué haría
si le faltara algún día,
por suerte, al *Observatorio*
la Onda Fría.

¡Ah! ¡Los muchachos Encisos!
El mejor de todos ellos

es Juan; pero gasta cuellos
de seis, y aun de siete pisos.
¡Hay que vellos!
¡Presidio fuerte, seguro,
a prueba de Artillería!
¿Qué teme Su Señoría
refugiado en ese muro?
¿La Onda Fría?

Si un estudiante modorro
no ha sabido la lección,
y alega como razón
que la ignora medio corro,
don Simón
que es un profesor modelo
en eso de... *Zoología,*
exclama: —"¡Ni en Cafrería!
¡Me lo explico! ¡Santo Cielo!
La Onda Fría".

Mariquita... ¡tan ardiente!...
De noche, por la ventana,
con permiso de doña Ana
departe con un teniente.
Y la anciana,
(que es madre adusta y severa)
suele decir: —"*Hija mía*:
¡Cuántas cosas no daría
porque de pronto viniera
la Onda Fría!"

Uno del Preparatorio,
(*inter nos*: Perico Valle),
vive luciendo su talle
y su estampa de tenorio.

Y en la calle,
al verle en pos de una Eva,
murmura la pollería:
"en octubre... *¡no hay tu tía!*
a ese chico se lo lleva
la Onda Fría!"

—Si tan ilustre abogado
es mi señor don Eligio,
¿por qué si gana un litigio
se queda el cliente arruinado?
Don Remigio
a explicárselo no alcanza...
—¡Candideces! ¡Tontería!
Cualquiera lo explicaría
si mandara Sancho Panza:
¡la Onda Fría!

—¿Qué hace Pepa por la noche,
cuando sale de tapada,
y en obscura encrucijada
con Paquito toma un coche?
¡Nada!; ¡Nada!...

Como el mancebo a fin de año
enfermó de pulmonía...
Ella le abriga... ¡Qué haría
si otra vez le hiciera daño
la Onda Fría!

Es otro don Pedro Recio
don Agapito, el doctor;
mata pronto y sin dolor,
pero en cambio cobra recio.

Sí, señor:
cobra caro, y, según fama,
por tanta sabiduría
le llama la gente impía...
—¿Cómo le llama?— Le llama:
la Onda Fría!

¡Bien! ¿Y qué hará doña Inés
si la Maruja se casa,
si se casa, o si se pasa
como se pasaron tres?
—Quitar casa;
buscar abrigo y consuelo
en alguna cofradía,
y oír misa cada día,
para que la lleve al Cielo
la Onda Fría.

—Tiene mortecina faz
desde su boda Juanito;
ha perdido el apetito,
porque ha perdido la paz.
El precito
maldice su suerte negra,
llora de noche y de día...
¡Qué mujer! ¡Es una harpía!
—¿Quién? ¿La consorte? —La suegra:
la Onda Fría.

—¡Pobre chico!— Y ya quisiera
lidiar nomás con la anciana,
aunque doña Robustiana
es ¡vive Dios! una fiera.
Sigue Juana,
y después... ¡Si está en un potro!

Los cuñaditos, la tía;
y después doña Lucía,
y un primito, ¡y otro, y otro!
¡¡¡la Onda Fría!!!

¿A don Dimas? —Le he tratado;
es un hombre muy severo...
Un perfecto caballero...
¡Vaya!; ¡Muy bien educado!
—Pero... pero...
¿Su dinero es bien ganado?
Seis por ciento. —¿Al año?— Al día.
—¿Qué hará ese hombre en agonía,
cuando sepa que ha llegado
la Onda Fría?

Orizaba, 1906.

De Acultzingo hasta Orizaba

DICEN que ayer, de Acultzingo
salieron unas muchachas,
hechas unas duquesitas,
en carretela, muy anchas.

Como en alas del Amor
por el camino volaban,
acompañadas de un joven
que su hermosura resguarda.

¡Qué de planes! ¡Qué proyectos!
Como que allá en Orizaba
las aguardan mis paisanos
que las quieren con el alma.

Pasaron frente a San Diego,
cruzaron por la Barranca,
y pronto Tecamaluca
las vió pasar muy ufanas
muy deseosas de llegar
en dos por tres a Orizaba.

Le dijeron al cochero:
(qué cochero, Virgen Santa)
¡apúrales, a las bestias,
cocherito! ¡cuarta! ¡cuarta!

Y el auriga que es un mozo,
un guapo de esta comarca,
de pantalones azules
muy más que el cielo de Italia,
y sabe ser muy cortés
y obsequioso con las damas,
muy obediente a tal súplica
y sumiso a las muchachas,
mientras ellas le pedían
él echaba cuarta y cuarta.

Iban como exhalación,
como del sol una ráfaga,
rápidas como una flecha,
como relámpago rápidas.

Al verlas pasar las gentes
que venían por la calzada,
exclamaban "Adiós, niñas!"
y un "¡Memorias a Orizaba!"

Ellas iban risa y risa,
el galán, charla que charla;
las mulas, corre que corre,
y el cochero, cuarta y cuarta.

Pero de pronto una bestia,
(sabe Dios por qué) se encuarta.

Paróse la carretela
a la sombra de unas hayas,
y el auriga, diligente,
bajóse a arreglar las reatas,
sin cuidar de que las riendas
quedasen, siquiera atadas.

Y las bestias ¡al fin bestias!
sin pensar en las muchachas,
¡De un galope... hasta Orizaba!

Quedóse el cochero en tierra,
dijeron: ¡Aquí es la nuestra!
Partieron las mulas rápidas,
encontrando a sus furores
muy estrecha la calzada.

¡Aquí fué lo mero bueno!
¡Aquí fué lo de las ansias!
¡Y el encomendarse a Dios
una de la otra abrazadas!

Y las niñas, chilla y chilla,
y las bestias desbocadas,
y el galán entre las dos
(digo, entre las dos muchachas)
sin poder darles auxilio
porque las dos le agarraban,
creyendo que de ese modo
del peligro se libraban.

Y saltaron las maletas
como si fueran dos ratas,
y volaron las peinetas,
y así las pobres muchachas
se quedaron tan pachonas,
que de verlas daba lástima,
como si sus enemigos
las dejaran despeinadas.

La carretela corría,
¿Diré que corría? ¡Volaba!

saltando sobre las piedras
del camino amontonadas.

Y las chicas ¡Dios me asista!
las chicas muy asustadas,
con los ojos muy abiertos
y las caritas muy largas.

Atropellaron cien burros,
cuatro mulas y dos jacas,
más de treinta carboneros
y un tercio de calabazas.

Quedaron bajo las ruedas,
como tortillas, dos casas,
y un arriero hecho una etcétera
con la cara desollada.

Paróse, al fin, el vehículo.
Vino el Juez, dijo: ¿Qué pasa?
Y quiso mandar cochero,
coche y mulas, a Orizaba:
y con ellas al galán,
y también a las muchachas.

Pero el Diablo, que es muy diablo,
y al que nada se le escapa;
que aconseja a las mujeres
y les da facundia y labia,
puso en labios de las niñas
tales y tales palabras,
que el juez las dejó partir
porque le causaron lástima.

Por fin, a pie, poco a poco,
tras de curarse las ansias
con té, cogñac y magnesia
y uno o dos traguitos de agua,
llegaron a Santa Rosa
hechas banderas las faldas,
las cabezas cual plumeros,
sin peinetas, despeinadas,
que darían risa en el tren,
si hasta el tranvía así llegaran.

Pero ellas se compusieron,
se hilvanaron las enaguas,
compraron otras peinetas,
se dieron polvo en la cara,
y por fin ¡Bendito Dios!
así entraron a Orizaba.

Es fama que en el momento del peligro
y de las ansias,
una y otra muy devotas,
el Magnificat rezaban,
y que al Señor del Calvario
humildes se encomendaban.

Cuando en *El Cosmopolita*
se hable de aquella desgracia,
dirá don Juan Aguilar:
"Escarmenten las muchachas
que por amor a los novios
se ven en tales andadas".

Acultzingo, diciembre 29 de 1907.

Diurno

A papá.

PUES bien! Yo necesito
decirte, padre mío,
que estoy enfermo y pálido
de tanto no estudiar;
que ya se acerca octubre,
que ya comienza el frío,
que tengo las materias
flotando en el vacío,
y dicen, y es seguro,
que me han de reprobar!
Yo quiero que tú sepas
que al expirar el año,
me siento ya sin fuerzas,
con ganas de morir;
que no quisiera darte
tamaño desengaño,
que temo el gran desastre,
que temo hacerte daño
y que antes que suceda
lo debo yo decir.
De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
y muy abrigadito
me empiezo a revolver,

pensando en los exámenes,
me digo: ¡si no es nada!
de qué te asustas, chico,
si al fin de la jornada,
con ceros o sin ceros,
¿qué te ha de suceder?
Confieso que en enero
me dije: el mundo es mío;
¿quién piensa en el Colegio?
¿quién piensa en estudiar?
Y fué pasando el año,
y vino al fin, sombrío,
el mes de octubre, tétrico,
interminable y frío,
y no hay poder humano
que me haga trabajar.
Corral está furioso
y acaso es necesario
matarse como un burro,
para poder pasar.
En cada alumno encuentra
un mozo perdulario...
Y en esto miro el triste
funesto corolario,
que en jerga de estudiante
se llama *reventar*.
Nogueira está rabioso.
Miss Fay está que brama,
y a veces no *gustarle*
cuando le dicen "*Yes*".
Que los *pronunciamientos*
la ponen en la cama,
y agrega Mister Bauza
ardiendo en yanqui llama,

no hay uno, ni Tinoco,
que llegue a hablar inglés.
Comprendo que a estas horas
diréis allá en la casa:
"ya pronto viene el niño
muy guapo y muy feliz,
dispónganle la alcoba,
¡cuidado quien se atrasa...!"
y yo me digo a solas:
¡no saben lo que pasa,
está nublado el cielo
y todo está en un tris!
A veces pienso en daros
la eterna despedida,
largarme de Jalapa,
meterme a militar;
la vida de soldado
es vida divertida,
lucir el uniforme,
y con la frente erguida
subir, bajar y a todas
constante enamorar.
¡Qué hermoso hubiera sido
el caminar derecho,
con sin igual empeño
y ruda aplicación,
de sol a sol estarse
pegado en el barbecho!
¡Qué grande es la distancia
que va del dicho al hecho!
¡Qué triste y vergonzoso
el magno *revolcón!*
¡Figúrate qué hermosos
el viaje y la llegada,
la novia dichosísima

con cara de clavel!
La casa muy alegre;
fandango y tamalada,
la música del pueblo
sonora y acordada,
y yo espoleando al flaco
pacífico corcel!
Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño,
mi dicha incomparable,
tu gran satisfacción,
pero salió borrego
mi estudiantil ensueño,
¡por Dios, que no te enojes
y que tu adusto ceño,
se torne en cariñosa
y dulce compasión!
Prometo, te lo juro,
que voy a hacer la lucha,
y que en el año próximo
me portaré mejor...
¡Papá! ¡No te me enojes,
y por favor, escucha!
¡Remíteme diez duros,
que mi pobreza es mucha,
y que si no me alientas,
me faltará valor...!

Jalapa, 1908.

Epístola

A los señores don Miguel Hernández Jáuregui *y don* Amado J. Trejo, *jurisconsultos.*

En región montañosa, y en olvido
del mundo y de sus vientos procelosos,
a buscar el descanso hemos venido.

Y, más que afortunados, venturosos,
de Acultzingo en las frígidas montañas
vivimos ni envidiados ni envidiosos.

Por doquiera dehesas y cabañas,
nubes que arropan en crespón las cumbres
y vientos que susurran en las cañas.

Muy temprano, a las pálidas vislumbres
del nuevo sol, que a despejar no alcanza
las nieblas con sus fuegos y sus lumbres,

renace en nuestro pecho la esperanza
de que al mediar entristecido el día,
a punto de servirnos la pitanza,

esplenda Febo y torne su alegría
regocijando montes y llanuras
que perezoso invierno entristecía.

¡Vano anhelar! Apenas las alturas
se iluminan a trechos; sopla un viento
penetrante y sutil, que en las maduras

espigas de cebada es un lamento,
y que al mecer los sauces del camino
cuaja la sangre y cuaja el pensamiento.

En la mesa frugal nos guarda el vino
charla y calor, y ofrécenos la cama
para la siesta encanto peregrino.

El salón escolar pronto nos llama,
y Patraca cual gato de convento,
duerme con sueño que dirá la fama.

Para matar el diario aburrimiento
y hacer algo que llegue a ser sonado,
ha pensado escalar el firmamento,

y cual cierto alpinista renombrado,
que sin temor de nieves y huracanes
osó escalar las cimas del Nevado,

reta por esos campos a los canes
que le salen al paso, ladradores,
de la heredad y del redil guardianes.

Y se aleja, y se pierde en los alcores,
donde la mies dorada centellea,
de un sol primaveral a los fulgores.

Y sube, y sube, y a la luz febea
que en la roca caliza prende llamas
y que la senda rápida caldea,

envidia de vicuñas y de llamas,
toca la cumbre. ¡Colmo de locura!
¡Oh locura! ¡Por eso así te llamas!

Más discreto que Cook, dejar procura
prenda que justifica su ardimiento
y que gloria perpetua le asegura.

Traspasa red alámbrica que opone
dardo implacable al robador furtivo,
y que con maña el rústico dispone.

Y como teme que en el pueblo vivo
no le miren tornar, blanco pañuelo
deja flotando al aire fugitivo.

Y torna ¡pero cómo! Quiso el cielo
traerlo hasta el seguro de la casa
y no rodando en desastrado vuelo.

Y es de escucharse (lo que siempre pasa
con viajeros así) lo que nos cuenta
de cuanto ha visto en multitud no escasa.

Cordilleras, picachos do se asienta
el monte de la Estrella deslumbrante,
volcán, según parece, de gran cuenta.

¿Fieras?... Si alguno, caballero andante
osos polares encontró en Toluca,
éste, tras uno negro, fué delante.

Repicaron la *gloria,* y la boruca
pasó también, y la Semana Santa
se terminó sin encontrar el *uca*

que a completar el verso se adelanta,
remate de un terceto prestigioso
que la impotencia de la rima canta.

Con pavos y conejos y capones
nos hemos regalado la barriga
y no nos han faltado macarrones,

pues no hay poder humano que consiga
lograr el que olvidemos los fideos
con que a diario Jalapa se atosiga.

Y no ha faltado el vino de Burdeos,
ni melones en kirsch ni algunos moles,
manjar de dioses, o si quieren, Deos.

Hoy nos dicen adiós con caracoles
y mañana temprano, Dios mediante,
cada quien, caballero en un andante,
se volverá a Orizaba y a sus co... les.

San Juan Bautista Acultzingo, 27 de marzo de 1910.

A la Raza Latina

(A bordo del "Monserrat" navegando
hacia Buenos Aires).

RAZA gigante: yérguete
al eco de mi canto,
tú, siempre trágica,
que del mayor quebranto
siempre resurges fúlgida
con nueva juventud!
¿Quién dice, raza indómita,
que al fin estás vencida?
¿Quién dice que en ergástulo
yaces de muerte herida
y que sucumbes mísera
sin gloria ni virtud?

¿Se olvidan de tus ínclitas
innúmeras fazañas?
¿Qué fueron a tus próceres
desiertos y montañas,
ni a tu bajel velífero
el ponto aterrador?
Doquiera tus ejércitos
plantaron sus pendones,
y domeñando Régules

y pueblos y naciones
doquier dejaste vívido
tu verbo inspirador.

Díjote Dios: "Entrégote
como heredad el mundo...!
A tu poder somételo;
por la unidad fecundo
el deshonor del Gólgota
propicio aceptará.
A tu valor los límites
del Orbe dejo abiertos,
que al retornar tus águilas
y al encontrar desiertos
los templos de tus ídolos
el Cristo vencerá".

¡Y fueron tus manípulos
del Universo espanto...!
¡Cuál se empapó de múrice
la fimbria de tu manto!
¡Siempre tiñó de púrpura
sus clámides el rey!
¡Misterios del Altísimo!
¡Así al Eterno plugo!
Cimbrios, Germanos, Gétulos
rindiéronse a tu yugo,
y entre mundiales vítores,
justa imperó tu ley.

Desde Albión a Heliópolis,
de Gades a Palmira,
¿en qué regiones bárbaras
la Humanidad no admira
entre ruinas épicas

la huella de tu pie?
¡Qué de gloriosas páginas
y de vencidos reyes!
¡El Septentrión y el Austro,
sumisos a tus leyes,
caudillos y procónsules,
heraldos de la Fe!

Tal suele lurte súbito
que rueda desquiciado
y con horrible estrépito
desciende hasta el poblado
sembrar de muerte présago
estragos y pavor;
mas cuando luego plácida
la primavera torna
y con sus galas múltiples
cimas y prado exorna,
es flores en los cármenes
y en la heredad verdor.

Si alguien pregona gárrulo
que vives en la escoria,
y que tus pueblos débiles
mueren sin fe ni gloria
bajo la clave férrea
del Anglo y del Sajón,
respóndele que armígera
el Orbe recorriste,
y cuando entre los ámbitos
de Europa no cupiste
un nuevo mundo —América—,
puso a tus pies Colón.

¡Oh nave que llevándome
rumbo hacia allá navegas,
y al céfiro del trópico
pendón hispano entregas,
canta el poema cíclico
del Nauta Genovés!
Repetirá tu cántico
la Cordillera Andina,
y el regio Citlaltepetl
que al cielo se avecina,
repetirá contándote
los triunfos de Cortés.

En alta empresa mística
por el Señor lanzada,
con brillo de relámpago
resplandeció tu espada,
y de heroísmo pródiga
fuiste verdad y luz.
¡De tu legión mirífica
recuenta las fazañas...!
Reina de cien repúblicas,
madre de dos Españas,
fué tu glorioso lábaro
la enseña de la Cruz.

Orgullo de los árboles,
el roble corpulento
humílimo doblégase
en su enriscado asiento,
si en torbellino rápido
le envuelve el huracán;
mas la raíz prolífica,
hincándose en la roca,
la furia de los ábregos

impávida provoca,
y allí los siglos próspero
y firme le hallarán.

Aún vive, raza heroica,
tu verbo poderoso,
aún llenas con tu espíritu
el arte prestigioso,
aún brindas en tu crátera
divina inspiración.
¿Quién no bebió en tus ánforas
excelsa poesía
ni oyó el cantar idílico
que dulce prometía
rara progenie célica
y eterna redención?

Escucha... aún vibran mágicas
como en el ancho Foro,
del orador de Túsculo
las cláusulas de oro,
con resonar fulmínico
de ronca tempestad...!
Y aún llega de Parténope
a las tendidas playas,
entre las ondas rítmicas
del golfo azul de Bayas,
la voz del fiero Espártaco,
clamando libertad.

Raza invencible: yérguete
y en tus esfuerzos fía,
de tus destinos árbitra
reina serás un día,
y emperatriz de América

los pueblos te verán!
Y el Amazonas túrbido
y el anchuroso Plata,
y el Tequendama undísono
que en iris se desata,
en coro a nuestros pósteros
tu gloria cantarán.

A España

"¡QUE vigorosa vida
la del hispano pueblo, que atrevido,
emprende la escogida
senda, por donde han ido
los grandes pueblos que en el mundo han sido!

Que no le duelen prendas,
ni le arredran del mundo los cuidados,
ni las luchas tremendas,
ni casos desastrados,
ni la ceñuda faz de adversos hados.

Lo mismo escala el cielo,
al ángel disputando su alta gloria,
que arrebata en el suelo
al héroe la victoria,
dejando en pos de sí inmortal memoria.

¿Que prefiere mostrarse
Quijote más que Sancho? ¡Que así sea!
Pues no ha de rebajarse
el mundo de la idea
al par del oro que la tierra crea.

Que te denigran veo
los detractores de tu ser pujante.

¡Jamás podrá el pigmeo,
de menguado talante,
comprender los alientos del gigante!

Las almas generosas
al inmortal seguro van volando;
las torpes, perezosas,
revuélcanse en el fango,
su vida de torpezas arrastrando.

¡Sús! ¡generosa raza!
De tu abolengo, de potentes vuelos,
jamás desdigas: traza
y sigue en tus anhelos
la senda de tus ínclitos abuelos.

Por ella los Trajanos,
los Cántabros y heroicos Numantinos,
los Sénecas, Lucanos
Y Silios peregrinos
lograron merecer lauros divinos.

Por ella tus Prudencios,
tus mártires sin par, tus Isidoros,
Leandros y Fulgencios,
la gloria y los tesoros
del bajo mundo, a los celestes coros,

a do vive el contento,
lograron trasponer, *donde asentado*
en rico y alto asiento
está el Amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

No importa que en las lides
victorias y reveses atesores;
para los nobles Cides

y santos luchadores,
lo mismo son Calvarios que Tabores;

y pese al sentimiento,
lo mismo Trafalgares que Lepantos.
Afronta, pues, con tiento,
peligros y quebrantos,
sin que importen jamás cuáles ni cuántos.

La voluble fortuna
señora fué de los mortales todos;
mudable, cual la luna,
a todos de mil modos
afecta por igual, griegos o godos.

¡Sólo Dios es eterno!
Sólo Dios y su Cristo, que triunfando
de la Muerte y Averno,
a quien sigue su bando,
de mortal a inmortal, le va elevando.

Si guardaras con tino
esa fe que traslada las montañas...
ese lazo divino,
que en letras y campañas
hiciera de una España cien Españas!...

Mas, ¡ay! que ya de luengo
tiempo te embarga inclinación extraña
que vicia tu abolengo,
que tu blasón empaña;
y de seguir así, no eres España!

De galos y teutones
deja, por fin, la mundanal escena,
deja sus aficiones,
sus cantos de sirena;
deja que allá en el Rhin o infecto Sena,

en Blanco mar o Negro,
beba esa gente, cultivada o fiera;
tú, del Betis, del Ebro,
del Tajo en la ribera,
bebe del agua cristalina ibera;

agua de tus Moncayos,
que fecunda los campos y vergeles,
do Cides y Pelayos,
Fernandos e Isabeles,
sus frentes coronaron de laureles.

Así es como revives,
que fué de los Vitorias y Montanos,
de los Suárez y Vives,
que en resolver arcanos,
superaron a griegos y a romanos.

Así te regeneras,
que fué de los Cervantes, Garcilazos
y divinos Herreras,
que sin peros ni acasos,
no ceden ni a los Dantes ni a los Tasos.

Y así tornará el día
en que fueras ceñida de aureolas;
en que la mar bravía,
al revolver sus olas,
siempre encontraba costas españolas.

Y aunque fuere enojoso,
permíteme al final de mi cantiga,
que amante y respetuoso,
¡oh, Alma Mater! te diga:
Purifica tu ser; nobleza obliga.

Al Lic. Samuel Trujillo

YO quiero, Don Samuel, que usted me diga
si es justo, decoroso y aun decente
presentarse delante de la gente
con ese saco de color de hormiga.

No es cosa de trabajo ni fatiga
pasarse un peinecillo por la frente
y domar esa selva que, inclemente,
pidiéndome pomada, ya me hostiga.

Diga Ud., Don Samuel, ¿está cerrada
de su calle la vieja barbería
donde, por una chica, bien rapada

le dejan esa cara de alcancía,
que, por estar de cerdas erizada,
parece batallón de infantería?

Año de 1912.

Si de manteles largos estuviste

SI de manteles largos estuviste
ayer, en homenaje a San Antonio,
hecha la digestión, ¡con un demonio!
¿por qué al Colegio ahora no viniste?

Si así piadosamente la corriste,
como lo puede hacer cualquier bolonio,
severa reprimenda en verso ausonio
vas a tener, que bien la mereciste.

Ponte a considerar que el tiempo vuela,
considera también que el tiempo es oro,
que el estudio es corcel que pide espuela.

Que reclaman tu juicio y tu decoro
que por la buena fama de la Escuela
no te haga trizas, en octubre, un toro.

Epístola

SIN el trabajo previo, el estudiante
no entenderá lo que el maestro explica,
y no tendrá maestro que le aguante.
Aquesto claro la razón lo indica.

No hay pan, si no lo amasa el panadero,
y si no hay boticario, no hay botica.
Que se prepare la lección primero;
que se comprenda bien lo que ella enseña
y lo demás resultará hacedero.

En vano el catedrático se empeña,
si el escolar la leccioncita ignora
y de estudiar, cual debe, se desdeña.
Esto es lo que miramos cada hora
y no es preciso que lo diga un sabio...

¡Qué hemos de hacer... Allá se las componga!
¡que no habrán de valerle, el triste día,
la frasca de la insulsa Romería,
ni le habrá de valer la Covadonga!

Y a medida que íbamos escribiendo los versos en nuestra libreta de apuntes, nos mirábamos compungidos y quizás avergonzados.

Fingiendo Indiferencia

A...

FINGIENDO indiferencia, temerosa
conmigo conversaba,
de nuestro amor de un día, de aquellos sueños
de dicha y de esperanza.

Al evocar tan íntimas memorias,
estremecióse mi alma,
y el muerto corazón, lleno de vida,
sentí que se agitaba.

Hablamos del amor, que de nosotros
lejos tendió sus alas,
y dichosos y alegres recordamos
la ventura pasada...

Después... te hablé de mi ilusión perdida,
de mi pasión befada,
y te mostré mi corazón leproso
que a mí mismo me espanta.

Te horrorizaste!... e inclinando trémula
el rostro avergonzada,
de perdón intentaron esos labios
decir una palabra.

Pero triunfó el orgullo, y te negaste
a confesar tu falta...
no obstante, de tus ojos, temblorosa,
vi rodar una lágrima.

¡Dichosa tú que sientes y que lloras
la ventura pasada!
¡Pobre de aquel que en su dolor no tiene
ni consuelo, ni lágrimas!

Azul era tu Falda

A...

AZUL era tu falda, en ondas leves
envolvía tu cabeza la mantilla,
y entre la blanca nube del incienso
un ángel de los cielos parecías;

serena, reverente, fervorosa,
ante el altar estabas de rodillas,
y, con los ojos bajos, murmurabas
una plegaria cariñosa y tímida.

Te bañaban los cirios del santuario
en el torrente de su luz divina,
y trémula de amor te contemplaba,
en santa adoración, el alma mía.

El momento llegó... bajó la frente
la multitud, y entre himnos de alegría,
el sacerdote levantó a los cielos
el cuerpo del *Cordero sin mancilla*.

En ese instante, misterioso y santo,
humilde, reverente, de rodillas,
juré adorarte hasta que exhale el pecho
el aliento postrero de la vida!

Te amé cuando los Lirios

A...

TE amé cuando los lirios de la infancia
llenos de aroma su color perdían,
y en tu púdica frente se entreabrían
las rosas de la ardiente juventud.
Eras tan bella!... Tus rasgados ojos,
de rizada pestaña bajo el velo,
llevaban algo de la luz del cielo,
el suave resplandor de la virtud.

En tus delgados y graciosos labios
dulce aurora sus tintes desleía,
y sentidas estrofas la armonía
puso de algún concierto celestial.
La azucena del bosque, la sultana,
que se mece en los bordes de la fuente,
la blancura envidiaba de tu frente,
el color de tu seno virginal.

Trémulo, vacilante, acongojado,
con la inocencia y con la fe de un niño
puse a tus plantas mi primer cariño,
lampo de aurora en el azul del mar.
Era ese amor purísimo y risueño
que alumbra con su luz toda una vida

y que el alma recuerda entristecida
la copa del martirio al apurar.

Tímido, ardiente amor, amor del alma,
ángel proscrito que su patria llora,
que viene entre los velos de la aurora
y muere con la luz crepuscular;
que pasa raudo y al pasar nos deja
un tesoro de eternas alegrías,
y en las noches del alma tan sombrías
riega estrellas de vivo fulgurar.

En mis noches sin sueño, en esos días
de horrible pena y de letal tristeza,
inclinando abatida la cabeza,
alivió tu recuerdo mi dolor.
Recordé aquella vez en que bajando
hacia el suelo tus ojos adormidos,
tus labios me juraron... ¿Dó son idos
tanta ilusión dorada, tanto amor?...

Ay! La fatalidad desató el rayo,
cambió en horrible duelo la alegría
y con su mano inexorable, impía,
puso un abismo enmedio de los dos.
Hoy te vuelvo a encontrar en mi camino
libre, feliz y llena de esperanza;
en mi pecho renace la confianza;
no vengo a darte mi postrer adiós.

Vengo a ofrecerte un corazón que sangra
entre agudas espinas punzadoras.
¡Han sido tantas del sufrir las horas
que ya lo vence el peso del dolor!
Vuelve la paz al alma dolorida,
recuerda tus primeras ilusiones,
y otra vez se unirán dos corazones
con el lazo sagrado del amor.

A Orizaba

ENTRE la niebla azul de años mejores,
resurges ante mí, como traída
en alas de los céfiros cantores,
por mi remota juventud perdida.

Rica de luz, de ensueños y de aromas
retornas a mi mente,
como al tímido albor del sol naciente
vuelven hacia los prados las palomas.

Te ví... ¡Qué amargo día!
Te ví por vez primera
en horas de dolor, cuando gemía
mi pobre corazón acongojado,
y al soplo de la ráfaga postrera
de cierzo inesperado
mi desdichada madre se moría.

Al temeroso mal dieron alivio
el agua fecundante de tu suelo
y el aire, puro y tibio,
de tu bendito esplendoroso cielo.

¡Cuán bellas las mañanas
de aquel abril florido y luminoso,
y qué limpio el celaje vagaroso
que rasgaba su tul en las montañas!

Como los ecos de lejana orquesta,
rumores de floresta
y claras voces de sonante río
adormecen tu vario caserío;
en campos de esmeralda
asienta el monte su tendida falda;
alza el fabril su parda chimenea;
al viento da su voz el campanario,
y en el extenso valle solitario
pingüe heredad magnífica blanquea.

A tu regia beldad prestan decoro,
de perenne verdor engalanadas,
llanuras y hondonadas,
y te saludan en agreste coro,
heraldos de riqueza, tus cascadas.

En los repliegues del cercano monte
finge la luz las ruinas de un palacio,
y tu volcán —señor del horizonte—
irradia con la lumbre del topacio.

¡Y que cuando serena,
tras la ruda faena,
al natural reposo convertida,
vigilante o dormida,
te alumbra el rayo de la luna llena!

Murmura perezoso
el arroyo en su cauce pedregoso;
en bosques y jardines
callan las brisas que tu valle orean
y muelles balancean
un desborde de rosas y jazmines.

Al recuerdo propicia
la noche te convida ensoñadora,

te mece aduladora
y con beso de amores te acaricia.

Así en las selvas de mi patria ardiente,
al ritmo querelloso de sus palmas,
como dos gotas de la misma fuente,
confúndense dos almas.

Aun no cruzaba entonces por tu vega
el raudo tren que del vapor llevado,
sibilante y osado,
traspone abismos y a las cumbres llega.

Por tu valle sombrío
no alzaba aún la Industria codiciosa,
allá y aquí la fábrica orgullosa,
de oro y trabajo irreparable río.

Tus plácidos vergeles,
opulentos de lirios y claveles,
guardaban al Amor, y a tus poetas,
alfombras de violetas,
grutas de mirto y bosques de laureles.

Y al declinar la tarde, a los fulgores
de la postrera luz de hermoso día,
¡cuál llenaba los aires de armonía
la voz de tus alados trovadores!

Tu vida laboriosa,
a civiles combates siempre ajena,
deslizábase humilde y silenciosa,
como las linfas de la fuente undosa
sobre su lecho de menuda arena.

En cada hogar un templo;
en cada templo caridad activa,
toda mujer oculta sensitiva;
cada varón de rectitud ejemplo.

Sincera y franca, pero digna y fuerte,
tu generosa mano
emulaba constante de tal suerte
la prez de tu linaje castellano.

Hoy... Relata el viajero,
de tu fama y riqueza pregonero,
que grande y culta sin temor caminas,
y rápida culminas,
del progreso en el próspero sendero;

Que aún son en tus varones,
modelos de valientes corazones,
ingenio y rectitud prenda segura;
que aún juntan tus mujeres
a grácil hermosura
férrea virtud y lánguida ternura...,
y que la misma eres.

¡Guarde Dios en tus hijos el tesoro,
de su blasón decoro,
envidiable presente de los cielos
que vale más que el oro;
el honor de sus ínclitos abuelos.

¡Guarde en tus hijas la gentil belleza
que el tiempo arrastra en onda fugitiva,
y perdure en sus almas la pureza
que intacta y firme el corazón cautiva!...

Y enmudezca el cantor que en tierra extraña
pide a la gloria oscuridad y olvido,
y en quien amor y gratitud no empaña
torpe ambición de lauro inmerecido.

Enmudezca el cantor que unió su acento
al de tus bardos en glorioso día...
y el eco de la triste melodía
lleve en sus alas presuroso el viento.

Amor Pasado

NIÑA del corazón, en otros días
cuando teñía mi frente clara aurora
y el alma virgen, siempre soñadora,
deliraba con santas alegrías;
y blancas azucenas
esmaltaban las márgenes del río,
y en mi jardín, cuajadas de rocío,
se abrían mil rosas de perfume llenas;
entonces, delirante,
con mi esperanza y con mi dicha ufano,
te di el cariño de ardoroso amante
y el afecto purísimo de hermano.
Puse a tus pies mi corazón: temblaba
al decirte, mi bien, que te quería,
y una palabra el labio no encontraba
que pudiera expresar lo que sentía.
Era el amor del alma en primavera
la pasión desbordada que avasalla,
que llena de ilusiones siempre espera,
y que si quiere amar de miedo calla.

Me amaste y quiso el Cielo
darme la flor de tu primer cariño,
y loco en mi pasión, loco en mi anhelo,
un hombre me sentí cuando era un niño.

Me amaste con pasión, y mi alma inquieta
se alumbró con la luz del sol que expira,
y entre mis manos palpitó la lira,
y brotó la canción, y fui poeta!

Hermosa tú, ardiente, soñadora,
bella como una flor que entreabre el día...
¡Aún siento a mi alma que de dicha llora!
¡Si me parece un sueño todavía!

.....
.....

Después... veló mi frente
densa tiniebla de mortal tristeza,
el pobre corazón gimió doliente
y ciñeron espinas mi cabeza.
Vi nublarse mi cielo,
y tornarse en tristísimo gemido
la arrulladora música del nido
y el idilio del límpido arroyuelo.

Noches insomnes de congoja impía
bajaron presurosas a mi lecho,
y en mi larga agonía
quise arrancarme el corazón del pecho.

Tras la terrible lucha y la fatiga
en profundo estupor rindióse el alma,
y ahora en dulce y cariñosa calma
te doy el nombre de sincera amiga.

Amante y temerosa,
apartando las sombras del olvido,
sólo una vez tu labio conmovido
evocó aquella historia dolorosa.

Y yo rasgando el velo que cubría
tan querida memoria,
te dije los secretos de mi historia
y cuanto el pobre corazón sufría.

Algo dijiste del pasado... y vimos
el sol de aquella edad en lontananza,
y en nuestro pecho, trémula, sentimos
que agitaba sus alas la esperanza.

Rodó por mi mejilla calcinante
y silenciosa lágrima, que ansioso
bebió al punto mi labio sollozante
al ahogar un suspiro doloroso...

Después... callaste... bulliciosa risa
tornó a animar la plática, y en tanto
que en mi labio vagaba la sonrisa
quería brotar en mi pupila el llanto.

.....

Y seguimos como antes
amigos fieles... Pasarán los años,
y olvidando pasados desengaños,
ya no hablaremos más de esos instantes.

Pero siempre cual hoy, como ese día,
de aquella tierna y desgraciada historia
vivirá, amiga mía,
el querido recuerdo en la memoria.

Y si acaso en el mundo nos hallamos,
aunque ciñan la sien nuevos abrojos,
para aquel triste amor, si lo evocamos,
lágrimas de dolor tendrán mis ojos!

En la Noche

EN medio del silencio de la noche,
en mi tranquila estancia,
sentí entre las cortinas de mi lecho
pasar tu sombra blanca;
y dulce y misterioso como el canto
del céfiro en las cañas,
creí escuchar tu voz que conmovida
mi nombre pronunciaba.
Me levanté anhelante para verte
y escuchar tus palabras,
y ofrecerte, temblando, de rodillas,
mi amor y mi esperanza.
Pero no más la sombra de mi lecho
ví en la pared cercana,
y al apagar mi lámpara oí sólo
el roce de tu falda...
¿Era que en ese instante, cariñosa,
velando, en mí pensabas?
¿O tu alma, libre de terrestre lazo,
vino a buscar mi alma?

Ruga Temprana

Al Sr. Lic. don IGNACIO PÉREZ SALAZAR.

EN los albores de la edad florida
que ni pesares ni dolor presiente,
ruga precoz apareció en mi frente,
signo tal vez de infortunada vida.

Creyólo así mi madre bendecida,
y atrayéndome dulce y sonriente
besó mis sienes, y con voz doliente
díjome: "¡Dios del infortunio cuida!"

Cuídame Dios, su misteriosa mano
por lo intrincado de la *selva oscura*
abre a mi paso cómodo sendero,

doquier admiro su poder arcano,
y al apurar mi cáliz de amargura
en El confío y su perdón espero.

Rima

Al mirarme llorar, con dulce acento
me dijiste: "No más".
Y arrebataste de mi mano trémula
la copa en que mi pena quise ahogar.
¡Pobre mujer! ¿Quién eres? Flor del vicio
y gala del prostíbulo fatal.
Gracias, mil gracias por tu santo anhelo,
gracias por tu cariño y tu piedad.

En una Tarjeta Postal

A UN sabio le oí decir
(y era doctor eminente)
que en la centuria presente
este vivir es... *morir*.

De su dicho fueron obvios
los motivos, en verdad;
perece la humanidad
víctima de los... *microbios*.

Tales son: hablar inglés
como lo hablan los tejanos,
las jamaicas y los pianos,
bicicletas y *two steps;*

Confetti, juegos florales,
obras del género chico,
versos en un... abanico,
y las... *tarjetas postales*.

TRADUCCIONES

El Abanico

(*De Francisco Coppée*).

Versión libre. A Gilberto Galindo.

En gabinete lujoso y tibio,
sentados juntos, ebrios de amor:
gran abanico, viejo y ebúrneo,
cubría su labio provocador.
¡Cómo en su mano veloz se abría!
¡Cómo sus pliegues volvía a cerrar!
¡Cómo servía,
irritadora barrera frágil,
a nuestro anhelo, de valladar!

De su crujiente paisaje undoso,
do entre violetas y leve tul
pintó el artista risueño carmen,
zagalas rubias en fondo azul;
fresco, flexible, cual una palma
que mece el viento murmurador,
con leda calma,
me enviaba, en soplo pausado y tenue,
aroma puro y embriagador.

La coquetuela, con él aliada,
exasperaba mi tentación...
Si yo trataba de asir al cómplice,
arrebatado por la pasión,
ella, esquivando su nívea frente,
del abanico cruel y tenaz,
rápidamente
hacía, plegándolo, varita mágica
que castigaba mi acción audaz.

¡Acecho inútil! Algo tenía
de ala y de rayo su actividad,
por lo intangible, ligero y áureo,
por la incesante movilidad.
Mariposilla de ricas galas
y tuniquilla multicolor,
con prontas alas,
burlaba presto, volando rápida,
la pertinacia del cazador.

¿Cuándo la lucha cesó? —¡Quién sabe!—
¿Cuándo, dichoso, logré vencer
la mariposa fugaz y débil
y los caprichos de la mujer?
Diré tan sólo... que reclinado
junto a su cuello blanco y gentil...
y el perfumado
lindo abanico, pausado y tenue...
sopla en mi frente frescor de Abril.

Julio 20 de 1887.

Te Ví Llorar

Melodías Hebraicas de Lord Byron

(*I saw thee weep*).

TE ví llorar, brillante y temblorosa
en tu pupila azul brotó una lágrima,
como de una violeta entre los pétalos
la gota de rocío que deja el alba.

Te ví reír; espléndido zafiro
cerca de ti sus brillos eclipsaba,
competir no pudiendo con los rayos
de tu serena virginal mirada.

Como en las nubes al caer la tarde,
incendiando la vaga lontananza,
deja al morir el sol fuegos y luces
y tintas de carmín de ópalo y gualda,

que las sombras cercanas de la noche
pueden cubrir apenas con sus gasas,
así la irradiación de tu sonrisa
a una existencia triste y fatigada

comunica dulcísima ventura
y despierta dormidas esperanzas;
y tu mirada, al alejarse deja
una celeste claridad que inflama

el yerto corazón, y se difunde
por las tinieblas lóbregas del alma.

Ruit Hora

(Traducción de Carducci)

¡VERDE y deseada soledad, distante
del rumor de los hombres!
Dos amigos divinos aquí aguardan:
vino y amor —¡Oh Lidia!

¡Cómo sonríe entre las copas nítidas
Lieo, eterno joven.
¡Cómo en los ojos tuyos, Lidia fúlgida,
triunfa, sin venda, Amor!

El sol que muere tras la parra brilla,
y rosados reflejos
presta a mi vaso, en tus cabellos áureo
irradia y vibra ¡oh Lidia!

¡Oh blanca Lidia! En tus oscuras trenzas
muere una rosa pálida
dulce a mi corazón, tristeza súbita
templa de amor el fuego.

Dime: ¿por qué bajo el flamante Véspero
gemidos misteriosos
nos manda el mar? ¿Dime qué encantos, Lidia,
tras esos pinos se oyen?

Mira el anhelo con que el sol occiduo
sus brazos tiende al monte:
la sombra viene ¡Oh Lidia! ¡Cómo pide
el ósculo postrer!

Dame tus besos que la noche llega,
Lieo, que das placeres!
¡Mírame con amor, fúlgida Lidia!
que Imperio pasa y vuela!

Huyen las horas... ¡Encendidos labios,
flores del alma, abríos!
¡Flores de la pasión, abrid el cáliz!
¡Abríos, amantes brazos!

Noviembre de 1888.

Soneto

(*De Pedro I ex-Emperador de Brasil*)

Y no maldigo de mi adversa suerte
que sañuda, con doble felonía,
corona y majestad me arranca impía
cuando estoy a dos pasos de la muerte.

Sereno en su altivez, mi ánimo fuerte
ni desespera, ni en mudanzas fía,
que favor de fortuna dura un día
y pronto en duelo y llanto se convierte.

Otra pena mayor —que aflige y mata
y con ardientes lágrimas se llora—,
mi dolorido corazón maltrata

al ver cómo mi mano escupe, ahora
que desterrado estoy, la boca ingrata
que me besaba ayer aduladora.

1894.

Amemos Siempre!...

(*Traducción libre de Víctor Hugo*).

AMEMOS ¡oh niña! siempre,
amemos con toda el alma,
que cuando se va el amor
se va también la esperanza.

El amor es de la aurora
el grito que nos encanta;
es el himno de la noche
que leda repite el aura;
es lo que dicen las olas
con sus besos a la playa;
es lo que dicen los vientos
a las erguidas montañas;
lo que dicen las estrellas
a las nubes sus hermanas.

¡Amor! palabra dulcísima,
inefable, sacrosanta,
que hace soñar y da vida,
y da fe al alma cansada,

que para los corazones
que con su fuego se abrasan,
tiene un rayo de la gloria,
que felicidad se llama.

¡Ama! que los corazones
en la dicha o la desgracia,
siempre pagan un tributo
a esta pasión dulce y santa;
junta, sueño de mi vida,
esta juventud de tu alma
a la juventud tan bella
de esa tu frente rosada.

¡Ama! endulza tu existencia,
y brillará en tus miradas,
en esos ojos tan negros,
que fascinan y que encantan,
la sonrisa misteriosa
de un deseo que no se alcanza.

¡Amémonos!... cada día
unamos más nuestras almas,
y que crezca nuestro amor
como en el árbol las ramas.
Seamos espejo e imagen!
Seamos flor y esencia grata!
Los amantes que a la sombra,
solos con su amor descansan,
aunque ellos se sientan dos,
no tienen sino una alma.

El poeta siempre busca
la belleza que le encanta;
y la mujer, ese arcángel
de las caricias más castas,
cariñosa y apacible
cubre siempre con sus alas
esas frentes soñadoras,
tan ardientes y tan pálidas.

Ven tú, niña encantadora,
mi bien, mi ley, mi esperanza,
ángel, ven a mí si lloras,
ángel, ven a mí si cantas!

Notas

A Río Blanco.

En "El Censor" de Orizaba dice:

".....
sus guirnaldas la muelle trepadora
y alegra las riberas zumbadora
la estridente cigarra en el estío".

En las montañas.

En otra publicación dice:

"Al acabar la campesina fiesta
que en regocijo popular rebosa,
toda la gente en procesión piadosa
sube y traspone la empinada cuesta".

En "El Censor" de Orizaba se publica esta variante:

"Todo lo enerva la pesada siesta,
y en el maizal el céfiro reposa,
....."

Además allí se le dió el título con que aparece en este libro; el que en publicaciones posteriores se mutiló; dejándole: "En las montañas".

El salto de Barrio Nuevo.

En otra versión dice:

"……
que al aire dan en deltas y bajíos,
las crenchas de su luenga cabellera".

La Cruz de Hierro.

En la cumbre del cerro del Borrego, que está al Occidente de la ciudad de Orizaba, y en donde aconteció la derrota de González Ortega por los franceses —cuando aquél con una división de las tropas mexicanas pretendió arrojarlos de la ciudad y fué sorprendido en la noche del 13 de junio de 1862— colocaron una cruz de hierro, como señal de paz y de redención. Se dice que un soldado del Ejército expedicionario francés grabó en la peana de esa cruz la inscripción siguiente:

"Se inauguró este signo de paz el 15 de agosto de 1862.

¡Quiera el cielo que sea respetada y se salve de los ultrajes del tiempo y del furor de los partidos!"

El tiempo y los hombres borraron dicha inscripción y como para sustituirla y colocarla en ese lugar, escribió Rafael Delgado aquel hermosísimo soneto.

La Ceiba.

En dondequiera que se han publicado sonetos de Rafael Delgado de los "Alrededores de Orizaba", siempre se ha omitido el intitulado "La Ceiba", que es el primero de los tres que dedicó a Juan B. Delgado, publicados en "El Reproductor", de Orizaba.

El orden y los nombres de dichos sonetos son los siguientes: La Ceiba (en el camino de Nogales), Escamela (Lluvia Otoñal) y Ojo de Agua.

Canciones.

He aquí los primeros poemas de Rafael Delgado, cuando tenía diez y seis años y diez meses. Señala el primer desengaño amoroso del poeta, que dejó huella imborrable en su espíritu. Durante varios años está recordando en sus poemas este su primer fracaso amoroso.

Una venganza sacrílega.

Este poema fué también publicado por
la Imp. Popular y Litografía de Juan C. Aguilar.
Orizaba 1881.
En dicho folleto se incluye:
"Al Curioso Lector:

"En esos momentos que son a no dudar, los más hermosos de la vida del espíritu, en que el alma como que se aleja de las prosaicas materialidades de la realidad, dáse la mente, por estéril que sea, a locas imaginaciones y ora con los recuerdos de la Historia, ora con el poder de la fantasía, entrégase a forjar Leyendas y Novelas, Dramas y Tragedias, en que lo tierno y lo patético, lo trágico y lo sublime y hasta lo vano y ridículo, caminan en monstruoso maridaje. Las más de las veces, aquel loco y desatentado imaginar, aquel pensar ardiente y aquel discurrir fácil y galano toman vuelos y bríos, llegando a formar una obra, de gran valor acaso, si por desgracia, no vivieran la brillante pero efímera vida de los sueños; mas en algunas acontece que tales cosas llegan a tomar forma literaria y pasan enseguida al libro, al teatro o a los papeles públicos para servir de pasto a la insaciable voracidad de los que leen, que de seguro, no son siempre tan benévolos como bien quisiéramos los autores.

De este modo nacieron las obras de los antiguos, no de otra manera las de los modernos, e igual cosa tendrá que suceder en lo futuro.

Al Sr. D. Pedro P. Delgado, dedica estos pobres versos,

Su amante hijo

RAFAEL

Orizaba, Febrero de 1,881".

Y la fecha: febrero 12 de 1880.

Trae este otro agregado:

"Al Curioso Lector:

Empero como suele acontecer, lector amigo, que después de la lectura emiten todos variados y diversos juicios, en los cuales no quedan por lo regular, muy bien paradas las cualidades e intenciones del autor, paréceme conveniente advertirte, antes de que pases tus ojos por mi leyenda, que no la he compuesto por alardear de ingenio ni por ostentar inspiración.

Es mi obra, fruto de horas de solaz con las Musas, no por cierto muy amables conmigo; y la doy a la estampa más que para divertimiento de extraños, cuyo aplauso no busco, para recreo de allegados y amigos, en quienes mucho confío y de cuya benevolencia estoy seguro.

Así, ya sabes mis intenciones; y si con designio honrado las tomas en cuenta, de fijo que no serás injusto; darás valor merecido a los defectos, exacta apreciación a las bellezas, si por ventura tropiezas con alguna y merecerás el título de 'discreto', —cualidad que no es tan común en los lectores".

Gil Pérez.

Este romance fué escrito en colaboración con el distinguido poeta yucateco Ramón Aldana.

Conviene advertir que la primera parte fué escrita en colaboración; que la segunda pertenece al señor Aldana y de la tercera parte es autor don Rafael Delgado.

Composición.

Leída en el acto de la solemne distribución de premios a los alumnos de los establecimientos de educación pública de la ciudad de Orizaba, la noche del 6 de enero de 1873.

A la niñez.

Composición recitada por su autor en la solemne distribución de premios a los alumnos de las escuelas municipales de Orizaba, la noche del 6 de enero de 1879.

Omenage.

Esta composición es una curiosidad de la lírica de Rafael Delgado. Se encuentra, la primera, en un folleto titulado: "Trovas y lauros *a la donosa artista María de la Concepción Padilla* en la noche de su beneficio", impreso en Orizaba el 28 de julio de 1881. Se publicaron varias composiciones poéticas, entre ellas la citada.

La Línea Recta.

Recuerda Delgado a la Padilla en la producción teatral de ese mismo nombre, cuyo autor fué don Enrique Gaspar.

En la última página
de la María *de Jorge*
I s a a c s.

Otra versión dice:

"Robando a la floresta colombiana
de sus nidos el canto y los rumores;

.....
.....
.....
..... *tembladores,*
a las noches del trópico fulgores,
y lirios a la tierra americana;
.....
.....
.....
.....
....."

Composición.

La primera versión que tuvo este poema, según original que poseo, decía:

"Ya no llores, patria mía:
enjuga tu amargo llanto,
que la voz de tu quebranto
parece voz de agonía.

¿Por qué en tan dichoso día
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
regó mariposas leves
por tus floridas campañas,
.....
.....
.....
y rompiendo espesa breña,
.....
en tronante catarata".

También corrige y pone:

"En rugiente catarata.
.....
.....
.....
y al hombre gran corazón,
.....
.....
Ya no gimes, ya no lloras
.....
en tu azul y puro cielo".

En otra corrección que hace, dice:

"en tu azul y limpio cielo".

En otra corrección más, escribe:

"en tu azul y claro cielo".

En lugar de *palidecen las auroras,* escribe en otra versión:

"¿dan sonrisas las auroras?
.....
....."

Después suple *¿Por qué tan tristes las horas?* con

"¿Ya no las pálidas horas
cuentas en honda aflicción?"

A seguida prosigue:

"¡De tus hijos la ambición
provocando santa guerra!"

En la versión a que nos referimos, suprime toda la estrofa que comienza:

"Guerra que baldón ha sido
.....
.....
..... *cruz afrentosa".*

Hace lo mismo con la siguiente. En lugar de *"Feliz despierta a la vida"*, pone:

"Está despierta a la vida
.....
.....
y de tu honor es egida!
Que se siente transfundida
en tu destino y tu suerte,
y que antes que débil verte
sin brazo que te sostenga,
jura salvarte aunque tenga
que combartir con la muerte.

Esta ardiente juventud
.....
.....
....."

Suprime de este lugar la estrofa:

"No quiere guerra, no quiere
.....
.....
el orden maravilloso".

Pero la pone después de la estrofa siguiente, sólo que la tiene con variantes, a saber:

"No ya la muerte. ¡No guerra
tintos los sacros blasones;
y al fulgor de los cañones
la luz del hogar prefiere!
Al conquistador que muere

tras el aplauso estruendoso,
prefiero al sabio, que ansioso,
retirado en su aposento,
estudia del firmamento
el orden maravilloso".

Sigue como decíamos, la estrofa; con variantes:

"El eco de las montañas
que al pobre rústico aterra,
cuando el bramar de la guerra
repiten en sus entrañas,
prefiere de las cabañas
las canciones plañideras
.....
y el canto del segador
en las rubias sementeras".

Y a seguida da de la estrofa que sigue la versión:

"Ya no lloras, patria mía,
ni enjugas tu amargo llanto
ni tu voz de tu quebranto
ni tu aliento de agonía.
Ya refulge el claro día
bañando en luz la llanura;
ya en el oriente fulgura,
entre rosados crespones,
el sol de las ilusiones,
el astro de la ventura".

Y prosigue:

"¡De Libertad en el día
y a la faz de las naciones
flotarán tus pabellones
entre lampos de alegría!
Ya disfrutan a porfía,
de paz los dulces placeres,
hombres, niños y mujeres,
y a sus dichosos cantares

responden ya los hogares
en coro con los talleres.

Y en vez de campos cubiertos
de humanos, tristes despojos,
prados encuentran los ojos
en los eriales desiertos.
En vez de estragos y muertos,
cada noche y cada aurora,
irresistible y sonora
vemos con grato embeleso
mensajera del progreso
cruzar la locomotora.

Esa juventud ardiente
te hará grande y venerada
y te verás respetada
de uno y otro continente:
De Levante hasta el Poniente
la Fama, rasgando el viento,
dirá con heroico acento
que recogerá la Historia,
que eres patria de la Gloria,
del Trabajo y el talento".

Esta última estrofa, tiene otra versión en el mismo manuscrito, como sigue:

"Esta juventud ardiente
te guardará venerada
inviolable y respetada
de uno al otro continente.
Y de Levante a Poniente
la Fama rasgando el viento,
dirá con heroico acento,
de tus hijos y la Historia,
que eres Patria de la Gloria,
del Trabajo y el talento".

Esta composición fué leída por su autor la noche del 15 de septiembre de 1885, en la velada que se llevó a cabo en el Tea-

tro Llave de Orizaba, para celebrar el quinto aniversario de la fundación de la Sociedad Literaria Sánchez Oropeza.

Te Deum laudamus.

Publicada en la "Corona Literaria" ofrecida al Illmo. señor Doctor don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, cuando dicho señor celebró su jubileo sacerdotal.

Palmas.

Escrita como homenaje al doctor y poeta don Manuel Carpio en su centenario.

A la memoria de
Josefa Murillo.

Escrita especialmente para el libro con que el insigne cuentista don Cayetano Rodríguez Beltrán, honró la memoria de la delicada poetisa tlacotalpeña.

A Erasmo Castellanos.

Escrita por el autor en la primera página del libro de versos de PESADO con que obsequió al poeta Castellanos.

¿.....?
(En el álbum de la
Srita. S. Muñoz).

Otra modalidad:

"..... .....

la humanidad dolosa e indolente.

.....

.....

la juventud felicidad se miente;

.....

.....

.....

.....

.....

lucha y se agita en perdurable duelo

.....

.....

Orizaba, febrero 3 de 1914".

A Jalapa.

En otra versión dice:

"velo nupcial a tu esplendor de bruma",

En carta dirigida a Juan B. Delgado, el día 12 de marzo de 1903, modifica don Rafael su soneto, de la siguiente manera:

"Cesto de lises donde Amor anida,
vellón de armiño, colombina pluma,

.....

.....

.....

.....

.....

..... *y añoranza,*
parecen en la sombra una diadema
caída de la frente de la Noche.

Cosautlán, Diciembre de 1902".

Al señor Agustín Murillo.

A quien apodaban Murillote por su complexión. Tenía fama de buen gastrónomo y no se salvó de la vena humorística del cantor de Pluviosilla.

Un soneto desconocido.

1902. Aconteció durante las clases de Historia de la Literatura, en el Colegio Preparatorio de Jalapa. El profesor, que lo era entonces el atildado novelista don Rafael Delgado, después Director del Preparatorio de Orizaba, refería que algún poeta del siglo de oro había conquistado fama gracias a su facilidad para versificar, lo cual le permitía hacer un soneto con *consonantes forzados* en menos de quince minutos. Como se admirasen los alumnos, don Rafael comentó: "por lo demás, aquello no tenía gran mérito y las composiciones no valían la pena".

Algún alumno, con atrevimiento explicable sólo por la bondad del maestro, replicó: —Pues yo creo que sí tenía mérito. ¿Haría usted un soneto con consonantes forzadas, en quince minutos?

Rafael Delgado rió de la salida y contestó afirmativamente.

Entonces decidieron los alumnos hacer la prueba. Buscaron los consonantes que les parecieron más disímbolos y forzados y los escribieron en el pizarrón.

Estos consonantes eran: *esbelta, barca, Petrarca, suelta, delta, charca, marca, revuelta, salvaje, limbo, ramaje, corimbo, celaje, nimbo.*

Rafael Delgado frunció el entrecejo y meditó unos instantes. Después se puso a dictar tranquilamente. Y antes de quince minutos había logrado el bellísimo soneto.

Un aplauso atronador premió al maestro, quien sonreía satisfecho, diciendo:

—Ya ven cómo es fácil hacer un mal soneto en quince minutos. . .

De esa manera respondió aquel buen maestro a las bravatas de estudiantillos mal educados que se atrevieron a retarlo: forjando en un cuarto de hora un soneto del que muchos poetas se ufanarían.

La Nave del Rey.

Otra versión:

"En la vetusta nave de la vida
como galeote arrastro mi cadena .....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
fijo en el banco, en medio de la chusma
.....
remo sin esperanza, y a la cólera
.....
.....
.....
.....
.....
Si desfallece el ánimo cobarde,
si mis brazos flaquean,
.....
....."

En carta manuscrita de Rafael Delgado, que envía desde Jalapa a Juan B. Delgado, en fecha 12 de mayo de 1903, intitula esta composición: "En la Nave del Rey". Y en tal carta hay las siguientes variantes:

"..... .....

fijo en el banco, en medio de la chusma
que vomita blasfemias,

....."

"..... .....

sin recelo de escollos ni vorágines
.....En pos de las tinieblas".

Himno a Nicolás Bravo.

Este himno se cantó en Coscomatepec de Bravo, del excantón de Córdoba, Ver., el día 4 de octubre de 1903, con motivo de haber sido elevada dicha población al rango de ciudad, por decreto de la Legislatura Veracruzana.

El fracaso obtenido por los realistas, las acometidas que los insurgentes Machorro y Montiel dieron a los sitiadores, fueron causa de que se hiciese cargo del asedio el Coronel Luis del Aguila, quien sustituyó —por orden de Calleja— al Comandante Militar de Orizaba y Córdoba don José Antonio Andrade.

Las condiciones de los sitiados no eran mejores que las de los sitiadores, por lo que dada la escasez de municiones y la falta de alimentos, resolvió Bravo romper el sitio. Y valiéndose de un ardid engañó a los realistas, quienes no se dieron cuenta del abandono de la población, efectuado en la noche del cuatro de octubre, sino hasta el día siguiente. Por el camino de Ixhuatlán y Tepatlaxco siguió Bravo con todos los habitantes del lugar —excepto un enfermo que quedó en el pueblo— rumbo a Huatusco.

En la población de Coscomatepec don Nicolás Bravo organizó una brillante División, con la que pretendió poner sitio a Córdoba, no teniendo éxito en su empresa por haberse visto obligado a prestar auxilio al cura Moctezuma, quien se encontraba en trance aflictivo en su campamento de Tuxpango.

Persistió en su empeño de hostilizar Córdoba y Orizaba, teniendo la misma base de Coscomatepec; lo que perjudicaba las comunicaciones en la carretera de Veracruz a México, obligando a los realistas a organizar fuerzas suficientes para tratar de derrotar a los insurgentes, poniéndose sitio a la población el 5 de septiembre de 1813, con fuerzas mandadas por el Teniente Coronel Juan Cándano, en número de dos mil, no teniendo Bravo sino seiscientos hombres escasamente. No obstante los refuerzos recibidos por los realistas, con las tropas del Teniente Coronel Martínez, no pudo lograr tomar la población en el segundo asalto que hizo.

Diurno.

La parodia a los populares versos de Acuña fué escrita por Rafael Delgado en la época en que era profesor de Literatura en el Colegio Preparatorio de Jalapa. En ella figuran nombres de profesores ya retirados y otros fallecidos, así como alumnos de entonces, que ahora son señores profesionales.

Es un recuerdo de lo que fué el Colegio Preparatorio de Jalapa.

Sin duda que el insigne novelista nunca hubiera publicado esos versos; lo hacemos exclusivamente por ser completos; pero advertimos que fueron dictados al ahora Ingeniero Héctor Melo, durante la hora de una clase de Literatura.

Don Salvador Corral, competente ingeniero militar, manco por añadidura, que dejó recuerdo grato entre los estudiantes de aquella época, tanto en sus clases de matemáticas como en la de Ejercicios Militares, de la que aún no se olvida su gráfica expresión acompañada con los hechos: *písalo, písalo.* Fué sustituído, cuando se trasladó a México, por otro notable matemático: don Dionisio Murillo.

Nogueira, don Nino (Benigno), titulado abogado, pero sin ejercer la profesión, pues malas lenguas relataban fracaso estruendoso en su primer pleito, dando con sus huesos en la cárcel, pero obteniendo la libertad de aquel a quien acusaba. Aún deben existir algunas chulaponas de la época que recuerdan las *flores* con que alfombraba su camino.

Miss Fay: Profesora de inglés que no sabía español; circunstancia de la que no pocos alumnos se aprovecharon para ponerla en evidencia cuando le aconsejaban que tal o cual cosa se decía de esta o aquella manera, ilustrándola casi siempre con una enseñanza malcriada.

Míster Bauza (*Efrén*), todo lo contrario de la anterior, es decir: Profesor de inglés que sólo sabía español.

En otro manuscrito que se asegura fué la primera versión, se dice:

"Que estoy modorro y lánguido
de tanto parrandear;
.....
.....
.....
.....

Y agrega míster Bauza
ardiendo en noble llama,
.....

no saben lo que pasa,
está nublado el cielo
y todo está en un trís.
.....
.....

la eterna despedida
fugarme de Jalapa

largarme al Militar

.....

qué hermoso hubiera sido
el camino derecho,

.....

.....

la novia dichosísima
con rostro de clavel;

.....

.....

pero salió borrego
mi estudiantil empeño .....

.....

que mi pobreza es mucha
y que si no me ayudas
me faltará valor.

Jalapa Enríquez, 11 *de octubre de* 1908".

En Orizaba corría una nueva versión de la parodia, acomodada al Profesorado del Colegio Preparatorio de esa ciudad.

Delgado negaba la paternidad de esta nueva modalidad; no sería atrevido considerar que alguien hizo el acomodo, teniendo al frente la versión de Jalapa, que sí hizo Delgado.

La parodia de Orizaba dice:

Diurno.

"Pues bien, yo necesito decirte, padre mío,
que estoy modorro y lánguido de tanto parrandear,
que ya se acerca octubre, que ya se siente el frío.
Que tengo las materias volando en el vacío,
Y dicen que es seguro que me han de reprobar.

Yo quiero que tú sepas que al expirar el año
me siento ya sin fuerzas, con ganas de morir;
que no quisiera darte tan fiero desengaño,
que temo el gran desastre, que temo hacerte daño,
y que antes que sucumba lo debo yo decir.

De noche cuando pongo mis sienes en la almohada
y muy abrigadito me empiezo a revolver
pensando en los exámenes, me digo: ¡Si no es nada!
¿Por qué te asustas chico, si al fin de la jornada
con ceros o sin ceros qué te ha de suceder?

Confieso que en enero me dije: el mundo es mío,
quién piensa en el Colegio, quién piensa en estudiar,
y fué pasando el año y vino al fin sombrío
el mes de octubre; tétrico, interminable y frío
y no hay poder humano que me haga trabajar.

Saavedra está furioso y creo que es necesario
matarme como un burro para poder pasar...
encuentra en cada alumno un mozo perdulario
y en esto funda el triste y funesto corolario
que en jerga de estudiantes se llama reventar.

Justito, tembloroso, y Huerta está que brama,
Mr. Finck sólo consigue que le digan "Yes",
y las pronunciaciones lo ponen en la cama;
y el profesor Don Pepe, ardiendo en noble llama
'Aucun des mes disciples ne parlera français'.

Comprendo que a estas horas diréis allá en la casa:
ya pronto viene el niño, muy guapo y muy feliz.
¡Arréglenle su cuarto! ¡Cuidado quién se atrasa!
y yo me digo a solas: no saben lo que pasa,
ignoran que estoy bota, y el mal es de raíz.

A veces pienso daros la eterna despedida,
fugarme de Orizaba; largarme al Militar.
La vida de soldado es vida divertida,
lucir el uniforme y con la frente erguida
subir, bajar y a todas, constante, enamorar.

Qué hermoso hubiera sido el caminar derecho
con sin igual empeño y ruda aplicación;
de sol a sol estarse pegado en el barbecho.
¡Qué grande es la distancia que va del dicho al hecho!
¡Qué triste y vergonzoso el magno revolcón!

Figúrate qué hermoso el viaje y la llegada:
la novia dichosísima, con cara de clavel,
la casa muy alegre, fandango y tamalada,
la música del pueblo, sonora y acordada,
y yo espoleando el flaco y pacífico corcel.

Bien sabe Dios que ese era mi más hermoso sueño,
mi dicha incomparable, mi gran satisfacción;
pero salió borrego mi estudiantil empeño...
¡Por Dios, que no te enojes y que tu adusto ceño
se torne en cariñosa y dulce compasión!

Prometo, te lo juro, que voy a hacer la lucha
y que en el próximo año desquitaré mi error;
papá, no me regañes y por favor escucha...
remíteme diez duros, que mi pobreza es mucha
y que si así me ayudas, me portaré mejor".

A la raza latina.

En otras versiones se dice:

"……
tú, sempiterna trágica,
……
……
……
tal suele el lurte súbito
……
……
bajo la clava férrea
……
……
……
repetirá cantándote
……
……
lo envuelve el huracán;"

Al publicar esta composición "Excelsior" de Orizaba, en su Año II, No. 28, Pág. 1, del 19 de mayo de 1915, dice que dicha oda fué publicada por ellos antes de la muerte de Don Rafael Delgado y que tuvo la gentileza de corregirla él mismo.

Esta composición firmada con el nombre de un supuesto poeta argentino, Carlos M. Iglesias, fué premiada con un lirio de plata y de oro en los juegos florales celebrados en Orizaba por la Sociedad Sánchez Oropeza, con motivo del primer centenario de la Independencia.

Al Lic. Samuel Trujillo.

Fué Profesor de la Escuela Secundaria de Orizaba cuando Don Rafael Delgado era Director de la misma.

"Si de manteles largos..."

Un día 13 de junio de 1913 faltaron a su cátedra de Literatura, los dos únicos alumnos que tenía en ese año, Luis Fuentes y Miguel Marín, y fuéronse a conmemorar el día de San Antonio.

Al día siguiente solamente hizo acto de presencia el ahora Licenciado Marín. Y Delgado intentó comenzar su clase, indicando al concurrente pasara al pizarrón para dictarle un soneto que había elaborado en escasos cinco minutos.

Acto continuo obligó a Marín a sacar copia y enviársela al faltista, con la dedicatoria "A Don Luis Fuentes", y la firma "XXX".

Epístola.

Esta poesía fué dictada por Don Rafael Delgado el día 9 de septiembre de 1913, en una tarde de clase impartida en el Colegio Preparatorio de Orizaba, tras de haber advertido que los concurrentes a ella no habían preparado la lección del día.

De escarmiento sirvió el gesto del poeta para quienes habían olvidado obligaciones para aquella tarde, pero que se habían divertido en una Romería de Covadonga en la Tejería de la Luz.

Tal vez lo recuerden Carlos Aguilar Muñoz, Manuel Alamillo, Enrique Contel, Luis Guevara Fernández, Andrés Silvestre Cerezo, José María Jiménez, Manuel González Torres.

En la noche.

También se conoce la siguiente versión:

"
.....

.....

.....

.....

.....

.....

Creí escuchar tu voz que en mis oídos
mi nombre pronunciaba.
Me levanté al momento para verte
y escuchar tus palabras
y correr a ofrecerte, de rodillas,
todo el amor de mi alma;
pero no más la sombra de mi lecho
ví en la pared cercana,
y al expirar mi lámpara oí sólo
el roce de unas alas.
¡Vuelve, ser ideal, que por la noche
tan cerca de mí pasas!
¿Por qué te vas, dejándome tan triste,
compañero del alma?

Soneto.

Este soneto fué publicado en el periódico "Le Figaro", de París.

La versión castellana de Delgado está hecha de acuerdo con el texto antes señalado.

Indice

Prólogo General de Leonardo Pasquel IX
Prólogo a este volumen XXXV

P O E S I A S

A Río Blanco (En el salto de Tuxpango) 3
En las montañas de Tlilapan 4
Ojo Zarco 5
El Salto de Barrio Nuevo 6
La Fuente de Zoquitlán Viejo 7
El Río de Tlilapan 8
La Cruz de Hierro (En la cima del Borrego) 9
La Ceiba (En el camino de Nogales) 10
Escamela (Lluvia Otoñal) 11
Ojo de Agua 12
Ocaso 13
Crepúsculo 14
Canciones 15
No me niegues tu amor 17
Presentimientos 19
Composición (Tú el arcángel de paz, tú que presides) 22
Lejos de ti 25
A una joven 28
A Carolina 31
La Ultima Golondrina 33
Ultimo amor 35
Al partir 36
A la bella Señorita Susana López 38
En el álbum de Enrique Guasp de Péris 40
Pálida, deshojándose, marchita 42

A la niñez 44
Para un álbum 48
Una venganza sacrílega 51
Ven 61
Eres tú 62
Gil Pérez 64
Manuel 77
La línea recta 88
Omenage 90
Noviembre 91
Diciembre 95
En la última página de la "María" de Jorge Isaacs 97
Desaliento 93
El Botánico 99
A Ricardo Domínguez 102
Rosas Pálidas 103
A Rosa Palacios 107
"....." (En lo alto de la roca sollozante) 108
Canto nupcial 110
Composición (Seca un punto, Patria mía,) 113
A Joaquín Artau 118
Te Deum Laudamus 120
Palmas 124
A un amigo 123
A la señorita Clara Hernández Jáuregui 129
En el Jardín 131
A Josefina Murillo 144
¡Aquí fué Troya! 145
A Erasmo Castellanos 146
¿.....? (En el álbum de la Srita. Guadalupe Muñoz) 147
Epístola Moral 143
Al Lic. Agustín Portas Ariza 152
A Jalapa 153
Al gastrónomo Agustín Murillo 154
Un Soneto desconocido 155
La Nave del Rey 156
Himno a Nicolás Bravo 157
A unas flores 159
La Onda Fría 160
De Acultzingo hasta Orizaba 165

Diurno 170
Epístola (En región montañosa) 174
A la Raza Latina 178
A España 184
Al Lic. Samuel Trujillo 188
Si de manteles largos estuviste 189
Epístola (Sin el trabajo previo...) 190
Fingiendo indiferencia 191
Azul era tu falda 193
Te amé cuando los lirios 194
A Orizaba (Entre la niebla) 196
Amor pasado 200
En la noche 203
Ruga temprana 204
Rima 205
En una tarjeta postal 206

TRADUCCIONES

El Abanico 209
Te vi llorar 211
Ruit hora 213
Soneto 215
Amemos siempre 216
Notas 219

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EL DIA
5 DE AGOSTO DE 1953, EN LOS TALLERES DE
IMPRENTA DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

— EL TIRO FUE DE 1,500 EJEMPLARES —



Rafael DELGADO



POESIAS


EDICIONES UNIVERSIDAD VERACRUZANA